

A woman in a red coat stands in a misty forest with tall, thin trees. The scene is atmospheric and slightly eerie, with soft light filtering through the trees.

JUAN BOLEA

PARECIDO A UN ASESINATO

A veces, los demonios familiares se alían con el demonio que llevamos dentro para propiciar el desastre. Y entonces...



Lectulandia

Con gran hondura psicológica y una trama muy singular, Juan Bolea ofrece a sus lectores un *thriller* psicológico protagonizado por la estricta Elena Enciso, una galerista en horas bajas de Gijón con una vida complicada. El negocio que heredó de su padre tiene problemas financieros; su exmarido la acosa, amenaza y extorsiona; su hijastro de 15 años, Alex, aportado por su segundo esposo, está desarrollando un comportamiento que de preocupante, está pasando a ser peligroso.

Aconsejada por su mejor amiga, una psicóloga de prestigio, cuando Alex sufre una nueva crisis, Elena decide refugiarse con el muchacho en un pueblo aislado de los Picos de Europa donde no tardará en desencadenarse la tragedia.

Lectulandia

Juan Bolea

Parecido a un asesinato

ePub r1.0

Titivillus 05.07.17

Juan Bolea, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Desde niña, Eva Enciso había sido resuelta y miedosa a la vez. Valiente unas veces, cobarde otras.

En ese aspecto no había cambiado. A sus cuarenta y cinco años, seguía teniendo un miedo irracional a los mismos elementos que la atemorizaron en su infancia.

La seguían asustando las tormentas, los bosques, la oscuridad.

Las tinieblas le inspiraban pavor. Jamás dormía con la luz apagada. Incluso durante el día necesitaba luz artificial. Su despacho disponía de iluminación cenital gracias a una luneta, pero la lámpara de su escritorio siempre estaba encendida.

Aquella mañana de noviembre, Gijón, la ciudad natal de Eva, amaneció bajo nubarrones que presagiaban lluvia.

A Eva le gustaba madrugar. Como cada día, se había dirigido temprano a su galería de arte, situada junto a la playa de San Lorenzo, en el casco histórico de la ciudad.

Eran las nueve. La secretaria, Rosa, acababa de abrir. Eva se puso a trabajar en el silencio de la planta alta. A eso de las diez, sonó la campanilla de la puerta de la calle. Era Margarita Leal, su técnico de exposiciones.

Margarita llevaba años trabajando en la Galería Enciso. Eva, su nueva propietaria, mucho menos. Muy poco, en realidad. Se había incorporado a la dirección tras la muerte de su padre, el pintor Pedro Enciso. De su fallecimiento, a causa de un derrame cerebral, habían transcurrido tres meses, tiempo insuficiente para que Eva hubiese aprendido los secretos de un negocio tan sofisticado como la venta de arte.

Margarita la saludó cordialmente desde el vestíbulo.

—¡Buenos días!

Eva no le devolvió el saludo. Se sentía molesta con ella. ¿Por qué motivo su empleada tenía que llegar tarde?

Falta de experiencia y tímida en el trato con el público, Eva tenía la sospecha de que Margarita disfrutaba mostrándose más expansiva a medida que ella, desconocedora de los entresijos del mundillo artístico, evitaba relacionarse con los creadores y se encerraba en su despacho para ocuparse de las facturas, muchas de las cuales procedían de la etapa de su padre, quien, más artista que gestor, había legado a su única hija y heredera no pocos problemas financieros.

—¡Enseguida subo a verla! —exclamó Margarita, anunciando—: ¡Con novedades!

«A ver qué excusa se le ocurre», pensó Eva.

Desde el primer día, ella había ocupado su despacho a las nueve en punto de la mañana. Puntual como el telediario, decía su marido, Nazario Goyena, como el panadero que dos horas antes, a la siete, les dejaba una hogaza y una *baguette* para los bocadillos de su hijo Alex en el portón de Villa Mariana, su casa en las afueras de Gijón.

Pero Margarita, con el argumento de que sus jornadas solían alargarse por las tardes con presentaciones y actos, casi nunca aparecía en la galería antes de las diez de la mañana. Eva pensaba que se tomaba excesivas libertades, ¡todas las que le daba la gana! Con los clientes, desde luego, pero también con ella... Licencias que, siendo Eva la propietaria, podrían hacer pensar a ojos ajenos que el negocio pertenecía o se asociaba a la señorita Leal.

Tan fuerte en otros aspectos, Eva se mostraba débil en el ejercicio del mando, en especial cuando debía ejercerlo sobre otra mujer.

En la galería gobernaba a tres. Rosa, la secretaria, muy sumisa, y Angelina, la limpiadora, no le daban el menor problema.

Margarita...

Eva tenía la impresión de que no respetaba su autoridad. ¿Se estaría obsesionando? No hasta ese extremo, aunque había llegado a soñar con ella. En esas pesadillas —pues lo eran—, su colaboradora solía representar papeles de mujer seductora, mientras Eva aparecía vestida con ropas oscuras, encarnando roles inquisidores de bruja o madrastra. Este último, por lo que de connotación familiar tenía (Eva era madrastra de un niño, Alex), le hacía despertarse bañada en sudor frío.

Además de resuelta, Margarita era ambiciosa. Eva experimentaba hacia ella una mezcla de admiración, recelo y envidia. Contradictorios sentimientos que se esforzaba en ocultar tras una fachada de indiferencia. Respecto a este asunto, no había permanecido inactiva. Una de sus primeras medidas había consistido en rebajarla de directora de arte a coordinadora de actividades. Margarita había manifestado su desacuerdo guardando un expresivo silencio que congeló su relación. Sin saberlo Eva, tanteó a otros galeristas. Estaban agobiados por la crisis y Margarita no obtuvo ofertas, por lo que no le quedó más remedio que resignarse a continuar en la Galería Enciso.

Hacía un trimestre que Eva y ella trabajaban juntas. Se veían a diario, hablaban o se comunicaban por teléfono, pero no por eso había surgido entre ellas un sentimiento de amistad. ¡Eran tan distintas! Difícilmente se habría podido reunir a dos mujeres con puntos de vista tan diferentes. Eva, autoritaria, introvertida. Margarita, alegre, mundana.

—¿Puedo pasar?

Margarita acababa de subir las escaleras hasta la puerta del despacho de gerencia, el mismo que en vida había ocupado el padre de Eva.

Esta expresó gélidamente su permiso:

—Entre.

Haciendo sonar sus tacones, Margarita avanzó con desenvoltura por el suelo de baldosas recién fregadas, de las que emanaba un ácido olor a lejía. Sin que Eva la hubiese invitado, tomó asiento frente a ella con la espalda muy recta. Se había recogido el cabello. Sus rasgos, con los pómulos marcados, irradiaban determinación y una altiva belleza. Llevaba una chaqueta de cuero, una blusa de seda y una falda que mereció la censura de Eva. Pero era atractiva, muy atractiva. Cuando Margarita empezó a hablar, Eva la siguió criticando mentalmente: «Es la típica hembra que nunca pasa desapercibida. Su cuerpo actúa como una bandera para captar la atención».

De hecho, Margarita tenía mucho éxito con el sexo opuesto. Sus admiradores no se reprimían a la hora de visitarla en la galería. Desde su despacho, Eva podía oír

—«¡En horario laboral!»— cómo alzaban las voces, reían y seguramente harían planes que nada tendrían que ver con la venta de piezas artísticas.

—¿Se da cuenta de la hora que es? —le imputó Eva con alacridad—. Un poco tarde para presentarse en la oficina, ¿no?

Margarita no miró su reloj de pulsera ni dejó de sonreír.

—¿Me he retrasado? ¡Cuánto lo siento! Había quedado con Antonio Cucha, de la Diputación. ¿No se lo dije?

—No.

—Juraría que... No me lo tenga en cuenta, por favor. ¡Traigo buenas noticias!

—¿Cuáles?

—La entrevista con Cucha ha ido genial. La Diputación nos patrocinará la exposición de Rodolfo Lansera.

Eva aplicó unos golpecitos en la mesa con el cabo del lápiz.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Exactamente, no...

—¿Ni siquiera sabe a cuánto asciende el patrocinio?

Margarita consultó nerviosamente sus notas.

—Enmarcarán las piezas y editarán el catálogo. Eso nos supondrá un ahorro de...

—Cinco mil euros —tasó Eva al segundo. La contabilidad le resultaba más familiar que la estética del arte—. La felicito —añadió, ruborizándose porque no era sincera.

—Muchas gracias —repuso Margarita, poco o nada persuadida de su sinceridad—. ¿Confirmamos las fechas para la exposición de Lansera, entonces? Podríamos inaugurar en febrero, si no tiene otros compromisos.

Eva revisó su agenda, vacía de toda cita social, salvo de las celebraciones literarias a que le arrastraba su marido. Asintió. Margarita anotó la fecha en su dietario y comentó:

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—Lansera está en una silla de ruedas.

—No lo sabía. ¿Qué le pasa?

—La edad, eso es lo que le ha pasado —sonrió Margarita desde la juventud de sus treinta y cinco años.

«Diez menos que yo», recordó Eva, con una punzada similar a los celos. Pero ¿cómo podía estar celosa de la supuesta examante de su padre, no contándose ya él entre los vivos? Sepultó esa reacción en el pozo de su rencor y dispuso con autoridad:

—Con o sin silla de ruedas, Lansera deberá acudir a mi galería. Una inauguración nunca luce sin la presencia del artista. Es preferible no hacerla.

Margarita la miró con un vago temor, el que le inspiraban los modos autoritarios y la intransigencia de su jefa.

—Hablaré con los familiares. ¿Sabe? A su padre le habría complacido organizar

esta retrospectiva. Rodolfo y él fueron muy amigos.

—Lo sé.

—Pedro siempre decía que si «el gran Lansera», como él lo llamaba, hubiese disfrutado de una adecuada promoción, la valoración de su obra habría sido mucho mayor.

—También lo sé —dio por sentado Eva.

No le gustaba que Margarita mencionara a su padre con tanta frecuencia ni que le llamase «Pedro» con semejante familiaridad. Eva se había resistido a dar crédito a los rumores que les relacionaban en un plano más íntimo. Las habladurías de los corrillos culturales de Gijón no probaban nada, por supuesto, pero ¿y esa foto de su padre que seguía colgando en el despacho de Margarita? ¿Significaba algo más que un indicio, que una simple manifestación de amistad?

Por otro lado, la propia Eva había sido testigo de la complicidad entre ambos. No era raro que, al cerrar la galería, Margarita y su padre saliesen a tomar unas sidras por Cimadevilla ni que, cuando había que desplazarse a otras ciudades, la entonces directora artística acompañara a Pedro Enciso en viajes calificados «de trabajo».

Margarita todavía permaneció unos minutos más en el despacho de Eva, exponiendo proyectos pendientes.

El segundo semestre del año entrante estaba por completarse. Más que preguntarle, Eva interrogó a Margarita por la previsión de sus «actividades». Su subalterna le propuso montar una exposición de Iñaki Urrutia, un artista vasco cuyo trabajo le había impresionado. Mostró a Eva fotografías de sus esculturas y le pidió autorización para negociar una muestra. Eva lo condicionó a que no firmara nada sin su expreso consentimiento.

—¿Ha terminado? Discúlpeme, tengo otro asunto.

Margarita salió de su despacho abandonando un aroma a limón. Abusaba de esa fragancia, que podía rastrearse por cada rincón de la galería.

Eva aborrecía su perfume. Con la excusa de que el local carecía de ventanas y de que algunos artistas fumaban, había ordenado a Angelina utilizar con generosidad el ambientador.

«Hasta que desaparezcan por completo los malos olores», le seguía insistiendo casi a diario, pensando no tanto en el humo del tabaco o en el tufillo a cloaca que, coincidiendo con la pleamar, soltaban las tuberías, como en la provocativa fragancia a limones salvajes de su joven, guapa y, según le aseguraban comisarios y críticos de arte, competente «coordinadora de actividades».

Eva había decidido que muy pronto dejaría de serlo.

Para librarse de Margarita Leal solo tenía que encontrar el motivo.

Sonó el teléfono. Eva se sobresaltó al oírlo. Soltó el lápiz y fue a coger el auricular, pero se le cayó al suelo.

—¿Qué ruido es ese, cariño? —exclamó Nazario, su marido, que era quien la llamaba—. ¿Estás bien?

—Sí, perdona... Se me ha caído el teléfono. No se ha roto... ¡Llevo un día!

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo malo?

—Tengo una jaqueca horrible.

—¿Por culpa de algún disgusto?

—No lo sé, Naza. Será el trabajo. O la falta de trabajo. No se vende nada. ¡No valgo para esto!

—Eso no es verdad, cielo —la animó él—. Eres una mujer competente. ¡Deja de mortificarte con las ventas! Tú no tienes la culpa de la crisis. Todos estamos igual. ¡Fíjate en mí!

Una montaña de negatividad aplastaba a Eva.

—Tengo la sensación de estar haciéndolo fatal. Si mi padre se levantara de su tumba y viera como llevo la galería... Estoy cansada, irritada... Últimamente, ni yo me aguanto... ¡Acabarás aborreciéndome!

—Deja de decir tonterías. —Más risueñamente, Nazario añadió—: De mí, no sé, pero del destino no tienes nada que temer.

—¿Por qué lo dices?

—Estás protegida. A cubierto de todo riesgo. A salvo.

—No te entiendo, Naza.

—Las divinidades africanas velan por ti.

—¡Se te ocurren unas cosas! ¿Se trata de alguna adivinanza?

Él soltó su típica risa, como un sonajero con cucharillas de postre golpeando entre sí.

—Me refería a nuestro fetiche. ¿Sigue ahí?

Eva giró el torso hacia la estantería. Sus delgados labios se plegaron en algo parecido a una sonrisa.

—Aquí sigue.

El idolillo estaba en la balda superior, apoyado contra un tomo de la *Historia del Arte*, de Gombrich. Lo habían comprado por unos pocos dólares en un poblado masai durante un reciente viaje a Kenia. A su regreso a Gijón, Nazario propuso a Eva colocar la estatuilla en su despacho, para que le diese suerte y la exorcizara —se había chanceado— de «los diablos del arte».

—Hazme un favor —le rogó Nazario—. Eleva tu autoestima. ¡Arriba! Tienes mil motivos para sentirte satisfecha.

—Dime uno. Solo uno.

—Podría citarte un millón.

—¿No eran mil?

—¡Millones! Pero, como los mandamientos, se resumen en dos.

—¿Y son?

—Primero: estamos juntos. Segundo: sigues siendo la misma maravillosa mujer que conocí hará... ¿dos años?

Eva debía de llevar al día el calendario de su relación, pues precisó:

—Dos años, dos meses y puede que dos semanas.

—¡No es posible! Odio las frases hechas, pero parece que fue ayer...

—El tiempo corre.

—¡Implacable Cronos!

—¡Dímelo a mí! Dentro de nada me caerán cuarenta y seis años. Falta poco para que me convierta en una viejecita arrugada y gruñona. ¿Qué harás entonces, Naza? ¿Me dejarás por una chica más joven, como suelen hacer los artistas?

Su marido encadenó otra de sus risillas.

—No conseguirás librarte tan fácilmente de mí. Siempre cumplo mis promesas, incluido el juramento matrimonial.

El verbo «cumplir» despertó en Eva un recordatorio.

—Un momento, Naza... ¿No es hoy tu cumpleaños?

—¡No fastidies! —Eva intuyó que Nazario lo sabía, pero que fingía ignorarlo para no reprocharle su olvido—. ¿Estás segura?

—¿No es 4 de noviembre? ¡Tu cumpleaños, Naza! ¿Cómo he podido olvidarme?

—No tiene la menor importancia, cariño. Ya ves la que le concedo yo.

—¡Organizaremos una fiesta! Llama a los Temprano, a los Domínguez... Espera, déjalo... No te corresponde organizarla a ti. Yo misma me encargaré... ¿A qué hora les cito? ¿A partir de las nueve, para que nos dé tiempo a prepararlo todo?

—Insisto, Eva: no es necesario.

—Celebraremos tu cumpleaños, Naza. ¡No se hable más!

—Gracias, cariño. Sé que lo haces de corazón y lo valoro... Cambiando de tema, hay otro asunto del que quería hablarte...

Nazario se interrumpió, como si vacilase. Eva tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Alex. Estoy inquieto por él.

Se estaba refiriendo a Alexis, fruto de su matrimonio anterior con una mujer rusa, Dafne Velogurov, una modelo de alta costura con la que Nazario había estado casado años atrás. En septiembre, Alexis había cumplido quince años. Para unas cosas iba muy adelantado, pero aún tenía un lado infantil. A partir de su enlace con Nazario, Eva se había esforzado por recibirle no como a un hijastro, término que aborrecía, sino como a un hijo propio. Alex no era ni mucho menos un niño fácil, pero Eva sentía un ilimitado afecto hacia él, una cálida corriente de ternura que en nada, quería

pensar, se diferenciaba del vínculo maternal genético.

—¿Qué le pasa a Alex? —preguntó alarmada.

—Nada grave —la tranquilizó su marido; pero acto seguido añadió—: Espero.

—¡Dime de una vez qué le sucede, por el amor de Dios! —le apremió Eva.

—Solo sé que desde el comienzo del curso el niño se muestra ausente. Como si estuviera en otro planeta. ¿No te has dado cuenta? ¡Forzosamente has tenido que notarlo!

—¡Deja de llamarle «niño», Naza! Alex es un adolescente en toda regla, y antes de que nos hayamos dado cuenta se habrá convertido en un hombre. Recuerda lo que nos dijo su tutor.

—¿Qué nos dijo?

—Que puede padecer un déficit de atención.

—Para añadir de inmediato que era el niño más inteligente de la clase —agregó Nazario con orgullo paterno.

—¿No acabo de decirte que no le llames «niño»?

—No seas tan rigurosa, Eva. Y tampoco vayas a creer todo lo que digan los profesores. Alex no padece déficit alguno. A las cosas que le interesan sí les presta la debida atención. No obstante, está como ido... Puede que sean trastornos hormonales, no sé... El caso es que se muestra errático... ¿Te has fijado en su modo de comer? ¡O no prueba bocado o se atraca a deshoras!

Eva había sido testigo de esos desarreglos alimenticios, pero los había venido atribuyendo a los cambios provocados por el desarrollo físico de Alex. En los últimos meses había engordado unos cuantos kilos y crecido varios centímetros. Su rostro, sin embargo, seguía siendo el de ese niño que su padre parecía querer conservar siempre.

—Dirás que soy aprensivo, pero creo que algo no marcha bien —subrayó Nazario.

—¿Me estás ocultando algo? ¿Alex no habrá vuelto a manifestar síntomas de...?

Eva no concluyó la frase. Se calló de golpe, como si temiese decir alguna imprudencia. Al otro lado del hilo, la respuesta de su marido volvió a demorarse. Nazario era premioso, lo que impacientaba a Eva.

—Creo que se trata de su... cabeza —dijo él—. ¿Y si estuviera generando algún tipo de anomalía?

—¿De qué estás hablando, Naza? ¿Qué clase de anomalía? —Ahora, Eva se decidió a ponerle nombre—. ¿La de ese estrés postraumático? ¿Es que va a seguir padeciéndolo toda su vida?

—Una depresión, quizás —se dispersó Nazario—. ¡Ojalá me equivoque!

—No es un tema para hablarlo por teléfono, Naza. Continuaremos en casa. ¡Pobrecito Alex, tengo ganas de verle! ¿Irás a buscarle al colegio?

—Tenía partido de baloncesto y una merienda. El padre de los Ramos nos lo traerá a casa a las diez de la noche. ¿Te veré luego?

—Calculo que llegaré sobre las cinco. Tendré que ir a comprar para la cena.

—Gracias por ocuparte de mi fiesta de cumpleaños, Eva. Has conseguido emocionarme.

—No es nada difícil, Naza. Eres un sentimental.

—Por eso lo que escribo hace llorar —se burló él, no sin un amargo deje derivado del mal momento por el que atravesaban sus actividades literarias.

—No estoy de acuerdo. Me encanta lo que haces.

—Ojalá los editores pensasen como tú. Con uno solo, bastaría.

—Lo encontrarás, seguro. Y ese afortunado editor se dará con un canto en los dientes por haberte encontrado a ti.

Nazario le envió un beso.

—Gracias por tu apoyo, cielo.

—Otro para ti —le correspondió ella.

Apenas había colgado, su otro teléfono, el móvil, que tenía sobre el escritorio, comenzó a sonar.

Al comprobar el número, Eva se estremeció.

Era José, su primer marido. Al que Eva había respetado y querido, y hasta amado profundamente, pero de quien, desde su desgarrador divorcio, había aprendido a desconfiar. A temer, incluso. Tenía razones para ello. La primera, haber llegado a la conclusión de que José quería hacerle daño.

Se quedó mirando la pantalla del móvil con una expresión desvalida, sin saber si contestar o no. Hasta el octavo o noveno pitido no se decidió a oprimir la teclita verde.

—¿Sí?

—No sé por qué dices «¿sí?» con esas ínfulas de ejecutiva agresiva —empezó a arrinconarla José. Su voz era nasal. Eva dedujo que había bebido. En los últimos tiempos lo hacía con frecuencia—. ¡Como si no supieras de memoria mi número ni quién soy! —siguió vociferando su ex—. ¿Te lo recuerdo, ranita? ¡Soy don Sapo, el veneno de tus noches de verano! Y de las de invierno. ¡El único que te ha hecho sentir mujer!

Eva no soportaba ese tipo de connotaciones machistas. Su réplica iba a ser tan fría como las gotas de lluvia que en ese momento, repiqueteando como monedas, empezaban a caer sobre la luneta de su despacho, justo sobre su cabeza.

—Hubiera sido mucho mejor para los dos que no nos hubiésemos conocido, José. Y eso que he conseguido olvidarte.

—¡Yo no soy alguien a quien se pueda olvidar fácilmente! —rugió él—. ¡No estás hablando con un pelele!

Eva se mantuvo en silencio pensando en lo que iba a decir o, mejor, en lo que iba a callar a continuación. Su abogado le había aconsejado mostrarse cauta y reservada cuando José la llamaba, en previsión de que él grabase sus conversaciones para utilizarlas después. Desde su ruptura, José no había dejado de manipularlo todo. Cualquier información o comentario de Eva podía volverse en su contra.

—Tengo mucho trabajo. No dispongo de tiempo, y menos para ti. ¿Qué quieres?

—¡Mi dinero! —reclamó José—. ¡Eso es lo que quiero!

Los pulmones de Eva expulsaron el aire, pero le costó renovarlo. Durante unos angustiosos segundos se quedó sin oxígeno, ahogándose en un viscoso líquido que a punto estuvo de hacerla vomitar. Inspiró por la boca y, según su madre le había enseñado de niña para dominar los nervios, contó mentalmente hasta diez.

—No tengo un céntimo tuyo, José. Nada que te pertenezca. Desde que alcanzamos nuestro mutuo acuerdo de separación...

—¡No me vengas con jerigonzas legales! Con tus mentiras y las triquiñuelas de tu abogado conseguisteis engañar a aquel estúpido juez... Pero no a mí, ranita, no a don Sapo. ¡Estoy esperando a que me pagues los cien mil euros que me debes!

—¿Cien mil euros? —se escandalizó Eva—. ¿Qué dinero es ese?

—¡El que me robaste! Lo guardábamos en aquella caja fuerte que compramos cuando te entró la obsesión de que nos iban a atracar.

—¡No intentes liarme, José! Desde que nos divorciamos, he cumplido con creces. He respetado escrupulosamente las cláusulas de nuestra separación. Te entregué lo que te correspondía en concepto de bienes gananciales. Seguramente más. Suficiente para que pudieras vivir sin problemas.

—¡No tengo ni para comer!

El tono de José había sonado lastimero, con un punto de compasión hacia sí mismo que a Eva le resultó despreciable.

—No es culpa mía si te lo has gastado... ¿Por eso me llamas, José, para sacarme dinero?

—¡Serás...! ¿Qué clase de corazón tienes debajo de esas tetazas de vaca asturiana? ¿Y qué diablos vería yo en ti? Muy desesperado tenía que estar para dejarme engañar por una mujer tan egoísta...

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Mira quién fue a hablar de egoísmo! ¡Y deja de insultarme, canalla!

—¡Hija de...! ¡Vas a devolverme lo que es mío! Si lo haces, yo podría darte a cambio algo muy de tu agrado —propuso lúbricamente él—. Porque no me creo que ese medio hombre que vive contigo sea capaz de satisfacerte en la cama. ¡Tiene una pinta de maricón de aquí a Lima! Nadie te conoce como yo, ranita, nadie sabe la clase de yegua salvaje que puedes llegar a ser en la intimidad. ¡Bien montada, eso sí! —La lengua de José chasqueó contra su paladar, imitando sus interjecciones durante el placer—: ¡Házmelo y no pares! ¡Así, así, así...! ¡No pares, no pares, no pares...!

—¡Voy a colgar! ¡Y llamaré a la Policía! —le advirtió Eva con un chillido.

Él soltó una sucia risotada.

—Sé lo que estás pensando, ranita. Puedo ver como enrojeces desde la punta del pelo a las uñas de los pies. ¿Recuerdas cuánto te gustaba que te comiera las orejitas, antes de saborear el resto de tus manjares...?

Eva sintió un pinchazo en el corazón. Unas agujas invisibles parecían quemar y atravesar su carne. La visión se le tornó borrosa y su cuerpo se vació por dentro. Su voz sonó hueca.

—¡Eres un miserable!

José la insultó a su vez. Desesperada, Eva cortó la llamada.

Las manos le temblaban. Al abrir el bolso, le costó encontrar el paquete de tabaco. Había conseguido dejarlo, pero las llamadas de José le generaban tal ansiedad que había vuelto a fumar.

Al encender un cigarrillo, se le saltaron las lágrimas. No estaban causadas por el humo. Las dejó correr, ardientes como burbujas de cera, pero no la desahogaron. La angustia siguió habitando dentro de su ser, en un sótano maloliente y oscuro al que no quería volver a bajar.

La impotencia y la desesperación se estaban apoderando de ella. Sabía que no pasaría mucho tiempo sin que José volviera a llamarla. Temía tropezárselo por las calles de Gijón, como ya había sucedido en alguna oportunidad. Él la había insultado en plena calle. Estaba tan borracho que poco había faltado para que le pegara.

Eva le tenía miedo, mucho miedo. Desde su divorcio, José la odiaba. Estaba dispuesto a vengarse haciéndole todo el daño que un hombre era capaz de hacer a una mujer.

Y, sin embargo, había sido un marido encantador, dulce y atento.

Cuando comenzaron a relacionarse, siete años atrás, José Castaño era muy conocido en Gijón por su afición a la buena mesa y a la buena vida. Procedía de una familia adinerada, a la que los negocios de hostelería no le habían ido demasiado bien en los últimos tiempos. Pero todavía fue capaz de deslumbrar a Eva con invitaciones a navegar en su velero o a recorrer la costa en un Mercedes descapotable en el que sonaba música celta. La madre de Eva había apoyado el noviazgo. En cambio, el padre, Pedro Enciso, no podía soportar al novio, pero su hija estaba enamorada e impuso sus sentimientos. Se casaron ante la mejor sociedad asturiana, e innegablemente gozaron de una época de felicidad. Eva se había trasladado al piso de soltero de José, una vivienda modernista de quinientos metros cuadrados con molduras en los techos, camas con doseles y balcones de forja.

Mientras Eva hacía todo lo posible por agradar a su marido y por quedarse embarazada, los negocios de la familia Castaño siguieron yendo de mal en peor. Cerraron un hotel, malvendieron unos cuantos locales, traspasaron muy a la baja El Ancla, su legendario restaurante de El Musel, y José se puso a beber en serio. Con sus borracheras llegaron las recriminaciones: Eva no trabajaba, no podía tener hijos, no servía para nada... Ella tenía carácter y no se achantaba, hasta que un día José la sentó de dos bofetadas que quebraron la poca resistencia y el escaso cariño que le quedaba.

«Siguen viniendo mal dadas...», pensó Eva sin salir de su despacho, sepultando la cabeza entre las manos. La nuca le crujió como una rama seca. Las cervicales la estaban haciendo sufrir. Por la preocupación, por la tensión. No quería ir al

fisioterapeuta, y mucho menos a un psiquiatra —aunque era muy buena amiga de una psicóloga—, pero los disgustos se le amontonaban.

Por un lado, estaba su calvario con José. Por otro, los flojos ingresos de la galería y sus diferencias con Margarita. Y para acabar de entenebreceer el panorama, aquella presunta «depresión» que, según Nazario, afectaba a su hijo Alex.

Sugestionada por tan malos augurios, la mente de Eva recordó un inquietante episodio protagonizado por su hijo.

De lunes a viernes, Alex iba solo, caminando, a su centro escolar, el Colegio Alemán, situado a quinientos metros de Villa Mariana. Pero una de aquellas mañanas, inexplicablemente, se había presentado en el Liceo Francés. Aunque no quedaba lejos del suyo, ambos colegios eran tan diferentes que resultaba imposible equivocarse.

Sin embargo, Alex los había confundido.

Y no solo eso. Ante las preguntas de los profesores del Liceo, Alex se había empeñado en sostener que estudiaba allí. Le pidieron el número de su casa y llamaron a Villa Mariana para que alguien fuese a buscarlo. Fue Nazario quien atendió el teléfono. Estaba escribiendo en el hórreo y salió disparado. Eva se había llevado el coche, por lo que Nazario tuvo que apresurarse por el sendero que rodeaba los acantilados y cruzar a la carrera el nuevo puente del Brujón, una estructura volada a cuarenta metros sobre el lecho del río, justo antes de su desembocadura. Atravesó la carretera costera que comunicaba con Gijón y llegó al Liceo sin aliento.

Una monitora estaba custodiando a Alex en una sala de tutoría. Con sus pálidas facciones y sus transparentes ojos abiertos a una realidad que parecía serle por completo ajena, la actitud de su hijo era pasiva. En el último trimestre había tenido momentos de extrema reserva, ausencias en las que se volvía silencioso, sigiloso. Alex debía estar en otro de esos periodos porque no contestó a las preguntas de su padre. No pronunció una sola palabra.

Nazario se lo llevó y lo retuvo en casa el resto del día, bajo su observación. Poco a poco, Alex fue retornando a la normalidad. Hizo sus deberes y ensayó en el piano el concierto de Rachmaninov que iba a tocar en Navidad con la Joven Orquesta del Principado de Asturias. Después estuvo leyendo la última novela de Harry Potter, cuyos capítulos alternaba con los *Diálogos*, de Platón. Habitualmente, su padre no le dejaba utilizar los ordenadores entre semana, para que no se distrajese de las tareas escolares, pero ese día le permitió navegar a su capricho. Alex disfrutó chateando en inglés con un estudiante de Bristol.

A la mañana siguiente, el chico regresó como si tal cosa al Colegio Alemán. De su confusión del día anterior seguía sin recordar nada. Nazario le preguntó si había estado en el Liceo Francés. «¿A qué viene eso? —se extrañó su hijo—. ¿Te has vuelto loco?».

Segundo error de Alex. Tenía un partido de campeonato en su escuela de tenis, pero se presentó a jugarlo con una raqueta de pádel. Entró al vestuario del club, se cambió, orilló con indiferencia las canchas de tenis y se dirigió a las pistas de pádel. Nazario tuvo que ir a buscarlo una hora más tarde, para levantarlo del banco en el que

permanecía sentado a la espera de un ilusorio rival.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su padre.

—Esperar.

—¿A quién?

—Al tío Raimundo.

Nazario se quedó helado. Raimundo, un hermano suyo, había muerto años atrás. Alex le tenía mucho cariño. De pequeño, en la playa, solía jugar con su tío a las palas.

Dos ejemplos. Pero las alarmantes confusiones de Alex con las coordenadas de espacio y tiempo no concluían ahí. Había sufrido unas cuantas más, todas en los últimos meses.

Eva empezó a temer que realmente a su hijo le estuviera sucediendo algo malo.

En las calles de Gijón empezaba a llover con más fuerza.

La mirada de Eva discurrió de los ventanales a las paredes de su despacho, el mismo que había utilizado su padre.

Siempre le había gustado como lo tenía él y al heredarlo y ocuparlo no había cambiado nada. Ni la mesa ni la butaca, ni siquiera la alfombra, un kilim. De la rugosa capa de estuco color plátano que recubría las paredes seguían colgando los mismos cuadros. Dos de ellos llevaban la rúbrica de P. Enci, la firma artística de su padre a lo largo de su carrera como dibujante y pintor. Las restantes piezas pertenecían a colegas suyos de generación.

El cuadro más próximo al escritorio pertenecía a la etapa mística de P. Enci. Representaba un signo de interrogación aleatoriamente escoltado por cruces, triángulos y motivos esotéricos. Al contemplarlo, otra pregunta, también simbólica, dibujó su mudo interrogante en el cristal de la vida familiar de Eva, que de pronto estaba dejando de ser nítido para enturbiarse en una superficie opaca a través de la cual el futuro no se veía con claridad.

La jaqueca la estaba torturando. Engulló un ibuprofeno con té frío y procuró no pensar en los insultos y las amenazas de José. Tenía muchísima faena, facturas que revisar, pagos y subvenciones que reclamar... Pero debería aplazar sus obligaciones laborales para concentrarse en la fiesta de Nazario.

Tenía que ser una auténtica celebración. Él se lo merecía. Al pensar en lo que le caía encima, Eva se vino momentáneamente abajo, pero debía cumplir con la tradición. El cumpleaños de Nazario se había celebrado el año anterior y no había motivo para no seguir haciéndolo.

Elaboró una lista de invitados y los fue llamando uno por uno. La mayoría le respondieron afirmativamente. Acudirían a casa de los Enciso —nadie decía «de los Goyena»— a partir de las nueve de la noche. A otras parejas, en cambio, dada la premura de la convocatoria, les iba a resultar imposible asistir. Eva se disculpó, admitiendo que la torpeza de haberles avisado tan tarde obedecía a un descuido suyo.

Telefonó a una tienda especializada en *catering* para consultar el precio de una cena para veinte personas, pero el presupuesto le escandalizó de tal modo que decidió prepararla ella misma. Iba a necesitar ayuda. Se animó a pedírsela a una de sus mejores amigas, la psicóloga Celia Arias. De paso, pensó, podría consultarle sobre los síntomas de Alex.

Además de buena amiga y mejor cocinera, Celia era muy generosa. No le falló. En cuanto Eva la hubo llamado y expuesto la situación, se ofreció para colaborar en lo que hiciera falta.

—Lo haré por tu chico, no te vayas a creer —dijo alegremente la psicóloga—.

Bueno, por tus dos chicos. Por Alex y por Nazario. Eres muy afortunada por haberles incorporado a tu vida, Eva.

—Lo sé. Y por tener amigas como tú.

—A estas alturas somos algo más que amigas. Como hermanas, ¿no crees? ¿Hace cuánto que nos conocemos? ¿Veinte años? ¡Hermanas, sí, eso es lo que somos!

Eva solía mostrarse menos efusiva que Celia, pero no menos sincera.

—Valoro mucho nuestra amistad, Cé.

Se había emocionado. Celia también, seguramente, pero lo disimuló y siguió diciendo por el teléfono con aire jocosos:

—Dejémonos de cursilerías nostálgicas y pasemos a la acción. ¿A qué hora quieres que vaya a tu casa?

—Cuando buenamente puedas. Lo último que pretendo es causarte molestias.

—Tengo consulta hasta las siete. Podré llegar sobre las siete y media.

—Te estaré esperando.

Antes de colgar, Eva se acordó de agradecer a Celia el detalle de haber llevado recientemente a su galería a un célebre psiquiatra, maestro suyo. De familia asturiana, como ellas, se llamaba Jesús Ruiz Alarte. Tenía la consulta en Bilbao. Su aspecto era rarísimo, muy llamativo, con ropa de colores vistosos, una melena blanca como plumón de pájaro y las manos cargadas de anillos. A Eva le había parecido un astrólogo, un adivinador o echador de naipes, pero Celia le había confiado que Ruiz Alarte era un número uno en su profesión y dueño de una destacada colección de arte contemporáneo, que seguía enriqueciendo con periódicas adquisiciones. Eva lo había recibido en su despacho y Margarita Leal, la técnico, le había mostrado los fondos de la Galería Enciso. Alarte se había interesado por un artista local, Sebastián Dueso, de Cangas de Onís, cuyo estilo onírico postdaliniiano (que a Eva, personalmente, le espantaba) le había atraído. Antes de despedirse, el psiquiatra apalabró dos cuadros de Dueso. No había pasado a retirarlos ni los había abonado, pero era de esperar que lo hiciera cualquier día.

Eva apuntó los ingredientes que iba a necesitar para la cena de cumpleaños de Nazario y se dispuso a salir para efectuar las compras.

Bajó las escaleras de la galería y se asomó al despacho de Margarita. La técnico no estaba.

«¡Qué raro!», pensó irónicamente.

Fuera, la lluvia seguía cayendo.

Eva fue a por su gabardina. El espejo colgado junto al perchero reflejó su estatura, más bien baja, su rostro esquivo y su cabello corto, rubio ceniza, en cuyas sienes comenzaban a aflorar algunas canas. Reflejó también su verdosa mirada, el elemento que, según su marido, aportaba vida y misterio a su rostro.

«Ojos de hada», le susurraba Nazario cuando se disponía a besarla.

—¿Cuántas botellas de champán pongo a enfriar?

Eran las siete de la tarde. Eva estaba en la cocina elaborando canapés, actividad que no figuraba precisamente entre sus aficiones favoritas. Para que la oyese Nazario, que andaba trajinando por la otra punta de la casa, tuvo que levantar la voz.

Su marido la alzó a su vez:

—¿Sí, cielo?

—¿Cuántas botellas de champán meto en el congelador, Naza?

—¡Las que tengamos!

—¿Estás seguro? ¡Debe de haber una docena!

—¡Todas! —decidió él—. ¿No conoces a nuestros amigos?

—¡Habrás que hacer sitio en la nevera!

Nazario la instó a ponerse a ello.

—En lugar de dar órdenes como un general a su tropa —protestó Eva—, ¿por qué no me ayudas a sacar los paquetes de carne congelada? ¡Qué manía la de almacenar, por Dios! Tú y tu mentalidad de posguerra...

—Si hubieses pasado tanta hambre como este humilde novelista...

—¡No puedo abrir los cajones!

Su marido entró a la cocina y se le acercó sonriente. Era bastante alto y se mantenía delgado a base de controlarse en la mesa y correr a diario por la playa. Acababa de afeitarse (solía hacerlo por la tarde) y olía a un *after shave* hidratante con aroma a coco que Eva le había comprado en una tienda de cosméticos ecológicos, cerca del puerto de El Musel.

—Aquí están mis dos manos, las únicas que tengo.

—¿Es un reproche? ¿Por lo agobiante que soy?

Nazario se apretó contra su espalda.

—Venía a prestártelas un ratito.

Sus dedos reptaron hacia los pechos de Eva.

—¡Deja de hacer el tonto!

Él la besó en la nuca con inequívocas intenciones.

—¡No es momento para juegos, Naza!

—Cualquier momento es bueno... ¿O eso era antes?

—Antes era antes y ahora es ahora —declaró Eva con una solemnidad que a ella misma le resultó cargante.

—¿Desde cuándo te expresas tautológicamente?

—¡Serás rebuscado! ¡Esas frases solo se le ocurrirían a un escritor!

—Es lo que soy. O lo que fui —apostilló él con un barniz de autocompasión que hizo a Eva relacionarle con su exmarido, José Castaño. Pero la diferencia entre ellos

era como la de la noche y el día y se avergonzó de haberles puesto en el mismo plano. A modo de compensación, besó a Nazario con cariño.

—Deja de lamentarte, Naza... ¿Qué? ¿Me ayudas en la cocina?

—En cuanto termine de arreglar el salón.

—Con lo lento que eres, te costará media hora.

—¡Ni cinco minutos! Mientras, tú sigue adelantando con los canapés. ¡Tienen una pinta bárbara!

—¡Eres un mentiroso!

—¿Por qué?

—Conozco mis limitaciones.

—Nunca te he mentado ni te mentaré. Menos aún, estando muerto de hambre.

Nazario metió un dedo en la mahonesa y se lo relamió. Eva le amenazó con un tenedor.

—¡Fuera de la cocina!

Riendo, Nazario salió al jardín con el propósito de ir trasladando al salón los butacones de teca. Las sillas de la biblioteca eran insuficientes para el número de invitados.

La tarde discurría otoñal, con una brisa saturada de humedad. De tierra adentro se acercaba una embajada de nubes, pero el poniente estaba claro.

La mirada del escritor se deslizó por los prados. El crepúsculo oscurecía su verdor, tiñendo la atmósfera con bermellones y añiles que le invitaron a pensar en los hábitos de los cofrades, vestidos, según él mismo había escrito en un artículo sobre la Semana Santa en España, de «color muerte».

Los últimos rayos hacían brillar los charcos en la arena de las playas. Mar adentro, algunas barcas faenaban en almadraba. Faltaba poco para que el sol se hundiese bajo las aguas, apagándose y dejando en sombras la fachada de Villa Mariana. Y tal vez, pensó Nazario, olfateando en el aire un acre aroma a algas, a merced de la tormenta que empezaba a relampaguear al sur, sobre los montes, y que, arrastrada por el viento, pronto se acercaría a la casa.

Eva y él residían en Villa Mariana desde que se habían casado. El padre de Eva, Pedro Enciso, les había cedido su uso y se había trasladado a un apartamento en el centro de Gijón, donde la muerte le sorprendió a los setenta y cinco años, a causa de un derrame cerebral. Desde el fallecimiento del pintor, por herencia, Villa Mariana, así bautizada en honor a la madre de Eva, había pasado a pertenecer a su hija.

La casona, desde cuyas ventanas se divisaba una hermosa panorámica de Gijón, era de piedra, de estilo montañés, con dos plantas, más la buhardilla que había albergado el estudio de P. Enci. Los interiores habían sido reformados con un toque de diseño en cocina, dormitorios y baños, pero las fachadas seguían presentando erosiones por las galernas y humedades; a causa, sobre todo, de su siglo y medio de antigüedad. Tan venerable edad dotaba a Villa Mariana de encanto y pátina. Baganvillas, rosales y yedras habían hundido sus raíces entre los sillares. Enramadas

y troncos tapizaban de hojas los zócalos y tapiales y, durante buena parte del año, gracias al bonancible clima atlántico y a la abundancia de lluvias, de flores.

Ladera abajo se alzaban unas cuantas casas más, sin otro orden que el tolerado por la accidentada orografía. Con sus buhardillas y tejados asomando sobre los setos de tejo, despertaban la curiosidad de los caminantes que se animaban a alejarse de la ciudad por los senderos de la costa. No había dos iguales. Cada una tenía su personalidad. Eran pintorescas, pero ninguna poseía el aire clásico de Villa Mariana, con su jardín inglés y el centenario hórreo irguiéndose sobre pilastras tapizadas de musgo.

Entre sus húmedas paredes, Nazario se encerraba a escribir. En aquel refugio, que él consideraba su santuario particular, lugar de inspiración y trabajo, había redactado su última novela, *La tercera dama*, que permanecía inédita.

El teléfono sonó en la biblioteca. Nazario lo oyó desde el jardín y entró para atender la llamada.

—¿El señor Goyena? ¿Don Nazario Goyena?

—Soy yo.

—Le llamamos de la editorial Muguruza. Doña Pilar Sánchez de Muguruza desea hablar con usted.

El escritor calibró al instante la trascendencia de aquella llamada.

—Muy bien.

—Le paso con doña Pilar.

La voz del escritor tembló ligeramente.

—De acuerdo.

Meses atrás había enviado a esa editorial el manuscrito de *La tercera dama*. El sello gozaba de prestigio gracias a Ernesto Muguruza, su fundador, uno de los legendarios editores de la transición española. A su muerte, coincidente con el cambio de siglo, su viuda se había hecho con las riendas de la editorial. En cuestión de segundos, Nazario iba a conocer su veredicto. ¿Publicarían *La tercera dama*? Cruzó los dedos.

—Lo siento mucho, amigo Goyena —le desilusionó la editora tras unas protocolarias frases de cortesía—, pero nos vemos en la dolorosa obligación de rechazar su original. No porque no tenga calidad, que la atesora, sino porque nuestro departamento comercial no ha logrado reunir suficientes argumentos para garantizarnos unas ventas susceptibles de amortizar la inversión. Sin embargo, como autor sí nos interesa usted. Tal vez podamos seguir hablando más adelante.

—Claro.

—En cuanto la crisis económica nos conceda un respiro.

—Lo malo es que va para largo.

—Usted no pierda la esperanza.

Deshecho por dentro, Nazario logró mantener el tipo. Con aparente naturalidad siguió hablando con la señora Sánchez de Muguruza sobre el difícil momento del sector editorial, el desafío del libro electrónico... Nazario tenía fama de hombre afable, educadísimo, y en ese ingrato momento —aunque de lo único que tenía ganas era de colgar y servirse una copa de algo lo bastante fuerte como para pasar el mal trago— lo demostró. Paradójicamente, fue en el registro tonal de la editora donde afloró un barniz de impaciencia, apenas perceptible, pero inapelable; una súbita premura por cerrar la llamada.

—Ha sido un placer saludarle, amigo Goyena. Habrá próxima ocasión, ya le digo.

En la línea de la conversación, Nazario acertó a despedirse cortésmente. «Con demasiada educación», pensó al colgar, enervado por la frustración.

La negativa de Muguruza a publicar su novela era un duro golpe para él, pero

intentó animarse. Le quedaban cartuchos en la recámara. Había enviado *La tercera dama* a otro sello, y no se la habían rechazado.

Dudó si comentárselo a Eva, por lo que para él tenía de humillante, pero confiaba en su mujer y no le gustaba ocultarle nada. Fue a la cocina, donde ella, con más tesón que acierto, seguía afanándose con los montaditos, y en pocas palabras le resumió su conversación telefónica con Pilar Muguruza.

—¿Te llamó ella o la llamaste tú?

—Llamó ella.

—¡Menuda bruja! Puedes creerme si te digo que lo siento bastante más que esa prepotente editora —trató de consolarle Eva, dejando de embadurnar con mantequilla unas tostadas sobre las que pensaba depositar lonchas de algún embutido por determinar—. ¡No vayas a hundirte, Naza, te lo pido por favor! Tu fiesta está a punto de empezar. Aplícate el refrán y pon al mal tiempo buena cara.

Su marido asintió en silencio, tratando de sonreír, aunque desolado en el fondo, y volvió al salón con el propósito de seguir arreglándolo para una celebración que, a la tétrica luz del rechazo editorial, se le antojaba bastante menos alegre.

Sin embargo, estaba de acuerdo con Eva en que el contratiempo no debía afectarle. Para evitarlo, se refugiaría en los suyos. En su familia. En Eva y en Alex. Y en sus amigos. Esa noche, volvería a ejercer como el ingenioso anfitrión que todos apreciaban. No iba a dejarse abatir.

Doblando la espalda más de lo que le convenía, porque una de sus vértebras lumbares estaba madura para la hernia discal, Nazario cargó una pesada mesa de hierro del jardín y la transportó hasta una esquina del cuarto de estar.

La brisa del atardecer había comenzado a soplar con más fuerza. A través de los ventanales, una corriente de aire más frío se canalizaba por los corredores de la casa. El escritor se dispuso a encender la chimenea de la biblioteca, contigua al salón y cubierta de libros del suelo al techo.

Oyéndole trajinar con los leños, Eva se presentó con una ocurrencia de última hora.

—¿Y si hiciéramos una barbacoa?

—No me parece una buena idea.

—¿Por qué no?

Nazario razonó que no había tiempo para preparar las brasas y que la noche se presentaba demasiado fresca como para cenar a la intemperie.

—¡Hombres! —se quejó Eva—. ¿Por qué siempre habrá que hacer vuestra santa voluntad?

Contrariada, se refugió en la cocina. Nazario estaba acostumbrado a sus bruscos cambios de humor y no se lo tuvo en cuenta. Sabía que se le pasaría enseguida.

Para ganar espacio, el escritor decidió retirar los muebles, a fin de que los invitados pudieran desplazarse con sus bebidas y platos sin tropezar con las mesitas auxiliares, taburetes, arcones y lámparas de pie que tanto le gustaban a Eva. A él, en

cambio, le sobraba todo accesorio decorativo, incluido el mobiliario más elemental. Si de Nazario hubiese dependido, vivirían en un *loft* con futones y bombillas en el techo. «O en una caravana sobre ruedas», le soltaba Eva cuando lo veía por el jardín, descalzo y sin camisa. «Hecho un Adán».

Al correr el arcón de la televisión, Nazario se pilló los dedos y se clavó algo, una astilla o una punta. El pulgar izquierdo comenzó a sangrarle. Ajena al accidente, Eva le preguntó desde la cocina:

—¿Te acuerdas de quién fue regalo de bodas?

Sofocando el dolor, su marido contestó:

—¿Qué regalo? ¿A qué te refieres?

—A la nevera. Alguien nos la regaló. ¿Pero quién?

—¿Qué más dará eso ahora, Eva?

—¡Acaba de estropearse! Habría que buscar las instrucciones, pero vete a saber dónde estarán...

Nazario recorrió el pasillo y volvió a entrar a la cocina.

—¿Qué te ha pasado?

—Acabo de cortarme.

—¿Con qué?

—Con una astilla o un clavo.

—Espero que no estuviera oxidado.

Por si acaso, Nazario improvisó un torniquete con el pañuelo. En cuanto hubo dejado de sangrar, desinfectó la herida con agua oxigenada y la cauterizó con unas gotas de betadine. Luego separó la nevera de la pared y ajustó el enchufe, que simplemente se había aflojado. Con un eléctrico siseo, el aparato volvió a funcionar.

—Gracias, cariño —dijo Eva, avergonzada—. Soy una perfecta inútil. ¡No sé qué haría sin ti!

—¿No crees que me merezco un premio?

Ella permitió que la besara. Sus caricias le comunicaron una oleada de ternura. Cuando se sentía desbordada o sola tendía a refugiarse en él. Su marido siempre le había abierto los brazos. Era un hombre tierno e inocente, con un lado frágil que a Eva no acababa de gustarle, pero que no corregía por más a menudo que ella le recriminase su falta de carácter. Por culpa de su candor, le advertía Eva una y otra vez, podía llegar a ser víctima de la ruindad ajena. ¿Quería un ejemplo? Sin ir más lejos, la envidia de sus colegas escritores. ¿Cuál de ellos había hecho algo por él, por su carrera? Si entraban en temas más íntimos, Nazario había sido víctima propiciatoria de su primera mujer. Dafne, la rusa, una lagarta con cara de ángel que le había hecho sufrir hasta la agonía, destrozándole como ser humano.

Eva apartó a Nazario porque sus apasionados besos estaban empezando a excitarla sexualmente y no era el momento de irse a la cama. Cambiando de tema, le preguntó:

—¿Has conseguido acordarte de quién nos regaló el frigorífico?

Su marido la miró atónito. Eva era capaz de bascular de un asunto a su contrario y eso le desconcertaba.

—¿El frigo? —repitió sin interés—. No.

—¿Qué sucede con tu privilegiada memoria de escritor?

—¿Cómo quieres que me acuerde? ¡Si ni siquiera recuerdo cómo llegaste al ayuntamiento el día de nuestra boda!

Eva meneó la cabeza.

—¡Qué calamidad! En el Mercedes de mi padre. Conducía él.

—El chaqué le sentaba mucho mejor que a mí —recordó Nazario, que había gozado de la amistad de su suegro.

—Porque el tuyo era de alquiler... Qué cuajo tienes, Naza... ¿Te habrías casado con cualquier otra que se hubiera presentado de blanco?

Su marido se recostó contra el quicio de la puerta. Su forma de sonreír le rejuvenecía. Ese día cumplía cuarenta y dos años, tres menos que Eva, pero no aparentaba más de treinta y cinco.

—Era invierno —se justificó, jocoso—. La niebla, tan espesa que no se veían los barcos. Llevabas velo. ¿Serías tú? No te reconocí hasta que te retiraron el tul. Una vez frente al altar, era demasiado tarde para salir huyendo.

—¡Serás traidor! ¡Lo dices como si te hubieras enfrentado a un pelotón de fusilamiento!

La risa hizo brillar la dentadura de Nazario. Sus alegres carcajadas solían resultar contagiosas. Se lo seguían resultando a la propia Eva, pese a estar habituada a oírlas. Sin Nazario a su lado, la vida le resultaría bastante menos divertida. Nada más aplicar mentalmente ese adjetivo a su convivencia se le antojó estar definiendo su principal afinidad. Ambos compartían un territorio afectivo estable y seguro, pero también ameno. Divertida, así era su relación. Y sincera. Sobre todo, honesta.

Nazario volvió a besarla, esta vez apasionadamente. En cuanto recuperó el aliento, Eva le habló a dos centímetros de sus labios:

—En serio, Naza... ¿Nunca te has arrepentido de haberte casado conmigo?

—¿Con el hada de ojos verdes? ¡Es lo único sensato que he hecho en mi vida!

—¿Me lo juras?

—¡Por lo que más quiero!

—¿Y qué es lo que más quieres?

Nazario intentó seguir con los juegos amorosos, pero Eva lo contuvo, cogiéndole las manos y maniatándolas con las suyas.

—Contéstame.

—¿Lo que más quiero? A vosotros, no lo dudes. A Alex y a ti. Lo significáis todo para mí. ¡Absolutamente todo! Si alguien os hiciera daño, sería capaz de matarlo.

—¿Lo dices en serio? ¿Matarías por mí?

—¡Puedes creerlo!

—No, no puedo... Solo es una de tus frases, Naza. Te conozco muy bien, mejor

que tú mismo, y sé que eres incapaz de aplastar una mosca.

—A una mosca no sé, pero a alguien que os hiciera sufrir...

«Alguien como José», pensó Eva, sin atreverse a nombrarlo en voz alta. Nazario no sabía que estaba recibiendo llamadas de acoso por parte de su ex. Ni siquiera se lo imaginaba. Ella no se lo había dicho. Había preferido que él no lo supiera para evitar un enfrentamiento entre ellos y que, en un episodio sin control, con violencia de por medio, José, que era más fuerte, pudiera humillarle o hacerle daño.

Eva se sentía profundamente avergonzada de haber cometido el error de haberse casado con alguien tan mediocre como José. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? José la había engañado con su buena percha y su simpatía, con su estilo de conquistador y derrochador, a base de repetirle que la quería más que a nadie ni a nada en este mundo. ¡Qué poco había durado su demostración! A nada de pasar por el altar, José se había convertido en un tirano. Empezó a faltarle al respeto. También Eva se había ido alejando de él, aunque no sin concederle segundas, terceras y cuartas oportunidades. El proceso de separación había sido largo, tortuoso y, a medida que se acercaba el divorcio, un verdadero enfrentamiento. Ahora, cuando ya no compartían nada, él se obstinaba en seguir molestandola, acechándola. Con la esperanza, había llegado a decirle en uno de sus ebrios ataques de locura, de recuperarla un día. ¿Es que de repente creía en los milagros?, le había replicado ella. ¡Ya podía esperarla sentado!

Las desagradables llamadas de José iban por épocas. Unas temporadas menudeaban, pero previamente podían haber transcurrido semanas enteras sin que él la molestara una sola vez.

Esos días la tenía muy presente. Anular a José, aniquilar todos y cada uno de sus recuerdos, exterminarlo sentimentalmente... Esa era la receta de Eva para impedir que le afectara su acoso. Y, por supuesto, conservar a Nazario a su lado, en la salud y en la enfermedad, hasta el final de sus días. Hasta que la muerte, en la que ninguno de los dos pensaba ni por un instante, los separase para reunirlos en el cielo de los escritores. Porque el de los galeristas de arte no existía para la hija de Enciso.

Al terminar su consulta, tal como había prometido, Celia se apresuró a coger el coche a fin de ayudar a Eva con la fiesta de cumpleaños de Nazario.

Sobre las siete y media de la tarde, la psicóloga llegó a Villa Mariana. Aparcó en el camino, frente a un Cantábrico en sombras, y cruzó el jardín por el sinuoso sendero que rodeaba el hórreo. Tamarindos y sauces agitaban sus ramas al viento, que soplaba con fuerza.

Eva vio llegar a su amiga y salió a recibirla. Celia la besó cariñosamente.

—¿Cómo van esos preparativos?

—¡Menos mal que has llegado! Llevo dos horas con el delantal puesto, pero es como si acabara de ponerme a la faena. ¡En todo este rato no he adelantado nada!

Además de poseer una naturaleza alegre y de ser de por sí muy sociable, Celia se encontraba aquella tarde de excelente humor. Sonrió a Eva con su graciosa boca de gruesos labios y dientes ligeramente saltones y se apresuró a intentar levantar el ánimo de su alicaída amiga.

—No te preocupes. Entre las dos nos arreglaremos la mar de bien. ¡Eh, mira quién asoma! ¡Hola, Nazario!

—¡Ha llegado la caballería! —la saludó alborozadamente el escritor desde el trastero, donde estaba desempacando un juego de vajilla.

Celia se quitó la chaqueta y la dejó, junto con su bolso, sobre un viejo banco de iglesia apoyado contra la pared del vestíbulo. Del perchero colgaban una sudadera y una parka de Alex.

—No sabes cuánto te agradezco que hayas venido —le dijo Eva mientras la conducía hacia la cocina—. ¡Ya sabes lo torpe que soy con los pucheros!

—¿No has mejorado desde la última vez?

Eva señaló los platos colocados sobre la encimera.

—¡Fíjate en mis horribles montaditos!

Celia dedicó una piadosa mirada a los canapés que Eva había estado confeccionando con más voluntad que tino. No brillaban por su presentación. Sin embargo, para evitar humillarla, la felicitó por su «trabajo de base» y, como primera medida, pasó los montaditos de los platos soperos donde Eva los había alineado sin la menor gracia a unas bandejas de alpaca que encontró en la alacena. Una vez redistribuidos, Celia los adornó con huevas de lupus y tréboles de salsa rosa que fue dibujando tras agujerear una bolsita de plástico y proyectar su colorido disparo sobre tallos de espárragos y dorsos de salmón. Hecho esto, abrió la nevera y seleccionó algunos de los productos que Eva había adquirido en el supermercado: quesos, una lata de anchoas, otra de almejas chilenas, mostazas y diversas salsas. Encendió tres de los cuatro fuegos de la cocina, puso aceite a calentar en sartenes de distintos tamaños

y, utilizando uno de los cuchillos de hoja cerámica, se aplicó a cortar pimientos, cebollas y ajos con la eficiencia de un cocinero chino al que le hubiese entrado un revuelo de pedidos.

Desde el instante en que Celia hubo tomado el mando de las operaciones culinarias, Eva se quedó al margen, limitándose a mirar. Era evidente que su amiga no necesitaba su colaboración. A los pocos minutos de no hacer nada, y cuando ya humeaban las sartenes, rogó:

—Déjame ayudarte, Cé. No puedo estar de brazos cruzados, mientras te encargas de todo.

—Claro, nena. Báteme unos huevos. ¿Tienes otro delantal?

—Sí, ten. ¿Cuántos huevos?

—Una docena, en tandas de tres.

Eva apretó con demasiada fuerza la cáscara y el huevo le explotó en la mano. Un churretón de yema resbaló por su antebrazo. Intentó restañarlo con la mano limpia, pero se pringó los dedos con la clara. Se lavó como pudo en el fregadero y fue a por una fregona, pero al abrir el escobero se le vinieron encima los cepillos, el recogedor y un cubo con restos de agua. El sucio líquido se derramó por el suelo, mezclándose con el huevo roto. Eva se tapó la cara, avergonzada, mientras Celia reía con ganas.

—No es culpa tuya, no vayas a creer que me estoy burlando. ¿Así es como recoge las cosas tu empleada de hogar? Tendrías que pedirle explicaciones. ¡En mi vida había visto un escobero peor ordenado!

—Ya no tenemos doméstica —murmuró Eva—. El desorden que ves es culpa mía.

—¿Y Braulia?

—Tuve que prescindir de ella.

—¿Por qué?

—Razones económicas. Las cosas no nos van bien.

—No me habías dicho nada —se extrañó Celia, girándose para dejar de darle la espalda, como venía haciendo por atender los fuegos.

Eva había empuñado una fregona y limpiaba la mancha con desmañados movimientos.

—La galería va de mal en peor —se lamentó—, y en cuanto a Naza... el pobre no está ingresando prácticamente nada.

—Creí que sus libros se vendían muy bien.

—Se vendían, tú lo has dicho. Pero con la crisis... Ha tenido que cerrar el taller literario por falta de alumnos y está sin editor. Dentro de unos días se va a México, a la Feria del Libro de Guadalajara, con idea de buscar uno.

—¿Le acompañarás?

—El año pasado fui y disfruté mucho, pero el viaje es muy caro y no andamos para tirar la casa por la ventana.

A Celia le extrañó esa observación.

—¿Tan mal estáis, en serio?

Eva terminó de escurrir la fregona y la colocó de cualquier modo en el escobero, empujando los cepillos y recogedores hasta que, a base de presión, pudo cerrar el armarito.

—En los tres meses que llevo al frente de la galería solo he vendido tres cuadros, a uno por mes. ¡Hazte una idea de la situación! Mi padre se venía defendiendo con las instituciones, pero esa fuente también se está secando. Apenas puedo hacer frente a los salarios de mis empleadas, más el alquiler del local. A los gastos fijos hay que añadir los catálogos de las exposiciones, la publicidad, los viajes...

—Siempre te quedarán tus propiedades —recordó Celia—. ¿No tenías en renta unos cuantos pisos? —Eva asintió en silencio, con un mohín—. Y supongo que seguirás disponiendo de esos fondos bancarios de los que me hablaste en alguna ocasión...

—Se trata de capitales inmovilizados —le aclaró la dueña de la casa, con aire reservado.

Celia dedujo que su amiga prefería cambiar de tema.

—No sé por qué me pongo a hablar de dinero si sigo sin entender una palabra de finanzas. ¡Soy un desastre, todo me lo gasto en trapos! Ya me conoces, no tengo solución. Por cierto —añadió con un guiño—, hace siglos que no vamos de compras. ¿Cuándo nos lanzamos a la calle?

—Los tiempos no invitan a malgastar.

—¿Consideras un derroche invertir en una misma?

—En tu caso no, porque sigues teniendo muy buen tipo, pero en el mío es un desperdicio. No me luce.

—¡Serás Cenicienta! ¡Calla y echa la cebolla a la sartén!

Eva lo hizo, pero tan desmañadamente que le saltó aceite al jersey. El humo picante de las cebollas hizo que los ojos se le arrasaran de lágrimas. Decididamente, se lamentó, la cocina no era lo suyo. Conteniendo la risa, Celia le alcanzó una servilleta y siguió razonando:

—La coyuntura no es boyante, pero tampoco vayamos a privarnos de las pocas cosas que nos hacen más agradable la vida. ¡Verás cómo la economía irá mejorando poco a poco!

—¿Lo dices porque a ti te va bien? —quiso ironizar Eva. Pero no dominaba el arte del sarcasmo y su comentario sonó con excesiva dureza, casi como una recriminación.

—No puedo quejarme —admitió Celia, retrocediendo un paso porque acababa de verter unas tiras de bacalao en otra de las sartenes—. Cada vez tengo más pacientes.

—Está claro que la recesión no perjudica tus intereses. Alguna ventaja tenía que ofrecer la crisis.

—Puede que las penurias económicas agraven determinados trastornos —admitió con indulgencia la psicóloga, disculpando así, de tan benevolente manera, la notoria

falta de tacto de su amiga.

Eva no era de otra forma. Celia la conocía de sobra. Había que aceptar su inseguridad, su brusquedad, su generosidad... Todo junto, a borbotones... o buscarse otra amiga.

—El sentimiento de fracaso y los consiguientes trastornos de los adultos guardan relación con sus resultados laborales —siguió exponiendo Celia, mientras removía el sofrito con una cuchara de madera—. Si el éxito les sonríe, difícilmente se convertirán en pacientes míos. En cambio, si fracasan...

—Correrán a tumbarse en tu camilla —apuntó Eva.

—Ajá, porque lo que es en mi cama...

La carcajada de Celia contagió a su amiga. Ambas se relajaron. Antes o después, su antigua complicidad volvía a acercarlas.

En cuanto a experiencias sexuales, curiosamente, sus papeles se habían ido invirtiendo con el paso de los años.

Cuando eran jóvenes, Eva se mostraba muy lanzada con los chicos. Celia, en cambio, llevaba fama de inabordable. Ambas habían estudiado en Madrid y compartido habitación en un colegio mayor. Su grado de confianza incluía las confidencias eróticas. Eva descubrió muy pronto los placeres del sexo y, literalmente, se atracaba de aquellos chicos que, según ella, «quitaban la respiración». Como obedeciendo a una endomórfica condición, sus primeros novios habían respondido a idéntico estándar: altos, morenos, con ojos claros. José Castaño y Nazario Goyena eran claros ejemplos de esa tendencia.

En cambio, a Celia le atraían los rubios. Con la madurez, Eva se había ido moderando hasta alcanzar la estabilidad, mientras Celia, tras una serie de fallidos noviazgos, venía resignándose a encadenar aventuras que cada vez duraban menos y cuyos decepcionantes finales iban minando sus esperanzas de estabilizarse en el plano sentimental. Un empresario finlandés, un marino mercante, un estudiante de psiquiatría que había acudido a ella para consultarle una tesis... Todos eran rubios (y bastante raros, pensaba Eva). Todos habían pasado por su vida para terminar alejándose de ella y emparejándose o casándose con otras mujeres.

Sin embargo, Eva sabía que en los últimos tiempos otro hombre había llamado con fuerza a las puertas de su corazón. Con la excusa de necesitar un razonable margen de tiempo para consolidar esa nueva relación, Celia se resistía a revelar la identidad de su príncipe azul. Eva había intentado tirarle de la lengua inútilmente. «No te lo contaré hasta que no esté tan segura de él como de mí misma», replicó Celia la última vez que Eva había querido sonsacarle la identidad de su misterioso enamorado.

—¿Tampoco hoy vas a decirme quién es? —persistió Eva, muerta de curiosidad.

—Tal vez lo haga cuando regresemos de un próximo viaje.

—¿Te vas con él?

—Sí.

—¿Adónde?

—Al país de la felicidad —rio Celia mientras hacía resbalar a la sartén unas alitas de pollo espolvoreadas con páprika.

—Avísame si encuentras el paraíso, para encargarme un billete —fantaseó Eva con una expresión de ensoñación nada común en ella. Buscó un sacacorchos para abrir una botella de vino y prosiguió con tono evocador—: Viajar en compañía de un hombre fascinante con rumbo desconocido... ¿Qué expectativa mejor que esa? ¡Cuánto daría por estar en tu piel, Cé! Así podría escapar de mi rutina.

—¡Mira por donde me sale la mosquita muerta! ¿Es la señora Goyena la que me está hablando? No juegues a hacerte la dura, Eva, no creo que fueses capaz de ponerle los cuernos a Nazario.

—En principio, no.

—¿Solo en principio?

—Eso he dicho.

—¡Me dejas...! ¿Acaso se lo merece, el pobre? Le hundirías en la miseria y ya sabes dónde acabaría.

—¿En tu camilla? —apuntó Eva con sorna.

A Celia se le atragantó la risa.

—Porque lo que es en mi cama... Hablando en serio, Eva. Nunca he visto a un hombre tan enamorado como Nazario, y puedes creerme si te digo que dentro y fuera de mi consulta he visto a muchos hombres locos de amor. Nazario besa el suelo que pisas. Te adora. Eres la luz para él.

—Eso que acabas de decir es muy bonito.

—Y lo que es más importante: es verdad. ¿Por qué pones esa cara? ¿No te hace feliz?

—¡Claro que sí! Aunque de una manera demasiado... convencional. De vez en cuando, echo en falta cierta sensación de aventura.

—Como el noventa y nueve por ciento de las mujeres casadas... Mira, Eva, no se puede tener todo a la vez. Estás construyendo una familia, y no todas tus amigas podemos decir lo mismo. Tienes a tu lado a un hombre bueno y al mejor hijo que una madre pudiera desear.

Eva sirvió el vino en copas de cristal labrado. Le gustaba cuidar ese tipo de detalles, y con más esmero cuando tenía invitados. Nazario, en cambio (aunque sus modales fueran distinguidos), carecía de esa clase de sensibilidad y vertía la cerveza o el vino en el primer recipiente que encontraba, así fuesen vasos de plástico. Junto a las copas estaba el tazón para los cereales de Alex, con una imprimación de Spiderman. Eso hizo que Eva pensara en el chico. ¿Era un buen momento para exponer su... casuística? No estaba segura, pero en cuanto comenzaran a presentarse los invitados Villa Mariana se transformaría en un pandemónium y sería imposible seguir hablando tranquilamente con Celia.

Bebió un sorbo de vino para infundirse ánimos y se decidió a abordar el asunto.

—Precisamente acerca de Alex quería hablarte, Cé.

—Tú dirás.

—Estoy muy preocupada por él.

—¿Qué le sucede?

—Está cambiando.

—Como todo preadolescente. Es un proceso natural.

—No me refería a las alteraciones hormonales.

—¿A qué, entonces?

Eva se contempló las uñas. Debido al mal hábito de mordérselas, tenía padrastrós. Si rozaban determinadas superficies, le provocaban una desagradable sensación de dentera.

—Desde hace algún tiempo, está ausente. No atiende, no escucha. Confunde lugares, nombres...

—¿Qué clase de nombres? —quiso discriminar Celia, súbitamente interesada—. ¿Propios o sustantivos?

—Ahora mismo, no sabría decirte...

La psicóloga dio la vuelta a las alitas de pollo y se limpió con un paño.

—Puede ser importante, Eva. Obsévalo con atención y anota las causas de sus olvidos. Las lagunas de la memoria suelen afectar a los nombres propios, pero Alex no es un chico normal.

—¿Y me lo dices ahora?

—¡No me interpretes mal! Simplemente quería decir que no es un chico corriente. Eva suspiró.

—Ojalá lo fuera. Nazario y yo tendríamos bastantes menos preocupaciones.

Celia se mostró muy convencida al afirmar:

—Es un caso de superdotación.

—¿Por qué estás tan segura?

—A las pruebas te remito. ¿Cuánto tiempo estuvo en aquel campamento de inglés? ¿Tres semanas?

—Quince días.

—¿Siguió dando clases con posterioridad?

—Las correspondientes a su curso escolar.

—¿Sin profesores particulares?

—Nunca los tuvo.

—Y, sin embargo, su nivel de inglés es tan bueno o mejor que el de un alumno que haya estudiado un curso completo en un internado británico. La misma facilidad demuestra con el francés, las matemáticas, la historia... Los síntomas son evidentes, Eva. Su rápido aprendizaje de los idiomas, su inclinación a la música y al pensamiento abstracto, su insaciable curiosidad, su perfeccionismo y sentido del humor...

—Yo no lo tengo tan claro.

—¿Quieres salir de dudas sobre su auténtica capacidad? Bastaría con hacerle los tests de coeficiente.

Eva meneó la cabeza con determinación.

—Nazario rechazaría de plano someterle de nuevo a exámenes psiquiátricos.

—¿Por qué?

—Ya tuvo bastante la otra vez... Naza dice que le repugnaría convertir a Alex en un conejillo de Indias.

—¿Esa es la idea que Nazario tiene de los psicólogos? ¿Nos considera

torturadores de niños inocentes? ¡Vamos, Eva! ¡Tú y yo sabemos perfectamente la razón por la que Nazario huye de nosotros, profesionalmente hablando, y de la realidad!

—¿Cuál? —preguntó Eva.

En el acto se arrepintió de haber formulado esa pregunta. Conocía la respuesta y no era agradable. Celia también la conocía y por eso le repuso con calor, aunque atenuando la voz para evitar que Nazario, que iba y venía por el pasillo trasladando útiles al salón, las oyera.

—Por la misma razón por la que tu marido jamás ha querido hablar conmigo del asesinato de su primera mujer: por miedo.

—¿Por miedo a qué?

—A desestabilizar a Alex.

Eva abrió la boca, pero no llegó a replicar. Algo oscuro se lo impidió. Algo que estaba dentro de ella, agazapado como una alimaña en su madriguera.

Celia siguió previniéndola:

—Una cosa es evitarle a Alex los recuerdos de aquellos espantosos crímenes y otra muy distinta que también tú, Eva Enciso, una mujer racional e inteligente, acabes fingiendo, como Nazario, que esos asesinatos jamás sucedieron. Pero fueron reales, Eva, y en el origen de cualquier trauma que Alex pueda padecer latirá el hecho de haber sido testigo del asesinato de su madre y del hombre que vivía con ella.

—¡Alex no vio nada! —saltó Eva.

Celia apuntó a su amiga con el cuchillo de hoja cerámica que estaba utilizando para cortar embutido.

—¿Cómo que no? Alex estaba en aquel chalé de Madrid donde mataron a su madre y a su segundo marido. Y vio al agresor.

—¿Cómo, si iba encapuchado?

—En cuanto he sacado el tema te has puesto a la defensiva, Eva... ¡Estás siguiendo la pauta de Nazario y es un grave error! Te engañas como él, disfrazas los hechos o los sepultas tras un muro de silencio. ¿Qué ganas con eso? —Eva bajó la cabeza, aceptando el reproche, y Celia siguió argumentando—: Alex no reconoció al asesino. De acuerdo, Eva. Pero verle, le vio. Aquella trágica noche, Alex estuvo frente a él, a muy pocos metros... ¿Cómo se llamaba la rusa? Recuérdamelo.

Eva bebió un sorbo de vino y repuso ahogadamente:

—Dafne.

De apellido, Velogurov. Nacida en Moscú. Modelo profesional. Una belleza exótica. En la fecha de su muerte, Dafne Velogurov tenía treinta y ocho años. Nazario la había conocido, se había enamorado y le había pedido que se casara con él. Alexis sería el único hijo de ambos. Con el cabello rubio, la piel muy blanca y una mirada azul hielo, había salido a la madre. La familia Goyena-Velogurov disfrutó de momentos felices, pero por un destino trágico estaba condenada a la disolución. Dafne era cocainómana y por aquel entonces Nazario bebía demasiado. Llevaban una

vida bohemia, sin ingresos fijos. Habían residido en Sevilla y en Madrid, hasta que se divorciaron.

Dafne había vuelto a casarse muy pronto con un famoso y rico productor de televisión, Pedro Cortés, lo que le sirvió para relanzar su carrera como modelo y presentadora.

La pareja Cortés-Velogurov vivía con ostentación. Poseían una casa de quitar el hipo en Aravaca, una urbanización a las afueras de Madrid, y aparecían constantemente en las revistas del corazón. Alex pasaba con ellos varios meses al año, en régimen de custodia compartida.

El chico se encontraba en el chalé de Aravaca cuando un hombre encapuchado, aprovechando que era domingo y que el servicio libraba, mató a puñaladas al matrimonio Cortés. Alex vio como el desconocido acuchillaba a su madre. Presa del pánico, se ocultó en su dormitorio, debajo de la cama. Desde allí oyó, horrorizado, los gritos de su padrastro cuando era rematado. Pero el criminal le había visto. Supo que en la casa había alguien más, un testigo al que debía liquidar por su propia seguridad. Alex escuchó sus pasos en la escalera. Dio por hecho que el asesino subía a matarle y se puso a temblar. Cuando los pasos habían llegado al umbral de su habitación, sonó repetidamente el timbre de la puerta principal y se oyeron voces fuera, las de los vecinos que acudían alarmados por los gritos de auxilio proferidos por las víctimas. El agresor cambió de idea, bajó las escaleras y escapó por el jardín.

El sanguinario suceso había conmocionado al país.

La Policía abrió una investigación con todos los ingredientes para el guion de una película.

Los investigadores solo contaban con dos testigos: Alex y un vecino que había visto al homicida saltando la valla al escapar del chalé. El vecino declaró que el asesino se cubría la cabeza con una media o malla con agujeros para los ojos, por lo que no pudo ver sus rasgos. Le pareció alto y fibroso, pero no pudo precisar más. Llevaba algo en las manos, una bolsa o una mochila que se le cayó al saltar. Había desaparecido calle abajo, hacia la salida de la urbanización, corriendo a gran velocidad.

La Policía había llegado un cuarto de hora después. Los agentes forzaron la entrada y descubrieron los dos cadáveres en el salón. Los apuñalamientos se habían producido con extrema violencia. Había sangre por todas partes y abundantes huellas del criminal en el salón, la cocina, los pasillos, los peldaños de la escalera... Junto a la tapia del jardín apareció la mochila que había perdido al saltar. Dentro había billetes y joyas, lo que explicaba el móvil del asalto.

Los agentes habían encontrado a Alex en su dormitorio de la planta alta, en estado de *shock*. Tuvieron que sacarlo en una camilla y con la cabeza cubierta por la sábana para evitarle la visión de los cuerpos ensangrentados. No estuvo en condiciones de prestar declaración hasta pasados varios días, que transcurrió internado en la planta psiquiátrica de un hospital madrileño. Cuando el forense lo hubo autorizado, el juez

le llamó a declarar. Cautelarmente, al tratarse de un menor con posibles secuelas postraumáticas, el magistrado hizo grabar y filmar su comparecencia. Los recuerdos de Alex eran muy confusos. No sabía por dónde había entrado el asesino, aunque la puerta del jardín estaba abierta y la de la calle cerrada. Cuando lo vio, ya estaba dentro del salón, atacando a su madre. Vestía completamente de negro y llevaba la cabeza cubierta. Ella cayó con los primeros golpes. El hombre se inclinó y la apuñaló varias veces. «¿Viste sus manos?», le preguntó el juez. «Eran negras». «¿Usaba guantes?», presumió el juez. «La sangre también era negra», repuso Alex, blanco como el papel y con los ojos rojos por el llanto, la medicación y la falta de sueño. Siguió testificando. La sangre de su madre había brotado de sus heridas a chorros, como surtidores, manchando las paredes, los muebles, la ropa del agresor, cayendo sobre la alfombra del salón «y sobre sus hojas de hilo», había agregado Alex, en una observación que parecía emitida al borde mismo de la razón, o de la locura. Pedro, su padrastro, había ido a la cocina a por un cuchillo para defenderse, pero el agresor se lo quitó de las manos y lo apuñaló una y otra vez. Todo sucedió muy deprisa. Alex había gritado. El atacante miró hacia el piso de arriba y lo descubrió. A partir de ese momento, Alex no recordaba nada. Solo pasos en la escalera, terror, un pánico cervical que lo invadió como una nube ardiente eliminando toda reacción y reflexión, salvo la idea de que iba a morir.

Como autor de los crímenes, la Policía detuvo a un emigrante mexicano, Teodoro Pincas, guardés de los Cortés.

Él y su mujer, también mexicana, trabajaban y vivían en la finca de Aravaca, ocupando un pequeño pabellón de una planta situado a un extremo del enorme jardín. Teodoro realizaba las labores de jardinería y mantenimiento de la casa. Su mujer, Yoeli Sánchez, se desempeñaba como cocinera y doncella.

Las pruebas contra ambos fueron concluyentes. Las ropas utilizadas por el criminal, que habían aparecido ensangrentadas en un contenedor de la urbanización, pertenecían a Teodoro. El arma del crimen había sido uno de los cuchillos de la cocina de la casa, que había quedado tirado en el salón, con la hoja ensangrentada junto a los cuerpos. No tenía huellas del jardinero, pero el hecho de que hubiera actuado con guantes lo explicaba. Alex había creído que en la refriega hubo dos cuchillos, el del homicida y el esgrimido por su padrastro, pero la Policía dedujo que se había confundido y que solo se había empleado uno.

Los guardeses, que libraban aquel domingo, se habían presentado a trabajar a las ocho de la mañana del lunes, encontrándose con el chalé precintado y con un vehículo policial vigilando su puerta. Miembros de la Policía Científica los interrogaron y tomaron muestras biológicas.

En Aravaca se organizó un circo mediático. Socios de Pedro Cortés y algún presunto amante de Dafne Velogurov trufaron de sospechosos los primeros pasos del proceso sumarial, alimentando el escándalo y el amarillismo periodístico, pero la Policía no consiguió situar a nadie más en la escena del crimen. Los análisis

comprobaron que las ropas oscuras y la mochila con el dinero y las joyas robadas pertenecían al jardinero. Teodoro Pincas fue detenido junto a su mujer. Como doncella, Yoeli bien podía saber dónde guardaba el matrimonio Cortés el dinero y las joyas. Aunque se declararon inocentes, no pudieron aportar una coartada sólida. Aseguraron haber estado paseando por el centro de Madrid y haber pasado la noche en casa de un primo que les dejaba la llave. La Policía buscó a ese familiar, pero no apareció. Nadie les había visto entrar ni salir en su supuesto domicilio.

El juez no les creyó y los envió a prisión. El jurado popular que, un año después, los condenaría, tampoco les creyó.

Alex no compareció en el juicio debido a hallarse en tratamiento y a que el psiquiatra forense lo descartó de manera terminante. El juez autorizó al fiscal a reproducir en la vista la grabación de su voz, siendo el testimonio de Alex lo que mejor instruyó a los miembros del jurado acerca de lo sucedido en el chalé de Aravaca.

Los guardeses fueron condenados formalmente por el doble crimen de Pedro Cortés y Dafne Velogurov, pasando a cumplir sus penas de reclusión.

Caso cerrado, pero con las heridas abiertas.

En la cocina de Villa Mariana, Eva volvió a cerrar los ojos, sobrecogida por la evocación de esa tragedia y sus consecuencias.

—Nazario jamás habla de eso —murmuró—. Y comprendo que no lo haga.

—Es un error —la contradijo Celia—. Nazario es tu marido, Eva, el hombre de tu vida. Le conoces mucho mejor que yo, pero no ganáis nada con esconder la cabeza como esos avestruces de porcelana que tanto te gusta coleccionar. Quieras o no, aquellos acontecimientos forman parte de vuestras vidas. Si Nazario se empeña en ignorarlos, como si no hubieran sucedido, como si nunca hubieran apuñalado a su primera mujer, acabará siendo peor para todos. En primer lugar, para Alex. —El aceite se puso a chisporrotear en uno de los fuegos—. Consígueme un cubresartenes, Eva, o me quemaré y tendré que pedirte una pomada.

—Más vale que no la necesites, porque no hay.

Celia sonrió.

—No tenía la menor duda.

A Eva le costó encontrar un cobertor de aluminio. Mientras buscaba entre las sartenes, arguyó en defensa de su marido:

—Respecto a la manera de pensar de Naza... Es muy particular, lo sé, pero hay cosas en las que no le falta razón. Su tesis de que Alex debe llevar una vida normal, sin pastillas ni psiquiatras, es acertada. Antes de casarme con Nazario te lo consulté, recuérdalo.

Celia asintió. Se acordaba perfectamente de aquella conversación. Por encima de cualquier vacilación o duda, la psicóloga se había portado como una buena amiga animando a Eva a casarse. Si el lote incluía un adolescente conflictivo, qué se le iba a hacer. Lo importante era que Eva no perdiese la oportunidad de rehacer su vida con un buen hombre como Nazario Goyena. Alguien capaz de hacerle olvidar los sufrimientos de su primer matrimonio y devolverle la esperanza en el amor.

—No vayas a pensar que no os entiendo —dijo Celia—. Nazario y tú no sois los primeros padres ni seréis los últimos en pensar así. La tendencia natural es la de proteger al hijo, y eso es lo que estáis haciendo. Demasiados ejemplos hay en los que esta clase de niños prodigiosos, como yo prefiero llamarlos, ha sufrido injustamente. Que han sido marginados, soportado ataques, *mobbing*... ¡No pongas esa cara, Eva! Simplemente, estoy especulando. Alex se encuentra muy alejado de esos extremos. Tiene recursos de sobra para llegar a ser feliz. Pero me preocupan esos desarreglos de memoria que antes me comentabas. ¿Hay psicólogo en su centro escolar?

—No.

—¿Habéis hablado con sus profesores?

—Su tutor nos dijo que podría padecer un déficit de atención.

—Es común a su edad, pero tampoco creo que se trate de eso.

—¿De qué se trata? ¿Estrés?

—Por lo que me cuentas, no. Alex no manifiesta nerviosismo ni angustia, sino más bien lo contrario. Apatía. Indiferencia. Habrá que buscar otra causa para explicar su actitud, aunque, antes o después, no te engañes, Eva, los fantasmas de su pasado encontrarán el camino de regreso a aquel chalé de Aravaca y...

—¿Y entonces?

—Entonces, querida, hablaremos más en serio.

—Hagámoslo ya.

—Es prematuro. De momento, no tienes por qué alarmarte. Yo atribuiría parte de su desinterés al aburrimiento provocado por las clases. Seguramente, a Alex le resultan monótonas. Aprende con rapidez y se adelanta a los programas docentes. Las lecciones le resultarán materia conocida y se limitará a escucharlas sin mayor interés, pensando en otras cosas. Desatención que podría suponer otro tipo de consecuencias, también a prevenir, pero que sería solo eso.

—Va adelantado, en eso tienes razón. No para de leer. Últimamente, ha comenzado con la biblioteca de su padre.

—¿Qué está leyendo?

—La otra noche se fue a la cama con un libro de Dostoievski.

—¡No me digas! ¿Cuál?

—*Crimen y castigo*.

Celia permaneció pensativa unos segundos.

—¿Cuántos años tenía Alex cuando mataron a su madre?

—Doce.

—¿Y ahora?

—Quince. ¿En qué estás pensando?

—En Raskolnikov desde luego que no.

Eva se echó a reír.

—¿A cuántos chicos de quince años conoces que lean *Crimen y castigo*? —le consultó Celia, y Eva guardó silencio. Obviamente, a ninguno.

—Al margen de las lecturas, ¿qué otros hábitos compulsivos manifiesta tu hijo?

—Se alimenta mal, a deshoras y...

—¿Y? —la ayudó su amiga, porque Eva había enmudecido.

—Y por la noche, cuando voy a su cuarto para darle un beso antes de dormir... No sabría explicártelo, Cé... A veces Alex duerme con los ojos abiertos, pero es como si mirase hacia adentro, hacia una especie de noche interior.

—¿Tiene problemas de sueño?

—Se despierta a menudo.

—¿Con pesadillas?

—Bastante frecuentes.

—¿Te las cuenta?

—Alguna vez me ha dicho que se ve a sí mismo en lugares fantásticos, pero que, al mismo tiempo, le resultan extrañamente familiares como si hubiera estado con anterioridad en ellos. Fantasías, en fin.

—Puede que no lo sean. ¿Quieres que hable con él?

—¿En tu consulta?

—Por el momento, no será necesario... Si no te opones, intentaría charlar informalmente con Alex esta misma noche. Le propondré que me enseñe su habitación y nos encerraremos un rato a solas.

A Eva no le pareció mal. Le dijo a Celia que Alex tenía entrenamiento de baloncesto y el cumpleaños de un compañero del colegio, con merienda incluida, y que uno de los padres había quedado en traerlo más tarde.

Dieron por zanjado el tema y Celia siguió trabajando a destajo en la cocina. Eva atendió un requerimiento de Nazario y dejó sola a su amiga para ayudar a su marido con las mesas del salón.

Justo cuando pasaba por el rellano, oyó el teléfono. Eva supuso que podrían ser los padres que habían invitado a Alex y se apresuró a descolgar el auricular.

Nada más hacerlo, se arrepintió.

Era José.

—Hola, ranita —dijo su voz nasal.

«Ha bebido», dedujo Eva.

José jadeaba. Se le oía entrecortadamente, como si estuviera muy lejos de allí.

—Aquí don Sapo. ¡Croá, croá!

Con el corazón desbocado y la mirada puesta en Nazario, que acababa de pasar por el pasillo a un metro de ella, Eva experimentó un aumento de temperatura, un golpe de calor que la hizo transpirar con una película de sudor frío, como si tuviera fiebre. Tuvo que sentarse en el descalzador, bajo el vano de la escalera. Un espacio mínimo, cercado por la barandilla, al exterior del cual transcurría la vida doméstica. Cuando estaba enfadado, Alex se escondía allí o en el hórreo.

Eva se acurrucó en esa mínima bóveda, recubierta por una película de papel pintado cuyos motivos se desdibujaron ante sus ojos. La mano que sujetaba el teléfono le temblaba visiblemente.

—¿Te has quedado muda, ranita?

—¿Por qué me atormentas, José? ¿Por qué me llamas una y otra vez? ¡Olvídate de mí y déjame disfrutar de la cena con mi familia!

—¿Qué cena? ¿La del cumpleaños de tu maridito? —apuntó su ex, malévolo.

En ocasiones como esa, Eva sospechaba que José tenía el don sobrenatural de adivinar el presente.

—¿Cómo sabes que es su cumpleaños?

—Viene en la sección de Ecos de Sociedad de *El Comercio*. Lo he leído en un bar. Hoy cumplen, entre otros, Nazario Goyena, escritor, cuarenta y dos. Se le echan algunos menos, ¿verdad? Será por esa cara lampiña que tiene. Los maricones se cuidan mucho y parecen más jóvenes.

—¡Déjale en paz, José! Nazario no tiene nada que ver contigo. En ningún sentido, además. Es un buen hombre, pacífico y respetuoso.

—Conseguirás conmovir mi pérfido corazón —se mofó José—. Pero yo no me fiaría de esa loquilla. ¿Cómo sabes que no está contigo por tu dinero? Te recuerdo que sigues siendo un buen partido.

—Es una lástima que te hayas vuelto tan ruin —se lamentó Eva.

Intentaba mantener la cabeza fría, pero su pulso golpeaba sus arterias como si quisiera explotarlas. ¿Por qué tenía que aguantar que un hombre rencoroso y violento con quien ya nada tenía que ver la asediara en el reducto de su intimidad? ¿Por qué no le denunciaba? «Porque tengo miedo», se confesó a sí misma antes de continuar preguntando en voz muy baja, pues Nazario iba y venía por el corredor y podía oírla.

—¿Qué quieres? ¡Dímelo!

La voz de José se acarameló horriblemente.

—¡Ay, ranita! Querer, querer... Muy sencillo. Volver a sentirte tan cerca de mí como te siento ahora.

—Nunca habías estado más lejos.

Su ex no abandonó el tono burlón.

—Desde un punto de vista geográfico, yo diría que estás equivocada.

—¿Qué insinúas?

—Que casi te puedo tocar.

—¿Dónde estás? —susurró Eva, atemorizada.

La respuesta le llegó envuelta en una inquietante calma.

—Afuera, a la intemperie, bajo la lluvia.

Eva identificó el rumor de fondo que venía escuchando por el teléfono. Gotas de lluvia impactando contra una superficie. ¿Un tejado, tal vez?

—Sal y mira en dirección al hórreo —le ordenó José.

Eva se dirigió como una autómatas al vestíbulo y abrió la puerta. Llovía con fuerza. La oscuridad hizo que sus miedos infantiles regresaran de golpe. Por nada del mundo habría salido al jardín.

José la volvió a orientar:

—El hórreo.

Entonces lo vio. Estaba de pie sobre el muro de piedra, cerca de la única farola que iluminaba aquel ángulo del jardín. No se distinguía su cara, pero su silueta, alta y delgada, se perfilaba entre las ráfagas de lluvia. Contra la mejilla sostenía el móvil desde el que la estaba llamando.

—Ya ves lo fácil que es entrar en tu casa, que debería ser la mía. ¡Adiós, ranita! Don Sapo se marcha, vuelve a su charca... ¡Croá, croá!

José flexionó las piernas y saltó al otro lado del muro. Eva lo vio alejarse entre la espesa cortina de agua, como una amenaza en la noche.

Una hora más tarde, los tableros en forma de ele que hacían las veces de mesas auxiliares en el salón y en la biblioteca de los Enciso habían quedado literalmente cubiertos por una larga serie de fuentes y platos recién confeccionados, cuya abundancia y presentación garantizaban el éxito de la fiesta. Al menos, en el capítulo gastronómico.

En medio de tan selecta abundancia, los elementales canapés que Eva, por no quedarse reducida al papel de comparsa de Celia, había seguido preparando, denunciaban por contraste su precaria elaboración. Para hacerlos desaparecer, como quien oculta un defecto, la anfitriona engulló disimuladamente dos o tres en los que la sobrasada se erigía en arcillosos grumos y los trozos de jamón con excesivo tocino permanecían anclados en el centro de inapropiadas rebanadas de pan común.

Para adornar las mesas, Eva procedió a cortar unas hortensias del jardín y a distribuir las en jarrones. Poseía una colección de ellos, procedentes de distintas partes del mundo. También coleccionaba, desde niña, figuritas de avestruces. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía, pero siempre había sentido predilección hacia esas prehistóricas aves. Y no era porque le gustase esconder la cabeza. Tenía mucho temperamento y sabía embestir. A veces lo hacía llevándose por delante a quien fuera.

A las nueve en punto se presentaron los primeros invitados. Los Domínguez. Una pareja de cierta edad. Él era crítico de arte. Ella, jefa de enfermeras de una clínica privada. Habían sido muy amigos del padre de Eva.

Mercedes Domínguez besó con cariño a Nazario y le entregó un regalo envuelto en papel charol. El escritor lo abrió con emoción. Era una pluma estilográfica.

—¡Feliz cumpleaños, querido Nazario! ¡Qué Dios os siga guardando muchos años a ti y a tu entrañable familia!

A continuación, se presentaron los Bulnes. Matilde y Andrés. Matilde había dirigido una editorial de libros infantiles en Londres, y estaba tratando de introducir en España su catálogo bilingüe. Eva y ella se habían encontrado la mañana anterior en Gijón, pero volvieron a abrazarse como si hiciera meses que no coincidían.

—Estás guapísima —dijo Eva, aludiendo al conjunto elegido por la editora, americana y pantalón de un azul eléctrico que hacía destacar su melena negra. «Teñida», presumió Eva. Se le ocurrió pensar que, como directora de una galería artística, también a ella le correspondería lucir ropa atrevida, de diseño, pero nunca se arriesgaría a ponerse algo tan llamativo.

El resto de los invitados, hasta una veintena, fueron presentándose escalonadamente. Traían obsequios para Nazario. Libros, cedés, unas babuchas...

Seguía lloviendo y no se podía salir al jardín. Pese a permanecer recluidos en la casa, todos empezaron a divertirse con las primeras copas. Para relajarse, Eva se

preparó una ginebra muy cargada que le ayudó a encontrar especialmente gracioso lo que Mercedes Domínguez estaba contando a propósito de unos amigos comunes que, abocados a un divorcio, habían recurrido al mismo bufete de abogados, a idéntico psicoanalista y a la única agencia de detectives abierta en Gijón. Mercedes concluyó: «Para evitar arruinarse no han tenido más remedio que volverse a enamorar». A su vez, Eva se animó a contarles otros chascarrillos locales. Nazario y ella fueron rotando de círculo en círculo, asegurándose de que a sus invitados no les faltase de nada.

Con ayuda de Celia, Eva sirvió los aperitivos, por los que recibió unánimes felicitaciones. La anfitriona explicaba que el mérito le correspondía a su amiga, hasta que, cansada de repetirlo, acabó aceptando los elogios.

A eso de las diez de la noche, sonó el timbre de la puerta principal.

Dado el alboroto imperante, nadie lo oyó.

El timbre debió de estar sonando durante largo rato, hasta que uno de los invitados, Marcial Llopart, un diseñador gráfico con quien Nazario había publicado un libro ilustrado de cuentos fantásticos, escuchó golpes en la puerta y la abrió.

Al principio no pudo ver nada. La lluvia seguía azotando el porche. A Llopart le pareció que había alguien detrás de las ráfagas. Tuvo que encender la luz de la galería para que la figura de un chico empapado de la cabeza a los pies se materializase ante él.

Era Alexis, el hijo de Nazario Goyena. Llopart le conocía porque su padre le había llevado en alguna ocasión a su estudio, donde él mismo le había estado enseñando muy por encima técnicas de grabado e impresión.

El aspecto del chico, con el pelo mojado cayéndole sobre la frente y los ojos dilatados como los de un gato, ya no podía ser más inquietante.

—¿No vas a entrar? —le preguntó Llopart.

Le dio la impresión de que Alex no le había oído. No parecía encontrarse bien. «Nada bien —pensó el diseñador—. ¿Estará enfermo?».

—¡Está lloviendo! —le conminó—. ¡Pasa!

Pero Alex no lo hizo. Con la mirada saturada de algo que tal vez, volvió a pensar Llopart, pudiera ser fiebre, permaneció de pie bajo la lluvia.

—¡Adentro! —le apremió el diseñador—. ¡Te estás mojando! ¡Cogerás una pulmonía!

—Me gusta el agua dulce —repuso el chico con un hilo de voz—. La prefiero al agua salada. Si alguien me dijese: «Vas a morir por beber agua salada», le daría la razón. ¿Cuántos hombres han muerto por beber agua salada?

Sin entender una palabra, Llopart le insistió en que se metiera en casa, pero Alex no se movió. Gotas de lluvia resbalaban por su lívido rostro. El diseñador fue corriendo a dar la voz de alarma. Encontró a Eva y le avisó de que algo raro pasaba con su hijo. La madre se precipitó al porche.

—¡Alex!

Él seguía inmóvil bajo la lluvia. No se había movido un centímetro. Estaba empapado. A su espalda, un relámpago rasgó la líquida oscuridad.

—¿Qué te pasa, Alex? ¡No te quedes ahí! Entra y corre a cambiarte. ¿Qué habrás hecho para empaparte de semejante modo? ¿Dónde has estado?

La voz de Alex sonó como si hablara en sueños:

—Me he caído al mar.

—¿Cómo dices?

—He estado a punto de ahogarme.

—¡Déjate de bromas y entra en casa!

Eva cruzó el espacio que les separaba, le agarró de un brazo y consiguió meterle en el vestíbulo. Sin darle tregua, siguió empujándole hacia la escalera. Alex no colaboraba, aunque tampoco oponía resistencia. Sus movimientos eran tan rígidos como los de un maniquí. Uno de sus párpados había comenzado a reproducir un espasmódico tic.

Nazario se le acercó con cautela, como si temiera asustarle. Alex se había acuclillado en el rellano de la escalera. Un hilo de baba le resbalaba por la comisura y entre sus zapatos se estaba formando un charquito de agua. Para impedir que su padre se acercara, extendió las manos. Nazario se las cogió. Estaban frías. Le acarició las mejillas, heladas como piel de melocotón bajo la escarcha.

—Cuéntanos qué ha ocurrido —le suplicó su padre—. ¿No encontrabas el camino de vuelta y te perdiste en el monte?

—Me caí al mar —repitió Alex, como en estado de trance—. El agua estaba muy salada. Me llenaba la boca y se me metía por la nariz. ¡No podía respirar!

—No te pongas nervioso —murmuró Nazario, aunque obviamente era él quien lo estaba.

Eva había corrido a avisar a Celia. La psicóloga acababa de incorporarse a la escena y observaba con atención a Alex. Le preguntó:

—¿Por dónde te caíste, Alex?

Dio la impresión de que él se lo iba a explicar, pero de su boca no salió otro sonido que un tétrico castañeteo de dientes. Con un brusco movimiento, Alex hizo vencer su cabeza y clavó los ojos al suelo.

—Estoy navegando con la familia de un amigo. Tenía vuestro permiso, ¿recordáis? Zarpamos del puerto. No hay olas. El mar está en calma. El padre de mi amigo es pescador y me enseña a cebar los anzuelos.

El gesto de Nazario reveló estupor, y enseguida algo más, la desconocida clase de miedo que estaba comenzando a crecer dentro de él. Eva se había llevado una mano a la boca y se mordió el dorso con tanta fuerza que la dentadura le dejó señal.

Alex se pegó a la pared. Rascó la pintura, dejándose restos bajo las uñas, y siguió diciendo:

—Empieza a llover y el mar se enfurece. Las olas son enormes. Estoy en la proa y dejo de ver a los demás... Intento refugiarme en el camarote, pero resbalo y caigo al mar. Trago agua salada, muy salada... ¡No puedo quitarme los zapatos! ¡No puedo quitarme los pantalones! ¡No puedo quitarme el cinturón! Cuando estoy a punto de hundirme, me lanzan un flotador. Me suben a bordo y el barco pone rumbo a puerto. ¡Estoy vivo de milagro!

Lo más dulcemente que pudo, Eva le reprochó:

—No es que no quiera creerte, Alex, pero nada de lo que nos acabas de contar ha podido suceder en la realidad. Has estado todo el día en el colegio. No tenías pensado ir al puerto ni embarcar. Ibas a jugar un partido de baloncesto y te habían invitado a merendar en casa de los Ramos. Era el santo de tu amigo Fermín. Le llevaste un

regalo. Una novela de Harry Potter.

—¡Te equivocas! —la contradijo Alex, aflautando la voz—. ¡No me han invitado los Ramos, sino los Serra!

Al oír ese apellido, Nazario intervino:

—Los Serra no viven aquí, Alex, sino en Valencia. ¿No lo recuerdas? Haz memoria, hijo... Hace años que no vemos a los Serra. Es imposible que hayas podido salir a navegar con ellos. ¡De todo punto imposible!

—¿Tampoco tú me crees? —protestó Alex, extendiendo las palmas en actitud de mártir—. ¡Pues lo hice! ¡Subí a ese barco y me caí al mar!

Los Domínguez se habían acercado a la escalera. Sin asimilar lo que estaba pasando, intuyeron que se trataba de algo serio.

Celia debía de estar pensando lo mismo porque empujó con suavidad a Alex escalera arriba, lo metió en su habitación y cerró la puerta. La psicóloga permaneció con él por espacio de unos minutos, que a sus padres se les antojaron eternos. Al salir del cuarto, les dijo:

—Le he dado una pastilla y se ha dormido.

—¿Qué le pasa? —le urgió Eva, muy asustada—. ¿Padece alucinaciones? ¡Dime qué le ocurre, por favor!

—Quiero verle en mi consulta —indicó Celia. La forma en que se expresó no les tranquilizó en absoluto.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo, si puede ser.

—¿A qué hora? Tiene colegio.

—Intenta traérmelo sobre las dos y media. Os estaré esperando.

—Seremos puntuales, pero dinos algo ahora, por favor.

—No hasta que lo haya examinado.

—¿Es grave?

La psicóloga pareció vacilar.

—Es evidente que Alex padece algún tipo de trastorno psicológico.

—¿Relacionado con la muerte de...? —empezó a preguntar Eva, pero al ver que Nazario fruncía el ceño se quedó callada.

—Daremos con la causa, Eva. Por ahora no puedo hacer nada más. Alex se encuentra mejor y yo voy a quedarme un rato, así que podéis estar tranquilos. Entraré de vez en cuando en su cuarto para comprobar si descansa. Hace un momento estaba en actividad REM.

—¿Qué es eso? —preguntó Nazario, angustiado.

—Un movimiento intrínseco del sueño —explicó Celia, restándole importancia—, liberador de la actividad cerebral. No os inquietéis si sus ojos giran bajo los párpados, es algo absolutamente normal.

—¡Santo Dios, Celia! ¿Qué está pasando?

—¿Quieres calmarte? No debéis tener motivo alguno de preocupación. Olvidaos

de Alex, por favor. Continúa con tu papel de anfitriona, Eva. Yo te ayudaré.
¡Hagámoslo por Nazario, no vayamos a arruinar su fiesta de cumpleaños!

El escritor se quedó mirando a la psicóloga como queriendo significar: ¿qué fiesta?

Al día siguiente, minutos antes de las dos y media de la tarde, Eva cruzó la plaza del ayuntamiento, en Cimadevilla, acompañada por Alex, a quien previamente había ido a recoger al Colegio Alemán.

A aquella hora, las sidrerías ofrecían un animado ambiente. En las terrazas, clientes con jerséis y las primeras gabardinas, pues el tiempo seguía amenazando lluvia, se disponían a dar cuenta, bajo toldos caldeados con estufas, de mariscos y chuletas de buey, entre otras sabrosas especialidades de la cocina astur.

Sobre la plaza revoloteaban bandadas de palomas, a las que se habían agregado, procedentes de la cercana playa de San Lorenzo, gaviotas cuya presencia en un escenario urbano podría sugerir a la imaginación exóticas sensaciones, la invitación a volar hacia otros paisajes de arenas y olas.

El gabinete de la doctora Arias ocupaba un piso antiguo, que había pertenecido a su madre. Una parte del inmueble era consulta. La otra, vivienda.

Como le sucedía a su amiga Eva, Celia era hija única. Había heredado aquel piso a la muerte de su madre. La madre de Celia se llamaba Andrea. Su pareja, un ejecutivo de Cajastur, la había abandonado en cuanto se quedó embarazada, y se desentendió de su hija, a la que ni conoció ni llegaría a reconocer. La vida de Andrea y de la pequeña Celia, que tomó el apellido de la madre, Arias, no iba a ser nada fácil. Fueron saliendo adelante gracias al empleo de Andrea en el ayuntamiento gijonés, como secretaria de vialidad y aguas.

Celia no les abrió personalmente la puerta de la consulta. Disponía de una enfermera, Benigna, para ocuparse de la intendencia y del papeleo sanitario con los hospitales del principado. En imprevistos de cierta gravedad —brotes psicóticos, desórdenes—, Benigna la secundaba como auxiliar de clínica.

La enfermera tenía el rubicundo semblante y los torneados brazos de una matrona. Era resuelta e inspiraba, más que confianza, respeto. Hizo pasar a Alex y a Eva a la sala de espera, obsequió al chico con caramelos y comunicó su llegada a la psicóloga, que estaba atendiendo el teléfono.

De las paredes de la salita colgaban unos cuantos diplomas enmarcados en acero y cristal. Varios de ellos habían sido obtenidos en universidades extranjeras. Celia había permanecido los dos últimos años fuera de España —concretamente en Baltimore—, realizando cursos de psicología cognitiva. A su regreso a Gijón, cuando suponía que la mayoría de sus pacientes habría pasado a depender de otros colegas —«o se habrán curado milagrosamente, al verse libres de mí», bromeaba con su habitual sentido del humor—, le esperaba la agradable sorpresa de que le habían permanecido fieles. En consecuencia, para atenderles y recibir nuevos pacientes, había reabierto la consulta y contratado a Benigna.

Celia saludó cariñosamente a Alex:

—¿Cómo te encuentras hoy, campeón?

—Mejor que ayer —repuso Eva.

—Le he preguntado a tu hijo —la amonestó de manera afectuosa la psicóloga, y Eva se dio cuenta de que había comenzado a ejercer de tal—. ¡Adelante, pasad! A partir de ahora, Alex —agregó Celia, indicándoles que tomaran asiento—, voy a pedirte que respondas a algunas preguntas. No serán especialmente difíciles, aunque requerirán de toda tu atención. ¿Estás listo?

Él asintió abriendo y cerrando sus grandes e inexpresivos ojos azul hielo, protegidos por sedosas pestañas. Estaba nervioso y más pálido aún de lo que en él era habitual. De camino a la consulta, Eva había intentado sosegarle recordándole que Celia era amiga de la familia y una bellísima persona. Pero Alex había reaccionado así: «Trabaja con locos, ¿verdad? ¿Por eso me lleváis con ella, porque pensáis que estoy pirado?».

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Celia comentó con su dulce voz:

—¡Cualquiera diría que mi presencia te impone, jovencito! Te aseguro que, aunque me veas con bata blanca, no tienes motivos para tenerme ningún miedo. Todo lo que voy a preguntarte guarda relación con tu vida cotidiana. Te será fácil responder. ¿Vamos allá?

Alex volvió a asentir de manera automática. Estaba muy tenso.

—Haznos el favor de retirarte, Eva —le indicó Celia a su amiga—. Tu hijo se concentrará mejor si no te ve. Acomódate en el sofá, eso es. ¿Se te ha comido la lengua el gato, Alex?

La voz del chico sonó extrañamente desafinada.

—No me gustan los gatos. El que merodea alrededor de mi casa es negro. A veces pienso que el diablo se ha reencarnado en él.

—¡Enhorabuena, has hablado! —le felicitó Celia. La sonrisa no se había borrado de sus labios, pero al oír la extravagante respuesta de Alex una de sus cejas se había enarcado—. Empezaba a pensar que tendría que enviarte al foniatra. Bueno, vamos allá... ¿Listo para responder?

Alex volvió a asentir mímicamente.

—Muy bien. Imagina que alguien te para por la calle y te dice: «Creo que te conozco de algo». Él a ti, sin embargo, no te suena de nada. Pero ese hombre está seguro de conocerte e insiste: «Te he visto antes en alguna parte, Alex, estoy convencido de ello». Tú sigues sin caer y él vuelve a repetir: «¡Acuérdate de mí! ¡Tienes que acordarte de mí!».

El chico no hizo el menor comentario, pero el tacón de su pie derecho se puso a golpear el suelo con un repetitivo ritmo.

La psicóloga reincidió en la misma cuestión:

—¿Te ha ocurrido recientemente algo parecido, Alex?

—Supongo.

—¿Solo lo supones?

—No lo sé.

—¿Lo sabes, no lo sabes, lo supones...?

—No lo sé.

—A lo mejor sí lo sabes —se apresuró a presumir Celia—. Hasta puede, incluso, que estés seguro. Tanto como aquel hombre lo estaba de conocerte.

El pie de Alex dejó de golpear el suelo, pero su respuesta se hizo esperar. Detrás de él, aunque sin verle la cara, Eva le oyó decir:

—Me ocurrió en una ocasión.

Celia se alborozó.

—¡Muy bien! Vamos avanzando. ¿Recuerdas quién era, Alex?

—Un hombre al que me encontré en las ferias.

—¿Cuándo ocurrió?

—El año pasado.

—¿Quién era ese hombre?

—Un amigo de mi padre.

—¿A qué se dedicaba?

—Era escritor, como papá.

—¿Podrías reconocerle si entrase por esa puerta?

Alex se quedó mirando la entrada de la consulta. Eva pensó que lo hacía durante demasiado tiempo, como si sospechase que había alguien detrás de la puerta. Alguien que les estaba escuchando.

—Creo que sí.

—Descríbelo.

Celia había utilizado el imperativo con suavidad, pero Alex, muy alterado, anudó y desanudó las manos y cerró los ojos con tal fuerza que en las órbitas se le dibujó un antifaz de sangre. ¿Qué estaría pensando? ¿Encerrando sus pensamientos en una cárcel mental?, barruntó Eva. ¿Protegiéndose de algo o de alguien? ¿De aquel hombre de las ferias? ¿Había algo que no funcionaba con normalidad en el cerebro de su hijo?

Eva experimentó un mareo. Como a través de una pared de agua, oyó decir a Alex:

—No era muy alto. Llevaba sombrero y fumaba en pipa.

—¿Su nombre?

Alex no lo recordaba.

—¿No sería, por la descripción que acabas de darnos, Máximo Croatto, un autor argentino, amigo de tu padre, que de vez en cuando visita Gijón? —apuntó la psicóloga.

—Puede.

—Haz memoria, Alex.

El chico volvió a cerrar los ojos con fuerza.

—Me dijo que se llamaba Max.

La psicóloga tomó notas en su cuaderno.

—¿Has vuelto a ver a Máximo Croatto?

La mirada de Alex emitió un pálido destello.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde?

—En el barco.

—¿En el mismo barco desde el que te caíste al mar?

—Sí.

Celia y Eva intercambiaron una mirada. Alex no podía ver a su madre, que seguía sentada a su espalda. Eva había vuelto a morderse el dorso de la mano y su expresión era la de estar a punto de recibir una mala noticia. La psicóloga seguía garabateando notas y no levantó la cabeza para preguntar:

—¿Me aseguras, Alex, que ese hombre, Croatto, estaba a bordo de la embarcación desde la que ayer por la tarde te caíste al mar?

—Es él quien maneja el timón —afirmó el chico sin dudarle; ahora su voz sonó más firme—. Está sentado en la popa, debajo de una toldilla... El viento hace volar su gorra de marino. La veo flotando en el mar, junto a la estela del barco, pero no puede recuperarla.

Alex se tomó una pausa para humedecerse los labios con la punta de la lengua, que tenía blanca y pastosa. Cerró y abrió los ojos y, exactamente como si le molestara algo, un golpe de viento, se protegió la cara con una mano y prosiguió hablando con un tono que volvió a aflautarse:

—Cuando me caigo por la borda por culpa de la galerna, alguien me ve. Oigo gritos. El barco vira y me lanzan una cuerda. Es Max quien lo hace. Yo estoy flotando en la posición del muerto. ¡No puedo quitarme los zapatos, no puedo quitarme los pantalones, no puedo quitarme el cinturón! Miro las nubes.

—¿Ahora mismo estás viendo las nubes, Alex? —le preguntó Celia muy despacio.

—Sí —afirmó él, elevando los ojos al techo. Y agregó—: Recuerdo el proceso de evaporación del agua marina y su condensación en lluvia y pienso que el mar y el cielo son un mismo ser. Si alguien me hubiera dicho que iba a morir por beber agua salada, le habría creído. El exceso de sales minerales produce efectos nocivos en el organismo. Los científicos deberían estudiar su impacto sobre la salud.

Eva no pudo más. Acababa de sentir una punzada en el pecho. Salió del despacho de la psicóloga y se refugió en la sala de espera. Benigna, la enfermera, entró para preguntarle si necesitaba algo. Eva aceptó un vaso de agua.

En cuanto la enfermera hubo salido, Eva hundió la cara entre las manos. A Alex le estaba sucediendo algo muy grave. Era como si estuviera perdiendo la razón,

hablando con fantasmas sobre cosas que no existían. Eva se preguntó si, al final del laberinto en que parecía estar convirtiéndose la mente de su hijo, había un problema psiquiátrico, un trauma, y se temió que sí.

Durante toda la semana siguiente, la doctora Arias se concentró en estudiar los resortes psicológicos y los reflejos conductuales de su nuevo paciente de quince años de edad, Alexis Goyena Velogurov.

A diario, en sesiones que oscilaban entre los cuarenta y cinco minutos y la hora y media de duración, Celia fue recibiendo a Alex en su consulta para someterle a exploración psicológica.

Apoyándose en modernas metodologías, comenzó a indagar en sus recuerdos infantiles hasta allá donde su memoria alcanzaba. En ese terreno, pronto se llevó una sorpresa. La privilegiada inteligencia de Alex debería haber sido capaz de actualizar episodios ocurridos durante su más tierna infancia, describiéndolos con una cierta precisión, pero Alex no recordaba nada de lo sucedido en su vida hasta los seis años, siendo que el nacimiento de la memoria está científicamente establecido en los tres. Los primeros recuerdos de Alex no se materializaban hasta su residencia en el piso de Madrid donde, a partir de los seis, había vivido con Dafne y Nazario. Con anterioridad a esa fecha, no había retenido nada.

Mediante proyección de imágenes, escrutinio de listados genéricos y diversos tests, Celia trató de evaluar su capacidad para almacenar y procesar recuerdos, así como para activarlos mediante estímulos sensoriales, dinámicos e intelectuales. Invitó a Alex a realizar dibujos y a asociar conceptos sobre galerías de formas e imágenes, a elegir soluciones ante dilemas lógicos y a descubrir sofismas, a practicar ejercicios de observación, retentiva, emulación e imitación.

Los resultados fueron espectaculares. El nivel intelectual de Alex era el de un superdotado. Sus facultades no estaban reñidas con una destacada capacidad de evocación. Tenía creatividad, imaginación. Era capaz de narrar alternativamente en primera, segunda o tercera persona, y de trasladarse a sí mismo al rol de un personaje. A pesar de eso, diferenciaba claramente su identidad y no presentaba problemas de autoestima.

Para concluir, la psicóloga llevó a cabo otra tanda de pruebas en el ordenador. Tenían formato de juegos y fueron las preferidas por Alex.

Al finalizar la semana, Celia llamó a Eva. Quería verla.

—¿Voy a tu consulta? —se ofreció su amiga.

—Aunque te parezca increíble, ni siquiera en la tarde del viernes tengo un minuto libre.

—¿Y planes para cenar?

—¿Esta noche? Me espera un compromiso.

—¿Con tu hombre misterioso?

El silencio de Celia indicó a Eva que había dado en el clavo.

—¿Cuándo vas a presentármelo?

—¡Qué insistente eres!

—Con tanto secretismo me has despertado una curiosidad morbosa. ¿Cenamos mañana?

La psicóloga aceptó. Eva quedó en pasar a buscarla.

A las nueve de la noche de aquel segundo sábado de diciembre, Eva dejó a Nazario y a Alex viendo un partido de fútbol en televisión y se dirigió en coche al centro de Gijón. Aparcó en el paseo marítimo y tocó el timbre de Celia.

Apenas tuvo que esperar. Su amiga bajó enseguida. Había cambiado su vestuario habitual —trajes de chaqueta que le daban un aire serio y profesional— por un pantalón vaquero, una camisa de cuadros y una cazadora.

Eva la piropeó.

—Vestida como una jovencita estás condenadamente atractiva.

—¿Tú crees?

—¡Bruja! Lo sabes perfectamente. Estamos en tus dominios. ¿Adónde vamos?

—Han abierto un restaurante japonés. ¿Te apetece?

—Puede que desde solteras no hayamos estado en un japonés.

—Desde que *tú* estabas soltera —la enmendó Celia.

—¿Y hasta cuándo durará tu celibato?

—Hasta que encuentre un marido como el tuyo.

—¿No le habías echado el guante a un príncipe azul?

—No seas cotilla... Hemos quedado para hablar de Alex, no de mí.

Bajo la turbia luz de las farolas, la bruma procedente del mar hacía flotar las calles de Gijón. El tenebroso océano inspiró a Eva algo muy parecido al miedo, pero si notó un escalofrío fue al pensar en Alex.

—¿Cuándo vas a decirme lo que tiene?

—Antes quisiera pedirte que me hablaras un poco más de él —condicionó la psicóloga, torciendo una esquina en dirección al hotel Don Manuel.

En su terraza, dos años atrás, durante la Semana Negra, Eva había conocido a Nazario Goyena, uno de los escritores invitados al festival literario. Su mutua atracción había sido instantánea y su romance muy corto. En apenas unos meses habían decidido vivir juntos y poco después se habían casado. De su boda aún no se había cumplido un año.

—¿No hemos hablado ya bastante de Alex?

—Necesito saber más, Eva.

—¿Qué tipo de cosas?

—Qué hace Alex cuando está solo. Lo que sus amigos y profesores piensan de él. Sus relaciones con otros chicos y con las chicas de su pandilla...

—No tiene pandilla. La tuvo, pero...

—Se comunicará en la red.

—Supongo.

—¿Con quiénes?

—Lo ignoro.

—Quiero saber con quiénes, Eva. Y también si tiene obsesiones o temores recurrentes, y a quién apela cuando se siente indefenso, inseguro o... atemorizado.

—¿A qué va a tener miedo y por qué?

—Los resultados de los tests sugieren que padece algunas fobias.

—¿A qué?

—No me hace feliz decírtelo, Eva, pero empiezo a sospechar que las disfunciones psicológicas de Alex no obedecen tanto a una causa postraumática debido a su espantosa experiencia con el crimen de su madre biológica como a un origen sexual. No estoy segura al cien por cien —se apresuró a matizar la psicóloga, percibiendo que la aprensión afloraba en su amiga—. Me quedaría más tranquila si le diagnosticase un especialista. Y vuestra garantía como padres aumentaría exponencialmente si ese psiquiatra fuese uno de mis maestros, Jesús Ruiz Alarte, a quien conociste en tu galería cuando le llevé allí. Tiene su consulta en Bilbao. Podemos ir a verle en cualquier momento.

—Entiendo —murmuró Eva, con la sensación de que la humedad de la noche se le estaba introduciendo en la médula de los huesos. Comenzaba a temer que el diagnóstico de Celia fuese peor de lo que había supuesto—. Yo... estoy completamente perdida, Cé. Haré lo que digas. Lo que tú decidas.

Al llegar al restaurante eligieron una mesa apartada. Un solícito camarero que nada tenía de oriental las atendió con amabilidad y les fue sirviendo los platos.

Mientras sobre el mantel, de un rojo rabioso, se iban acumulando las viandas, Eva se esforzó por documentar a Celia sobre los gustos, tendencias y hábitos de Alex. No había comensales en las mesas cercanas, pero Eva se expresó en un tono tan bajo que su aliento ni siquiera hizo temblar la llamita de la vela decorativa colocada en el centro de la mesa.

Celia guardaba silencio, limitándose a escuchar. Probó el *sushi* y se sirvió atún mientras Eva se esforzaba por completar su retrato de Alex. Cuando terminó, las manos de la psicóloga dibujaron una especie de elipse.

—Gracias, Eva. Has hecho una descripción muy redonda de tu hijo, pero la psicología no es una ciencia circular ni exacta. A veces me gusta compararla con un planeta que permanece oculto, cuya órbita ayudamos a descubrir... También las mentes alteradas por un elemento nuclear protegido o escondido bajo su corteza describen círculos, desplazamientos de voluntades, anhelos, complejos o ideas... He llegado a un primer diagnóstico. No me ha sido fácil. Podría aburrirte detallándote los resultados de las pruebas de Alex, pero te ahorraré ese fárrago. En tu circunstancia, la jerga científica iba ayudarte más bien poco. Fácilmente puedo imaginarte entrando en la red para informarte a la carrera sobre síndromes de los que jamás habías oído hablar... como la paramnesia.

Eva iba a llevarse un tenedor a la boca. Lo dejó en el plato.

—¿Para... qué?

—Paramnesia reduplicativa.

—¿Eso es lo que tiene Alex? ¿Es esa su enfermedad?

Celia afirmó con cautela.

—Pudiera ser.

—¿Pudiera? ¿Solo pudiera? ¿Y también pudiera ser que estés equivocada y que no se trate de esa maldita param...?

—Paramnesia reduplicativa —repitió con paciencia Celia—. Cálmate, Eva, y deja que te explique. Se trata de una forma de amnesia muy poco común, compatible con un normal funcionamiento de la memoria. Básicamente, esta paramnesia provoca que la mente de un individuo —la de Alex, en este caso— reconstruya en el presente episodios que experimentó en el pasado. El sujeto no sabe que lo que le está sucediendo le ocurrió tiempo atrás. Cuando la ilusión se ha desvanecido —pues ha dejado de actuar el elemento que la ha causado— volverá a la normalidad, pero sin recordar nada. ¿Lo entiendes?

El gesto de Eva reveló incompreensión. Celia se esforzó en seguir ilustrándola.

—Utilizaré un ejemplo que ambas conocemos: el episodio sufrido por tu hijo en la noche del cumpleaños de Nazario. Aquel trastorno mental pasajero del que tú y yo fuimos testigos vino causado por la lluvia. Al sentir el agua empapando su piel, la memoria de Alex retrocedió en el tiempo, trasladándose a aquel otro escenario de su pasado en el que realmente estuvo a punto de morir ahogado... Nazario me dijo que, hace unos años, Alex se cayó de un catamarán en Canarias, al sur de Tenerife, cuando fueron a ver las ballenas. Hacía mal tiempo, con olas grandes y lluvia, y a los marineros les costó sacarle a flote. El propio Nazario tuvo que lanzarse al agua para ayudarles con el salvamento.

Un brillo suspicaz encogió los ojos de Eva.

—¿Has estado hablando de esto con mi marido?

Celia asintió.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensaba contártelo en cualquier momento. Las referencias de Nazario me han servido de mucho. ¿Qué mejor ayuda que la suya?

Eva le dio la razón.

—¿Tan grave es esa paramnesia?

—Si no se le pone solución, puede derivar en un fenómeno crónico, con episodios cíclicos... En mi consulta le provoqué uno, ¿recuerdas? Me limité a desencadenar el recuerdo de un desconocido que le paraba por la calle y Alex lo convirtió en la proyección de dos personalidades distintas. Pero no te atormentes, Eva. Lo primero que habría que hacerle a Alex sería una resonancia. Estoy segura de que Alarte se la ordenará.

Eva estalló.

—¿Que no me atormente? ¡Cómo se nota que no es hijo tuyo!

La frase sonó tan hiriente que Eva se arrepintió en el acto de haberla pronunciado,

pero, obcecada como estaba, no acertó a pedir perdón. Como un eco, una cavernosa voz interior la estaba atormentando con las peores predicciones sobre la salud mental de Alex.

La psicóloga se mostró dolida.

—Si es así como piensas...

—¡No, Cé! Discúlpame... Claro que no pienso así... ¡Perdóname, por favor! No sé lo que digo. ¡Estoy tan aturdida! El impacto es difícil de asimilar. ¿Me disculpas?

—Por supuesto.

—¿Seguirás ocupándote de Alex?

—Desde luego.

Pero a Eva le pareció que Celia lo decía por compromiso y, temiendo que pudiera restarle dedicación, suplicó:

—Júrame que no le abandonarás.

—No le dejaré de la mano, claro que no... Haremos frente a lo que sea. Juntas, tú y yo.

—Sí —afirmó Eva con un nudo en la garganta.

La comida del restaurante japonés era exquisita, pero no pudo probarla.

La noche siguiente, incapaz de dormir, Eva se preparó un té y se instaló en la biblioteca de Villa Mariana. Encendió la chimenea y se quedó contemplando pensativamente las llamas. Sentada frente al fuego, le dieron las dos de la madrugada.

Antes, Nazario, Alex y ella habían cenado juntos en la cocina, tal como solían hacer la mayoría de las noches. Tradicionalmente, ese era el mejor momento del día. Alrededor de la mesa, la familia comentaba los acontecimientos de la jornada y hacía planes para los días venideros.

Sin embargo, desde el regreso de las vacaciones de verano, Alexis se mostraba mucho menos comunicativo. Sus notas habían empeorado y los chicos que normalmente telefoneaban o se presentaban en Villa Mariana para estudiar o jugar con él habían dejado de llamarle.

Eva había informado a Nazario del diagnóstico de Celia. Su marido la había escuchado con preocupación.

—Se tratará de una perturbación pasajera —había opinado él, acaso para autoconvencerse de que así fuera.

—Por si acaso, tendrán que someterle a algunas pruebas.

—¿Más pruebas aún? ¿No ha estado toda la semana a disposición de Celia?

—Puede que el psiquiatra le ordene una resonancia.

—¿Qué psiquiatra?

—Celia nos ha recomendado a uno de Bilbao, muy bueno. Ruiz Alarte.

—¿Es imprescindible?

—Celia está convencida de que el origen del síndrome...

—¿Síndrome? ¿Es necesario llamarlo así?

—Ella utilizó ese término, Naza, y yo no me voy a inventar otro... Celia no descarta que el origen del... problema pueda tener una causa sexual. No, por favor, no me interrumpas... En un principio, yo reaccioné como tú. Le dije a Celia que, desde que lo conozco, Alex, viviendo en mi casa, con nosotros, no ha sufrido el menor trastorno en ese sentido. Lo que ocurriera antes...

—¿Antes de qué?

—De que nos casáramos.

—¿Qué pretendes insinuar?

—Que el... problema de Alex tuvo que originarse durante los años que pasó con Dafne.

Nazario la miró con reprobación.

—¿Con Dafne y conmigo, quieres decir?

—Sí, pero no te culpo de nada.

—¿Qué está rondando por la cabeza de Celia? ¿Algún galimatías freudiano?

¿Piensas tú lo mismo que ella? ¿Estáis pensando las dos que Dafne se metía en la bañera con el niño y a raíz de eso Alex desarrolló un complejo de Edipo que iría derivando en esa param... como diablos se llame?

—Paramnesia reduplicativa. Ve memorizando el término, Naza, porque me temo que lo oiremos a menudo. En cuanto a Dafne... Te diré lo mismo que le dije a Celia: Alex nunca habla de ella, y fueron unos cuantos años los que vivió con vosotros antes de...

—Vamos a dejarlo, Eva. No me apetece hablar de eso.

Eva había comprobado en ocasiones anteriores que a Nazario no le agradaba referirse a su primera mujer. Si podía evitarlo, no la mencionaba. Y no era de extrañar, pensaba Eva. La rusa los había dejado tirados por aquel otro tipo, el productor de televisión, con el que había dado rienda suelta a su frivolidad y a sus ansias de éxito. El final de la modelo no podía haber sido más dramático. Cinco puñaladas, dos de ellas mortales de necesidad en el corazón.

Eva no la había conocido en persona. Además de en las revistas, en cuyas páginas salía a menudo, había podido comprobar la belleza de Dafne en las pocas fotografías que Nazario conservaba de ella. Eva descubrió esas fotos por puro azar, un buen día, ordenando sus cosas. Su marido las guardaba entre sus apuntes literarios, en una estantería del hórreo. Dafne había sido muy hermosa. En su cara esclava, de piel marmórea, como la de Alex, latía algo fascinante y perverso a la vez.

Aquella noche, irritado, Nazario se había ido pronto a dormir. Eva permaneció frente al fuego, esforzándose en apartar de su mente la imagen de Dafne y en recapitular sobre cuanto Celia le había explicado en torno a la enfermedad de Alex, esa peculiar modalidad de amnesia.

El síndrome de paramnesia reduplicativa tenía algunas características comunes con otro bastante más conocido, el llamado *déjà vu*, aunque en ciertos aspectos se diferenciaban. El *déjà vu* perduraba en la memoria. Por el contrario, una vez ocurrido el fenómeno de paramnesia, el cerebro eliminaba toda huella de la anomalía. El sujeto no recordaba nada.

Celia le había facilitado un dossier con datos elementales de la enfermedad y algún caso clínico. A la luz del fuego, en la biblioteca de Villa Mariana, cuyas cristaleras crujían con el viento nocturno, Eva consultó el informe.

Pudo leer que un médico norteamericano, el doctor Pick, había sido el primero en describir y clasificar, hacia 1903, la paramnesia reduplicativa. Desde entonces, un goteo de casos aislados, en apariencia sin conexión, se había ido registrando en distintas partes del mundo. Los cuadros psicósomáticos se relacionaban a menudo con lesiones neurológicas localizadas en el cerebro, originadas por fuertes golpes y causantes de hemorragias cerebrales y lesiones vasculares.

Clínicamente, la paramnesia reduplicativa se asoció desde un principio con pacientes esquizofrénicos y víctimas de las neurosis de guerra. Clásico llegaría a ser el ejemplo de un soldado norteamericano que, ingresado en el hospital de veteranos

de Boston, repetía una y otra vez que dicho centro hospitalario se encontraba realmente en su domicilio, siendo su habitación de la clínica el cuarto de adolescente de su propia casa, donde había estudiado y soñado hasta el momento de ingresar en la Academia Militar para, una vez licenciado, partir hacia su primera misión de combate en la Europa de la Primera Guerra Mundial, de la que regresaría gravemente herido.

Aunque en su consulta no se habían presentado casos de esa naturaleza, por lo que carecía de experiencia directa en el tratamiento de la paramnesia reduplicativa, Celia había estudiado el síndrome en sus apartados teóricos y tratado a numerosos pacientes de amnesia en distinto grado, habiendo obtenido, como psicóloga cognitiva, avances significativos en la recuperación de las funciones memorísticas. Aplicando los métodos que le habían dado buenos resultados, confiaba en poder estabilizar la memoria de Alex y aislar la causa de sus perturbaciones.

Además, en el plano de confianza que las unía, Celia había especificado a Eva que, en su opinión, su hijo había sufrido muy probablemente una experiencia traumática relacionada con el sexo. En sus sesiones con Alex, la psicóloga no había conseguido aflorar el hecho concreto, pero no renunciaba a descubrirlo. Los tests de relación habían detectado inclinaciones angustiosas en Alex frente a determinados impulsos. Y, por otro lado, su asistencia diaria al centro escolar estaba despertando en él principios de insociabilidad, lo que podía explicar su paulatino aislamiento.

Con el propósito de comprobar y acotar esta última reacción, Celia había sacado tiempo de donde no lo tenía para desplazarse al Colegio Alemán. Con la autorización de Eva, pero sin su amiga presente, mantuvo una entrevista con un profesor llamado Pedro Fraguas, tutor de Alex.

Fraguas se había mostrado más explícito a medida que la psicóloga le hacía partícipe de sus preocupaciones con respecto a la estabilidad emocional del alumno Goyena, hasta revelar que Alex estaba siendo objeto de acoso por parte de la pandilla dominante de la clase.

Celia comunicó de inmediato a Eva este nuevo e inquietante descubrimiento. A Eva le extrañó mucho que el tutor no les hubiera dicho hasta entonces una palabra. ¿Cómo era posible que en el colegio no les hubiesen informado de que Alex estaba siendo víctima de maltrato psicológico por parte de sus compañeros? Las preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Y por qué no había denunciado su hijo a esos canallas? ¿Acaso porque temía represalias?

Sin comentárselo a Nazario, Eva se había apresurado a pedir una cita con Pedro Fraguas.

Frente a ella, el tutor había suavizado un tanto sus palabras. Lo que había querido decir a la doctora Arias, matizó, era que Alexis no se había integrado aquel año como sería deseable que lo hubiera hecho. Durante el curso anterior su comportamiento había sido normal, excelente, incluso empático con profesores y alumnos. Tenía amigos, pero en lo que llevaban de trimestre había interrumpido su relación con ellos.

—Veo a Alex demasiado solo demasiadas veces —le dijo Fraguas—. En clase

está como ausente. Los demás le dejan de lado, y es cierto que a veces se meten con él, pero Alex no hace nada por evitarlo, como si le diese igual de qué modo le traten. Seguro que hay una mano negra, pero yo no descartaría que, en buena medida, lo que le está pasando sea consecuencia de su voluntario aislamiento con respecto al grupo.

En una nueva conversación con Eva, Celia quiso saber si durante el verano había sucedido algo susceptible de haber desequilibrado a Alex. Pero los dos meses de vacaciones escolares, julio y agosto, habían transcurrido plácidamente para la familia Goyena-Enciso.

En julio permanecieron en Gijón porque Nazario tenía que participar en varias actividades de la Semana Negra —entre ellas, un debate sobre la memoria histórica del anarquismo español, tema en el que llevaba años trabajando—. En agosto, los tres habían realizado un viaje de dos semanas por la cornisa cantábrica, con etapas en Santander, Bilbao y San Sebastián. Prosiguieron por la costa francesa de Las Landas hasta las playas de Bretaña. Habían regresado a Gijón y, tras apenas un par de días de descanso, volvieron a partir en el coche de Eva, un Range Rover, rumbo a tierras extremeñas, porque otro de los planes literarios de Nazario consistía en escribir una novela histórica sobre la figura de Francisco Pizarro y quería ambientarse en su Trujillo natal. Desde Cáceres pasaron a Portugal para disfrutar de unos días en el Algarve. Regresaron a Gijón vía Lisboa y Galicia.

En conjunto, un mes de agosto lleno de descubrimientos y emociones compartidas, con Alex integrado en la unidad familiar. Un verano feliz, sin percances dignos de mención.

Y, sin embargo...

De manera un tanto repentina, Nazario anunció a Eva que se marchaba a Madrid.

Faltaban aún varios días para que despegara su vuelo a México D.F., con destino a la Feria del Libro de Guadalajara, pero le urgía llevar a cabo una serie de gestiones y no tenía más remedio que adelantar su partida.

—¿No te importaría quedarte con Alex más tiempo del que habíamos previsto?

Eva se mostró conforme. Nazario se lo había agradecido sinceramente.

—Eres muy comprensiva, cielo.

—Como toda chica enamorada.

—Tú especialmente —la destacó él—. No sé si otra, en tu lugar, se portaría con tanta generosidad. ¡Gracias, ojos de hada! Sé que no es el mejor momento para ausentarme, pero necesito dar un impulso a mi carrera literaria antes de que se venga más abajo aún de lo que han caído mis ventas. Hay contactos que no puedo seguir haciendo por teléfono ni por correo electrónico. Tengo que visitar editoriales, agencias literarias...

Un beso le había sellado los labios.

Eva le acompañó a la estación. Nazario solía coger el avión para ir desde Gijón a Madrid, pero el billete de tren, en clase turista, era bastante más económico y el matrimonio había decidido ahorrar en lo posible. Su hotel en Madrid, un tres estrellas en el distrito de Lavapiés, tampoco tenía nada que ver con los de sus mejores épocas, cuando Nazario ofrecía ruedas de prensa y protagonizaba entrevistas en televisión.

—¡Cuidaos mucho! —encareció a Eva en el andén—. Os llamaré a diario, lo prometo.

—Cada dos días será suficiente, Naza.

—Sabré recompensaros —se emocionó él, consciente de la fragilidad de su oficio de narrador en ocasiones en que, como aquella, se veía abocado a demostrar sus rendimientos frente a la avara realidad—. Pronto haremos un gran viaje, a China, a Hawái... Será mi regalo por el nuevo libro... cuando lo haya vendido.

—De momento, ten —dijo Eva, poniéndole una bolsa en la mano.

—¿Qué es esto?

—Bocadillos para el tren. Así no tendrás que gastar en la cantina.

Al coger por las asas una bolsa de supermercado en la que Eva había metido un bocadillo de tortilla y otro de jamón, el escritor sintió que una época alegre y despreñada se esfumaba de golpe, junto con los restos de su juventud.

Subió al tren deprimido.

También Eva abandonó la estación con una sensación de extrañeza y desorientación, como si, en lugar de su marido, fuese ella la que acababa de partir.

Eva apenas había desayunado. Decidió tomar un té en el primer establecimiento que encontró, una cafetería estrecha, un tanto claustrofóbica, llamada El Faro.

Sobre su barra de cinc, el periódico estaba abierto por las páginas de información local. Eva pidió un cruasán y echó un vistazo superficial a los titulares, sin decidirse a leer ninguna noticia.

Trepó a un taburete, frente a la máquina de café, y se puso a remover el azúcar de su taza.

Estaba rodeada de hombres. Por el espejo advirtió que uno de ellos no dejaba de mirarle las piernas, lo que le hizo sentirse incómoda. Por fortuna, se había puesto unas medias tupidas.

En el local solo había otra mujer. Estaba de espaldas, en la mesa del fondo, hablando con un individuo desaliñado con barba de una semana y gafas de sol. El corazón de Eva se puso a latir desordenadamente. ¡Ese hombre era José! Y su acompañante, ¿quién sería? Eva experimentó una viva curiosidad por verle la cara a la mujer.

La pareja no había reparado en su presencia. Eva salió a toda prisa, sin terminar su desayuno, y se sentó en un banco desde el que podía espiar la cafetería, para esperar a que ellos salieran a su vez. En el instante en que cruzaron la puerta se llevó una sorpresa. ¡La amiga de José era Margarita Leal!

José y ella se despidieron efusivamente. Eva estaba lejos y últimamente había perdido vista, pero le pareció que el abrazo entre su empleada y su primer marido se alargaba demasiado como para obedecer a una despedida convencional.

Furiosa con Margarita, Eva se dirigió a la Galería Enciso. ¿Qué misterio era aquel? ¿Cuándo había conocido Margarita a José y qué relación les unía? ¿Estarían maquinando algo en su contra?

Por otro lado, ¿qué le aportaba, al fin y al cabo, su «coordinadora de actividades»? ¿Qué gestiones venía presentándole Margarita que justificasen su salario de dos mil euros al mes, gastos aparte, más Seguridad Social y dos pagas extraordinarias? ¿Por qué su marido tenía que viajar en segunda clase con una bolsa de bocadillos mientras la señorita Leal se daba la gran vida cenando con artistas y viajando en primera clase para visitar exposiciones?

Y ahora, encima, una relación —o una conspiración— con su ex... Era la gota que colmaba el vaso. Eva decidió prescindir de sus servicios. La despediría ese mismo día, sin esperar un minuto más.

Llegó a la galería sofocada y de un humor de perros.

En la mesa de su despacho, sobre el centro del escritorio, como para que la viera bien, Margarita le había dejado una carpeta con las exposiciones previstas para el año siguiente.

Entre ellas, la de Rodolfo Lansera. Eva ojeó con desgana los dosieres. Unos cuantos presupuestos estaban sin cerrar. «Para colmo, me delega trabajo». Su irritación subió otro grado y buscó el número telefónico de su gestor, con idea de consultarle sobre los pasos a seguir para despedirla.

En ese instante, entró una llamada al fijo. Eva descolgó con brusquedad.

—¿Sí?

—Eva, soy yo —dijo Margarita—. La llamo porque me será imposible ir por la galería antes de comer. ¡Si supiera la razón!

—La sabré en cuanto tenga la amabilidad de comunicármela —replicó gélidamente su jefa.

—Se trata de... ¡No se lo va a creer! He conseguido... ¡a Picasso!

—¿Picasso?

—¡Le suelto la bomba! —prosiguió con entusiasmo su todavía coordinadora de actividades—. El Museo de Málaga ha organizado una exposición itinerante de las esculturas taurinas de Picasso, apenas tres o cuatro ciudades y... ¡nuestra galería será una de las sedes! ¿Se imagina? ¡Pablo Picasso en la sala Enciso! Su padre habría estado loco de satisfacción. Pedro adoraba a Picasso.

—Sé muy bien a quiénes adoraba y a quiénes detestaba mi padre, pero no estoy segura de que acertase siempre en sus predilecciones —barbotó Eva. Del subsiguiente silencio dedujo que Margarita había captado el doble sentido, desfavorable para ella, y apostilló—: Si sigue mencionando con tanta frecuencia a mi padre, cualquiera podría pensar que era el suyo.

—Pedro es... fue alguien muy especial para mí —repuso Margarita a la defensiva, pero sin ocultar su irritación por lo agresivo del comentario—. Alguien con quien compartía el amor... al arte —concluyó tras una vacilación, para proseguir con una fuerte carga de emotividad—: Y a todo lo que el arte significaba en nuestras vidas. Me siento huérfana sin él.

«Más abandonada te sentirás en cuanto te ponga en la calle», le pronosticó Eva mentalmente.

Colgó el teléfono y, fuera de sí, bajó al despacho de Margarita. La secretaria, Rosa, que ocupaba la oficina contigua, no estaba. Solía emplear media hora para tomar un café. Eva disponía de margen para revisar los papeles de su empleada, como era su intención.

Enseguida encontró lo que buscaba. Su dietario. Lo abrió por la fecha del día, 18 de noviembre. Margarita había anotado: «José, cafetería El Faro, llevar documentación». Eva frunció el ceño. ¿Qué documentos serían esos? ¿Relativos a la galería? ¿Balances, contratos? ¿Subvenciones, ventas, ingresos pendientes sobre los que José pudiera ejercer algún tipo de reclamación?

La barbilla de Eva comenzó a picarle, como siempre que la dominaba la ira. Volvió atrás las páginas de la agenda de Margarita y encontró nuevas referencias a su ex, a quien se aludía con sus iniciales, J. C. (José Castaño). Los encuentros entre Margarita y él se habían celebrado a distintas horas del día, siempre entre semana. Dos, al menos, sugerían citas nocturnas para tomar una copa o cenar.

«¿Cuándo habría comenzado esa bastarda relación?», se preguntó Eva, alarmada por las peores sospechas. La primera referencia a su exmarido en la agenda de Margarita correspondía al 15 de febrero de ese año. Desde entonces, Margarita y él se habían reunido en diez ocasiones. Siempre en Gijón, salvo en una ocasión en que se vieron en Madrid. En el hotel Velázquez, concretamente. Eva sabía que Margarita solía alojarse en ese establecimiento, cuyos gastos pagaba la galería. Es decir, ella. Se le ocurrió pensar que en las habitaciones de tan elegante hotel Margarita se había acostado con su padre cuando era su amante y que, desde hacía unos meses, lo estaba haciendo con José.

Su odio se desbordó. Subió a su despacho y llamó al gestor para que la librería de aquella serpiente.

Margarita no apareció por la galería hasta las cinco de la tarde. Llevaba un conjunto muy llamativo, con un escote demasiado pronunciado para el tiempo casi invernal que hacía.

Según su costumbre, saludó alegremente al entrar, subió las escaleras, atravesó el despacho de Eva y tomó asiento frente a ella.

—Perdone que no haya podido llegar antes, pero he tenido un día increíble —comenzó diciendo con una sonrisa pletórica y los ojos brillantes de excitación.

La respuesta de Eva fue tan amarga como su actitud.

—También yo he visto cosas inverosímiles. Lo malo es que eran reales.

—¿A qué se refiere? —preguntó Margarita con aire inocente.

—A una insólita pareja a la que casualmente sorprendí esta mañana en una cafetería cercana a la estación. ¿Hace cuánto tiempo que mi exmarido y usted son tan buenos amigos como para desayunar juntos? Y una curiosidad añadida: ¿lo hacen después de levantarse de la misma cama?

Margarita se sonrojó.

—Supongo que más temprano o más tarde se habría enterado —admitió con un hilo de voz—. Pero no vaya a juzgar por las apariencias. No es lo que parece.

—¿Ah, no?

—No —negó Margarita tan rotundamente que por un segundo hizo dudar a Eva—. José y yo solo somos amigos, buenos amigos. Ya lo era cuando se casó con usted y lo ha seguido siendo después. ¡Pero no es mi amante! Jamás ha pretendido dar ese paso ni yo le he invitado a hacerlo. Somos amigos, le insisto. Nada más.

—¿Almas solitarias que comparten sus secretos anhelos? —ironizó Eva.

—Puede burlarse todo lo que quiera, pero nuestra relación seguirá siendo honesta —se defendió Margarita con serenidad.

—Más limpia, apostaría, que vuestras intenciones con respecto a mí.

—¡Cómo puede decir eso! Nunca hemos hablado de usted.

—No me lo creo.

—¡Es cierto! Él ni siquiera la nombra. Y yo jamás le he preguntado por su relación.

—Que, por su parte, es de acoso.

—Ahora soy yo la que no la creo. ¡José no es así!

—Parece conocerle muy bien —volvió a ironizar Eva.

—Lo suficiente como para saber que no es un hombre violento. Al revés. Es generoso y detallista.

Eva soltó una risita.

—¿Generoso? ¿Detallista? ¿Le regala flores? ¿Joyas?

—Vamos, Eva... José es una buena persona, parece mentira que no lo sepa.

—¿Está erigiéndose en su protectora?

—Solo soy amiga suya, se lo repito.

—Claro. Y como amigos que son hablan de sus cosas, pero nunca de mí.

—Acabo de decírselo. Créame.

—Ni de nuestro matrimonio.

—Puedo repetírselo cuantas veces quiera, hasta que me dé crédito.

—Ni de mi patrimonio.

—¿Cómo dice?

La mirada de Eva era tan aguda y fría como su tono de voz. Un trozo de hielo a su lado habría emitido cierta calidez. Margarita empezó a acusar la tensión.

—Tenemos cosas más interesantes de las que conversar, Eva. No se considere tan importante.

Su jefa pegó tal golpe en la mesa que casi raja el cristal.

—¿Qué espera sacar de todo esto? ¿Qué le ha prometido ese miserable?

—¡Nada! ¿De qué pretende acusarme? —se rebeló Margarita—. ¡Nunca me hubiera esperado esto!

—¡Yo de usted, en cambio, sí! ¡Lo peor! Hacía tiempo que la veía venir... ¡A mi padre lo engatusó a fondo! Y ahora ha ido a por José. ¡A saber con qué intereses!

Margarita alzó débilmente una mano, como si fuera a protestar, pero Eva no se lo permitió.

—Está despedida —le anunció con una helada calma—. Ya puede empezar a recoger sus cosas. Le doy veinticuatro horas para desaparecer. Recibirá una carta de mi abogado, y puede que no sea la última. Desde ahora mismo le adelanto que, como la sorprenda en alguna otra maniobra con el señor Castaño, se lo comunicaré a la Policía. ¡Estoy dispuesta a defenderme de todo aquel que pretenda abusar de mí! Y ahora, ¡largo! ¡Ya me está oyendo! ¡Fuera de aquí!

Aquella noche, sin Nazario, Eva se sintió muy sola. Su marido solo llevaba unas horas fuera, pero se le habían hecho eternas. Hacía meses que no se separaban.

Solo cuando él no estaba se daba cuenta Eva de hasta qué punto le necesitaba. No únicamente en el plano afectivo, sino para resolver los problemas más elementales de la vida cotidiana. Porque Eva no era una mujer práctica.

Cometidos tan sencillos como el de la mañana siguiente, al despertarse, cuando tuvo que preparar el desayuno, le resultaban un engorro. No encontró el bote de Cola Cao ni los cereales, los sustituyó por un vaso de leche con galletas y despertó a Alex. Eran las siete y media de la mañana. El chico se levantó de la cama como un autómatas.

Con paciencia, la que no tenía para otras cosas, Eva le fue indicando lo que debía hacer —«Lávate la cara»; «Ponte el pantalón de pana»; «No olvides coger un chubasquero para la lluvia»—. De lo contrario, él no hubiera hecho nada de todo eso. En su creciente fase de abulia, habría vuelto a meterse en la cama para quedarse indefinidamente entre las sábanas.

Pese a las prisas que le metía Eva, a Alex le dieron las ocho sin que se hubiera vestido, desayunado ni cerrado la mochila, cuyos libros y cuadernos se desperdigaban por toda la casa porque no era metódico ni tenía el hábito de hacer sus deberes en una determinada mesa. Diariamente iba migrando por las habitaciones con el plumier, haciendo matemáticas en la cocina, lengua en la biblioteca, física y química en el dormitorio de sus padres, o utilizando cualquiera de los tres baños de Villa Mariana para repasar la lección de alemán o la división territorial de los pueblos bárbaros durante el tardío imperio romano.

Tenía ratos de concentración, por supuesto, y con un rendimiento elevado, pero no siempre conseguía mantener su atención en el estudio. En cuanto Eva o Nazario descuidaban la vigilancia, Alex se ponía a hablar por chat o a tocar el piano o la guitarra, sus instrumentos favoritos. Además, estaba recibiendo clases de violín, que no se le daba nada mal. Podía retener una partitura completa o recitar seguidas unas cuantas lecciones de historia, punto por punto. Precisamente, debido a esos alardes, a Eva le extrañaba que Alex fuera incapaz de recordar dónde había dejado el cepillo de dientes.

Con el desayuno, Eva le suministró los tranquilizantes que Celia le había recetado.

Luego llevó a Alex al colegio en coche. Al pasar por el puente del Brujón, él bajó la cabeza y se tapó la cara.

En la galería, Eva recibió una llamada de Nazario desde Madrid.

Todo le iba muy bien. Había visitado a un editor y le habían encargado críticas en un suplemento literario. Eva se alegró, pues había empezado a temer que Nazario no fuera capaz de adaptarse a los duros tiempos de la crisis, que perdiese ánimo e ilusión y que su decaimiento artístico y profesional perjudicara su matrimonio.

—Te echo de menos —le dijo él—. Y pienso mucho en Alex.

—Lo más importante es que sigamos juntos.

—No hay en el mundo fuerza capaz de separarnos —concluyó él—. Nadie ni nada lo conseguirá, Eva. Te lo prometo.

Eva llamó a Celia y comieron juntas.

En la medida en que Eva iba aceptando el hecho de que su hijo padecía una seria afección, la psicóloga le iba proporcionando explicaciones complementarias sobre la paramnesia.

Con el aperitivo, Celia le adelantó:

—Aunque Alex mejore con la medicación, no debemos confiarnos.

Desconfiada por naturaleza, Eva no dejó de advertir el claro tono de advertencia.

—¿Por qué te adelantas a los acontecimientos? ¿Temes una recaída?

—No voy a engañarte, Eva. Que yo sepa, la paramnesia se ha manifestado en Alex al menos dos veces en grado agudo. Que no haya reincidido a lo largo de estos últimos días no me autoriza a concluir que esté remitiendo. Hay zonas en su mente a las que no he conseguido llegar. Es como si en su cerebro hubiese una habitación cerrada.

—¿Como en los sueños?

—No exactamente. En el sueño puedes recibir una fuerte impresión de realismo y llegar, a través de la suspensión de los reflejos nerviosos, mediante la hipnosis natural a la que cada noche nos abandonamos, a creer, sin asomo de duda, que lo que estás soñando es verdadero. Que sucede fuera de ti, a tu alrededor, en un espacio físico concreto, y que tú mismo eres el protagonista de esa vivencia. Pero hay una considerable diferencia entre el material onírico y el generado, o degenerado, sería más correcto decir, por las paramnesias. Al despertar de una de estas, no recuerdas nada. En el sueño, en cambio, sucede justamente lo contrario: siempre recuerdas algo. No todas y cada una de las imágenes, claro está, en su complejidad y desarrollo, pero sí los suficientes detalles, imágenes, personajes, situaciones o efectos como para plantearte la posibilidad de desarrollar algún tipo de análisis. ¿Lo comprendes?

Eva dijo que sí, pero no acababa de asimilarlo.

Al terminar la comida con Celia regresó a Villa Mariana. Obedeciendo a un impulso nostálgico, desempolvó los álbumes fotográficos y estuvo repasando las fotos familiares.

En las primeras que le había tomado, Alex era un niño de trece años, pero ya parecía mayor. Ahora, con quince recién cumplidos, y aparentando incluso alguno más, poco quedaba en él de la infancia. Si acaso esos grandes e inexpresivos ojos azules, donde cabían mundos enteros de ficción.

El adolescente pedía paso urgente en sus genes. En las últimas semanas, su desarrollo se había acelerado, como si sus hormonas se hubieran revolucionado de golpe.

«Transformándolo en otro», pensó Eva, consciente de su responsabilidad frente al

adulto en que, en unos pocos años, se convertiría su hijo.

La alarma se disparó a la tarde siguiente.

Eva se encontraba repostando su Range Rover en una gasolinera en las afueras de Gijón cuando vibró su móvil. Tenía la radio encendida, pero la apagó de golpe al comprobar que el número de la pantalla era el del Colegio Alemán.

La voz del director, Luis Uría, la sobrecogió.

—¿Cómo está, Eva? Siento molestarla con malas noticias, pero hemos tenido un problema con Alexis. Le ruego que venga a recogerlo en cuanto pueda.

—¿Qué ha pasado?

—Preferiría no hablarlo por teléfono si no le importa.

—Muy bien. Iré enseguida.

Eva pensó en llamar a Celia, pero temió importunarla en balde. Lo más prudente era comprobar qué había sucedido con Alex. Condujo hasta el colegio y al llegar corrió hacia uno de los pasillos, donde creía recordar que estaba el despacho de dirección.

La puerta se hallaba entornada. No había secretaria, por lo que entró directamente.

Con un convencional traje azul marino y una previsible corbata de rayas, Uría ocupaba su mesa. Frente a él, con la cabeza gacha y las manos en las rodillas, estaba sentado Alex. Eva se tranquilizó al comprobar que su aspecto, aunque un tanto abatido, era completamente normal.

—Le agradezco mucho que haya venido, Eva —la saludó el director—, y que lo haya hecho tan aprisa. Mientras la esperábamos, Alexis y yo hemos estado charlando. Hacía algún tiempo que no hablábamos. A la vista de lo que ha sucedido, quizás deberíamos haberlo hecho semanas atrás, antes de...

—¿Antes de qué? —le interrumpió Eva, incapaz de contenerse.

Al director no le gustaban las interrupciones. La miró con severidad.

—Al parecer, un grupito de su clase la ha venido tomando con él. Por lo poco que sé, pues Alexis no parece demasiado dispuesto a colaborar, al principio fueron pequeñas bromas, sin malicia en apariencia, pero han ido subiendo de tono y no hay día en que no le encierren en los baños, le escondan los libros o le obliguen a comportarse como si fuera una... una niña.

Eva no lo podía creer. Trató de asimilarlo, pero no lo logró.

—¿Es eso verdad, Alex?

Él no contestó. Su mirada no expresaba arrepentimiento ni rabia. No reflejaba nada, en realidad, salvo indiferencia. Simplemente, parecía estar lejos, muy lejos de allí.

Uría comentó, cáustico:

—Conmigo tampoco se ha mostrado dicharachero.

—¿No acaba de decirme que han estado conversando?

—Más bien ha sido un monólogo por mi parte.

—¿Me llama para advertirme de que están atacando a mi hijo y ni siquiera sabe quiénes son los responsables? —le siguió reprochando Eva.

—En este tipo de circunstancias hay que andarse con pies de plomo —se justificó Uría, molesto al deducir que se estaba cuestionando su autoridad.

—¡Exijo sus nombres!

—Ninguno va a confesar, Eva, pero confíe en nosotros. Disponemos de medios para lograr que la verdad aflore. —Con un poco más de resolución, el director concluyó—: Ya verá como todo se aclara. Antes o después, la verdad siempre acaba por salir a la luz.

Alex abrió la boca para postular débilmente:

—Preferiría que no hiciera nada, don Luis.

—¡No les encubras! —protestó Eva—. ¡No lo merecen!

—Obedece a tu madre —le aconsejó el director—. Tu declaración será decisiva para incoar un expediente disciplinario. Si no reconoces los hechos, mal podremos imponer sanciones.

Pero Alex, contradiciendo los informes de su tutor y de otros profesores que habían visto lo que sucedía en el patio, aseguró:

—Nadie me ha atacado. Si permito que otros se coman mi bocadillo, que me encierren en los baños o pongo voz de chica para que se diviertan, es cosa mía. Lo hago porque quiero, no porque nadie me obligue.

El director revisó por encima una serie de folios que tenía delante de sí, con pinta de informes internos, e indicó a Alex que saliera al pasillo. Quería hablar a solas con su madre.

Sin embargo, nada de lo que a continuación agregó consiguió tranquilizar a Eva, ni le proporcionó garantías sobre una adecuada continuidad de su hijo en las aulas del Colegio Alemán.

Eva estaba prácticamente decidida a cambiarlo de centro, pero no era el momento para desvelar una intención que antes debería consultar con Nazario, y tal vez con Celia.

Empezaba a cansarse de que todo fueran problemas a su alrededor y de que nadie aportara soluciones, pero ¿qué podía hacer?

Cuarenta y ocho horas después, el domingo por la tarde, Alex sufrió un nuevo episodio.

Mientras su madre preparaba algo en la cocina, el chico se había quedado jugando con un balón en el jardín. Eva lo veía corretear entre los arriates. Cuando se cansó de dar patadas a la pelota, Alex intentó hacer volar una cometa. Pronto se aburrió también, pues apenas corría el viento, y fue a balancearse en el columpio.

Aunque era un balancín muy viejo, estaba en buenas condiciones. Nazario se encargaba de engrasarlo. A Alex le gustaba utilizarlo. Solía columpiarse a menudo, con un libro en las manos.

En esta ocasión, se estaba impulsando demasiado alto. Eva reparó en que sus pies se elevaban apuntando al cielo y su cogote se inclinaba hacia atrás, rozando la hierba. Con cada vaivén, Alex tomaba más impulso para ganar altura. Las cadenas se habían tensado y chirriaban.

Eva abrió la ventana de la cocina.

—¡Cuidado, Alex, podrías caerte!

La advertencia llegó demasiado tarde. El chico salió despedido del columpio con los brazos en cruz, como un gran pájaro iniciando el vuelo. La metáfora no era gratuita porque algo en su forma de proyectarse en el aire hizo pensar a Eva que no se trataba de un accidente, que Alex no se había soltado por un descuido, sino voluntariamente, lanzándose hacia adelante a propósito, cuando mayor inercia llevaba, como si realmente pretendiera volar. Pero la gravedad lo atrajo a los pocos segundos y cayó de bruces sobre la hierba.

Eva corrió hacia él. Milagrosamente, Alex no parecía haberse hecho daño. Se puso en pie sin su ayuda y se la quedó mirando con aire alucinado.

—¿Has visto, Eva?

—¡Vaya susto me has dado!

—¿Por qué lo dices?

—¿Que por qué lo digo? ¡Acabas de caerte del columpio y casi te matas!

—¿Dónde está mi pelota? —preguntó él sin mirarla.

—Te la has dejado en el jardín.

—Te equivocas. Está en la terraza.

—¿Qué terraza?

—La de los Guillén.

—¿Quiénes son los Guillén?

—Los señores con los que he pasado la tarde. Soy amigo de su hijo Guillermo, ¿recuerdas?

Eva se le acercó tanto que pudo oler su aliento. Le pareció ligeramente acre y lo

atribuyó a la medicación. La inquietaron, casi la asustaron sus ojos. La mirada de Alex adolecía de un punto de altivez y desengaño, como si hubiese visto demasiadas cosas y no todas le hubieran gustado. Como si la vida acabara de darle la bienvenida a su patio trasero.

—¿Has visto mi navaja?

—¿Qué navaja? —preguntó Eva, desconcertada.

Alex hizo entonces algo que la perturbó y que no podría olvidar en mucho tiempo. Se giró, ignorándola, como si se hubiese vuelto invisible, y se puso a hablar y a caminar hacia el lado contrario, donde no había nadie.

—La del puño de asta. La que me regaló papá.

—Dime, Alex, ¿a quién le estás hablando?

—A él.

—¿Y quién es él?

—Un hombre.

—¿Quién?

—No le reconocerías.

—¿Por qué?

—Porque lleva la cabeza tapada con una capucha.

Sin dejar de caminar mientras hablaba, Alex había llegado a la valla. Eva sintió que le fallaban las piernas. Boqueó, aspirando todo el oxígeno que pudo, para preguntarle con voz demudada:

—¿A quién estás viendo Alex, por el amor de Dios? ¡Dímelo, te lo suplico! ¿Es el hombre que mató a Dafne?

Alex se giró. Su rostro era una pura máscara de dolor. De improviso, alzó y asió los brazos como para protegerse de un ataque, gritó algo ininteligible y salió corriendo. Eva le llamó a voces. Al no hacerle caso, arrancó a correr tras él.

Alex se dirigió a la verja. Salió al camino y continuó a toda velocidad hacia el puente del río Brujón.

Justo al alcanzar el pretil, se frenó en seco.

Cuando Eva, sin aliento, llegó a su lado, el chico estaba inmóvil con los brazos pegados a los costados. En su mirada yerta, fija en algún punto situado al otro extremo del puente, anidaba el terror.

Eva le acarició e intentó hacerle reaccionar hablándole con insistencia y suavidad, como le había visto hacer a Celia. A los pocos minutos, él pareció volver en sí. Pero no supo explicar por qué había salido corriendo ni por qué se había frenado delante del puente. Tampoco si había visto a alguien ni de qué había tenido miedo, qué le había asustado tanto como para salir huyendo.

Alex se dejó conducir dócilmente a casa, pero no habló más. No se encontraba bien. Le dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar. Prefería estar solo.

La que vomitó fue Eva. Estaba en tal estado de tensión nerviosa que solo al cabo de un buen rato se le ocurrió llamar a Nazario.

—En Sevilla teníamos un balancín en la azotea, y nuestros vecinos se apellidaban Guillén —le dijo él cuando Eva le hubo informado de la nueva crisis de su hijo—. Un buen día, Alex salió despedido y aterrizó en la terraza de ellos. No se mató de milagro. La navaja fue un regalo mío, lo recuerdo bien. Era demasiado niño, pero se había encaprichado y se la compré.

—Está bien, Nazario, eso explicaría algunas cosas. Pero escúchame, por favor... Alex ha tenido una visión. Dice haber visto a un encapuchado y ha salido corriendo, aterrorizado. ¿Qué está pasando?

Nazario le sugirió que llamase de inmediato a Celia. Angustiada, Eva descolgó el teléfono, localizó a la psicóloga y le refirió lo sucedido. Tenía la horrible sensación de que, si ella no hubiese estado allí, a Alex podría haberle sucedido cualquier cosa.

—Incluso que se hubiera caído por el puente —añadió, segura de que ese riesgo, al no ser él dueño de sus actos, había existido.

Celia aventuró:

—Es pronto para asegurarlo, pero parece claro que Alex ha reproducido en parte un recuerdo infantil y en parte la escena de los crímenes. Esto empieza a desbordarme, Eva, pero no te preocupes. Vamos a tomar medidas.

Aunque era festivo, y bastante tarde, Celia telefoneó a Bilbao, al psiquiatra Ruiz Alarte. Su colega tenía un hueco en la consulta. Podían ir a verle al día siguiente, lunes. La psicóloga llamó a Eva y quedó con ella para salir en coche a primera hora.

Alex se había quedado dormido. Eva cenó sola en la cocina de Villa Mariana. La casa se le caía encima.

Nazario volvió a llamar.

—Voy a anular el viaje, Eva. Regresaré de inmediato a Gijón.

—¡De ninguna manera! No harás nada de eso. Acabo de hablar con Celia. Mañana vamos a visitar a ese psiquiatra de Bilbao. Te llamaré con lo que nos diga. Confía en mí, puedo controlar la situación. Sabes que te quiero, Naza —añadió, sintiendo una intensa congoja.

—Yo también —le correspondió su marido—. Pero...

—No hay peros, Naza. Te llamaré mañana.

Afuera, la lluvia caía sobre las calles de Bilbao. Desde las ventanas de la consulta psiquiátrica de Jesús Ruiz Alarte, se veía el Museo Guggenheim.

Ya desde por la mañana, cuando Eva y Celia habían llegado con Alex a la capital vasca, procedentes de Gijón, había estado lloviendo sin parar.

A las cuatro de la tarde, Alex había mantenido una primera sesión exploratoria con el psiquiatra. Después, Eva y Celia le habían dejado al cargo de una prima de la psicóloga, que tenía un hijo de su edad. A última hora, sobre las ocho, ambas habían regresado al gabinete, convocadas de nuevo por el psiquiatra.

En la consulta hacía calor. Ruiz Alarte se había desabrochado dos botones de su camisa de cuadros. Su prodigiosa melena flotaba alrededor de su cráneo como el aura de un santo. Sobre el vello gris del pecho le colgaba una misteriosa cruz etíope de níquel con hendiduras negras como arañazos.

La oratoria de Alarte era envolvente y su voz hipnótica. Al hablar accionaba como abanicos las manos cuajadas de anillos. Celia le escuchaba con embelesada concentración, y hasta una mujer tan refractaria a la seducción como Eva le había entregado, desde el principio y sin reservas, toda su atención.

Ambas estaban sentadas frente al severo escritorio del psiquiatra, una mesa antigua de caoba con patas labradas. En un ángulo se erguía la estatuilla en yeso de una cariátide. En el otro, la bronceína figura de un mono.

Con un marcado énfasis, el psiquiatra estableció:

—Aunque la mayoría de la gente no lo sabe, las funciones de la memoria no se concentran en un solo punto del cerebro, sino que se reparten por sus distintos lóbulos y áreas. —Celia asintió como una alumna en la clase del catedrático director de su tesis. Como si estuviera ejercitándose para un discurso, Alarte siguió perorando—: Podemos metafóricamente pensar en nuestra buena amiga la memoria como en una especie de muralla que se va hundiendo a medida que los arietes del presente y sus constantes aldabonazos con nuevas informaciones la empujan sin pausa. ¿Alguien creía que el pasado no retrocede en la mente humana? ¡Pues es un hecho! Con los años, aumentan las debilidades e interferencias de la memoria. ¿Qué las provoca? En buena medida, la acumulación de experiencias similares, que se van superponiendo unas a otras, desgastando las conexiones o sinapsis, borrando, alterando y confundiendo detalles. ¿Dónde ocurrió aquello que estoy a punto de recordar, pero que no consigo situar con precisión? ¿Cuándo sucedió, en compañía de quién? Y lo más importante: ¿qué fue lo que pasó exactamente?

Alarte dejó que esas preguntas se diluyeran en el aire viciado de la consulta mientras abstraía su mirada aguda y punzante como la de un pájaro en los cuadros que decoraban su gabinete, todos ellos de destacadas firmas. Algo debió de venirle a

la mente, un pensamiento que valía la pena atrapar, porque se puso a escribir frenéticamente con una estilográfica de oro, abstrayéndose de tal modo que dio la sensación de haberse olvidado de ambas mujeres.

El silencio se prolongaba un tanto embarazosamente. Pareció que Celia iba a comentar algo cuando Eva se le adelantó.

—No a todo el mundo le falla la memoria, doctor. E igualmente quiero suponer que quien la vaya perdiendo no lo hará al mismo ritmo que otros pacientes. Supongo que los seres humanos somos diferentes incluso en eso.

Alarte alzó la cabeza y la contempló con una mezcla de simpatía y displicencia.

—Muy cierto, señora. No a todo el mundo le falla la memoria, pero a muchos sí. A mí, por ejemplo. Hay días en que no me acuerdo del título de mis libros ni de los nombres de mis nietos. —El psiquiatra les guiñó un ojo—. El de mi mujer, en cambio, no se me olvida nunca. —Rio su propio chiste. Celia le coreó. El especialista continuó ilustrándolas—: Si hay algo que nunca se nos va a olvidar a los psiquiatras es lo que hemos aprendido sobre nuestra capacidad memorística. Los comportamientos neurológicos de las distintas clases de memoria, episódica, semántica, funcional, pueden clasificarse en categorías. Desde la primitiva curva de Ebbinghaus, que fue establecida a finales del siglo XIX, hemos dispuesto de sucesivos indicadores para medir el ritmo del olvido. Por lo común, tal fenómeno comienza a manifestarse en torno a la cuarentena. Siendo a partir de los sesenta cada vez más acusado.

—En especial, en los enfermos de Alzheimer —apuntó Celia.

—En efecto. Las personas mayores tienden a sufrir olvidos senescentes de carácter benigno, pero el cerebro de los pacientes de Alzheimer, como tú, querida Celia, sabes muy bien por tus estudios de posgrado, aparece ya deformado por acumulaciones de una proteína llamada amiloide y por redes neurofibrilares anómalas que entorpecen el funcionamiento de las células nerviosas... Pero nos estamos yendo por las ramas. Nada de esto tiene que ver con su hijo. Aunque quizás sí, quién sabe. En psiquiatría, todo está interrelacionado.

—Hablemos de él —propuso Eva, impaciente.

—Desde luego, a eso han venido. Aunque no crea que lo he ignorado hasta ahora. Mientras les hablaba, también estaba pensando en él, en su hijo Alexis. Su caso empieza a interesarme. A fascinarme, incluso.

—¿Debido a su rareza o a su gravedad?

—Es pronto para saberlo, Eva. Comenzaré diciéndole que las anomalías detectadas en su hijo no guardan relación con los déficits de memoria porque, dada su temprana edad, la curva del olvido aún no ha empezado a actuar en él. Los tests a los que lo ha sometido mi colega la doctora Arias —Celia sonrió, halagada por el tratamiento— revelan que, intelectualmente hablando, Alexis es un superdotado. Sus calificaciones en las pruebas de comprensión, relación y asociación conceptual, deducción, archivo, clasificación o exposición son muy altas, altísimas...

El psiquiatra hizo una pausa para revisar los resultados de Alex.

—Voy a ordenarle preventivamente un encefalograma —adelantó—. No tengo ninguna duda de que nos revelará un cerebro sano, pero no es por completo descartable que nos encontremos con algún pequeño hematoma interno que haya podido originar consecuencias como esa paramnesia reduplicativa que muy certeramente ha diagnosticado la doctora Arias.

Celia se esponjó ante esa nueva ratificación. El psiquiatra le dedicó una mirada afectuosa.

—Asimismo, Celia, apuntabas en tu informe hacia la existencia de algunas fobias en el paciente, y también en este apartado debo darte la razón.

—Sin embargo, no he sido capaz de determinar las causas de las reacciones fóbicas —observó la psicóloga con modestia—. Lo más lógico hubiera sido pensar que vinieran determinadas por la terrible experiencia de haber asistido a la violenta muerte de su madre. No obstante, por una serie de indicios, he venido sospechando que Alex esté desarrollando un síndrome complejo de origen sexual...

—¡Sin género de duda! —aseveró rotundamente el psiquiatra, y pasó a explicar—: Vayamos por partes. Bien sea por un posible problema vascular, bien por el impacto y estrés postraumático de los crímenes de que fue testigo, el hecho es que se ha originado en él un fenómeno de paramnesia reduplicativa. Que sepamos, dicha anomalía se ha manifestado en Alexis en dos ocasiones en el último mes. Seguramente, le habrá ocurrido en alguna otra ocasión, sin que la haya memorizado. Pero hay algo más. Un problema de fondo.

Alarte hizo una pausa teatral. Como descorriendo un velo, se pasó la mano por delante del rostro, cerró su dorada pluma y se quedó mirando fijamente el diamante que brillaba en el capuchón, como si en sus facetas se ocultase la respuesta al enigma de Alex. Carraspeó, se metió en la boca una pastilla de regaliz y siguió exponiendo:

—Los reflejos de Alexis, a través de sus respuestas testadas, se han revelado particularmente fóbicos a elementos naturales como el espacio, el vacío, el agua o el aire. Y a una herramienta de carácter instrumental que los pone en comunicación: los puentes. ¿Hay algún puente cerca de su casa, Eva, un paso elevado que su hijo vea o tenga que atravesar con frecuencia?

—Sí —confirmó Eva—. El puente del Brujón. Salva un cauce muy escarpado, a gran altura, con el río abajo.

—Lo conozco —dijo el médico—. Aunque el puente nuevo, no.

—Es muy reciente. Lo inauguraron el año pasado, junto con la carretera de circunvalación.

—¿Por qué? ¿Hay elecciones?

Celia volvió a reír el chiste de su maestro, pero Eva ni siquiera sonrió.

—¿A Alexis le da miedo cruzar ese puente? —le preguntó Alarte.

—Lo atravesaba a diario para ir al colegio, hasta que, hace unos días, no se atrevió a pasarlo. Se quedó parado mirando al otro lado con expresión de terror.

—¿Y sensación de vértigo?

—No lo sé —admitió Eva.

—La sufriría, con seguridad —presumió el psiquiatra—, solo que a esa edad el vértigo no se distingue con claridad y tiende a confundirse con otras sensaciones o reacciones. Su manifestación sintomática puede estar escondiendo una angustia de carácter sexual. Me atrevería a sostener que, en el interior de Alexis, la naturaleza masculina está luchando con la femenina. Según una teoría clásica de Ferenczi, discípulo de Freud, el puente simboliza el pene, el órgano viril. Al otro lado del puente, hacia el que Alexis quería dirigirse, se abre un metafórico útero, algo así como un cielo de afecto, si me permiten expresarme de una manera más poética que científica. Pero el paciente teme no alcanzar esa meta, teme caer antes de llegar, caer al vacío, a la nada, caer, caer... Teme, en definitiva, no desarrollarse como persona. No llegar a ser un hombre como su padre, como otros padres, capaces de acostarse con mujeres y tener descendencia. Por otro lado —fue concluyendo el psiquiatra tras otro carraspeo y la ingesta de una nueva pastilla de regaliz—, el hecho de que Alexis finja voces y actitudes femeninas indica que alimenta serias dudas sobre su identidad sexual. Los roles masculinos están invertidos en él, incluido el afecto hacia su propio padre, a quien contempla más como una protectora madre que como símbolo de autoridad. No, Eva, no me interrumpa... Comprendo que nada de lo que estoy diciendo la hace feliz, pero déjeme terminar, por favor...

Eva se contuvo y Alarte siguió desmenuzando su diagnóstico durante unos minutos más, mientras la lluvia arreciaba en las calles de Bilbao. Cuando hubo expuesto sus conclusiones, el psiquiatra extendió los volantes para las pruebas diagnósticas. Atusándose la melena, se levantó con una sonrisa circunstancial, indicando que el tiempo de consulta había concluido, y las acompañó a la puerta.

A Eva le costaba aceptar que aquello, la confirmación de que su hijo padecía un trastorno mental, estuviera sucediendo. Bajando en el ascensor, pensó en Nazario. En cómo contarle la verdad sin que su marido regresara de Madrid a toda prisa.

La situación amenazaba con desbordarla. Por fortuna, tenía a Celia. Apretó su mano en un intento por tranquilizarse, pero durante el regreso a Gijón no consiguió sacudirse los malos presentimientos.

Se alegró de que hubieran cogido el coche de su amiga. En esas condiciones, y lloviendo en medio de la noche oscura, ella no hubiera podido conducir.

Y se alegró también de que Alex, nada más subir al asiento de atrás, se hubiera quedado dormido, evitando así vislumbrar a la luz de los faros los numerosos puentes y acueductos que, sobre vertiginosos vacíos, jalonaban la autopista del norte.

A la mañana siguiente, Eva llevó a Alexis al colegio.

Fraguas, el tutor, estaba en la entrada. Eva se quedó un rato con él. Fraguas se comprometió a hablar con los monitores del recreo para evitar que Alex sufriera nuevas agresiones, y le sugirió que le controlase el ordenador y el móvil. Eva se despidió ásperamente, asegurándole que a la próxima provocación interpondría una denuncia en la Policía.

Había olvidado unos papeles en casa. Antes de dirigirse a la galería, regresó a por ellos a Villa Mariana.

El ordenador de Alex estaba en su cuarto. Eva lo encendió y se puso a abrir sus archivos. Había un par de centenares de carpetas y le tomó su tiempo. Pero valió la pena, pues en una de ellas descubrió unas fotografías de Alex en las que el chico aparecía vestido con su ropa interior.

Al ampliar esas imágenes, Eva experimentó una profunda vergüenza. Había unas cuantas fotos, doce concretamente, realizadas en distintas tandas. Eva distinguió en el acto las prendas que Alex había usado para posar, sus bragas, sujetadores, diademas y cintas de pelo con las que él, aprovechando que ni ella ni Nazario estaban en casa, debía haberse encerrado en el cuarto de baño para comprobar cómo le quedaban y fotografiarse. Actuando exactamente como una mujer, Alex se había recogido su media melena rubia y utilizado el *rouge* para perfilar sus labios. Y se había retratado frente al espejo en posturas provocativas, como un travesti adolescente, ridículo y perturbador.

Fue tal la conmoción de Eva, quedó tan aturdida y dolida que tuvo que prepararse un café muy cargado antes de reunir ánimos suficientes como para volver a llamar por teléfono y confesárselo a Celia.

La psicóloga consideró que aquella era la prueba del conflicto de identidad sexual diagnosticado por Alarte. Eva no tuvo más remedio que darle la razón.

—Me comentabas que el pánico de Alex a los puentes se estaba exacerbando. Vértigo —se reafirmó la psicóloga—. Pero no tanto, me temo, a la altura física como a una sima que se abre en su interior y que, mediante un telón de histeria, encubre la lucha que se está librando entre sus almas masculina y femenina. Esa íntima conmoción, como un precipicio al que pudiera caer, es lo que le genera incertidumbre y pánico.

La propia Celia volvió a llamar a Alarte para consultarle acerca del recrudecimiento de los síntomas. A la vista del agravamiento de la situación, el psiquiatra le aconsejó apartar de inmediato a Alex de los focos de peligro: colegio y entorno.

Celia y Eva barajaron posibles soluciones. Después de darle muchas vueltas a

unos cuantos planes, a la psicóloga se le ocurrió ofrecerles su casa de los Picos de Europa para pasar una o dos semanas de aislamiento, hasta que regresara Nazario y entre todos decidieran cómo afrontar el resto del curso.

Eva ni siquiera le preguntó a Alex si le apetecería pasar unos días en la montaña, lejos de la ciudad y de sus problemas en el aula. Tomó la decisión por él y pidió autorización a Fraguas para que, por prescripción médica, Alex pudiera faltar a las clases hasta los exámenes de Navidad.

El tutor trasladó la solicitud a la dirección del Colegio Alemán. El permiso para Alexis Goyena fue concedido.

La casa de Celia estaba en Saval, cerca de Covadonga. Al darle las llaves a Eva, la psicóloga presumió:

—El ambiente os gustará a los dos. A Alex las alturas le sentarán muy bien. De hecho, la montaña está muy recomendada para casos como el suyo. Verás como se relaja y recuperáis la comunicación. Puede que se franquee contigo y te desvele aspectos de su pasado que ahora regresan sigilosamente con su invisible poder.

Eva se quedó trabajando hasta tarde en la galería. Hizo algunas entrevistas a candidatos destinados a ocupar el puesto de Margarita Leal, pero ninguno le convenció.

A las nueve de la noche, pasó por Villa Mariana para recoger para Alex.

Le costó un rato hacer la maleta y ponerse en marcha. Preguntó a Alex si quería llevarse el ordenador. Él se limitó a meterlo en una mochila junto con sus calcetines de rayas y sus muñecos de peluche.

El Range Rover estaba aparcado en el cobertizo del jardín. Eva cargó el equipaje, indicó a Alex que se pusiera el cinturón de seguridad y arrancó el motor.

La noche era oscura y fría. Había empezado a llover.

—¿Conduces así de mal porque estás nerviosa? —la amonestó Alex cuando ella detuvo el Range en una gasolinera con un frenazo tan brusco que el motor se caló.

Se hallaban a unos cincuenta kilómetros de Gijón. Eran las once de la noche. La lluvia había cesado, pero la niebla apenas dejaba ver la carretera. A causa de su densidad, habían errado en la ruta. Acababan de llegar a un pueblo que Eva no conocía, pero en el que, por fortuna, existía estación de servicio.

Alex le recriminó:

—¡Qué despistada eres! ¿Por qué paras, para poner gasolina o para preguntar dónde estamos?

—Por ambas cosas —repuso Eva.

No estaba nada centrada, en eso Alex llevaba razón. Desde que había descubierto las inquietantes fotografías del chico vestido de mujer, tema del que no se había atrevido a hablar con él, Eva no había conseguido relajarse ni encontrar un segundo de sosiego. Tenía los nervios de punta y delante de ella un montón cada vez más alto de problemas sin resolver.

Nada más salir de Gijón, se habían perdido. Por otra parte, Eva casi se alegró; el despiste le permitió darse cuenta de que se estaban quedando sin gasolina. Salió del coche, llenó de combustible el depósito y regresó a su asiento.

Alex se había encogido en el suyo. Cuando ella fue a accionar la llave de contacto, le preguntó:

—¿Por qué me está pasando todo esto?

Eva apretó su mano. Su contacto la conmovió. Tenía el tamaño de la de un hombre, pero más suave. Alex seguía siendo muy tierno. Era un chico difícil, pero, al igual que su padre, comunicaba una ternura especial, íntima y cálida como la sensación de un nido. Ambos estaban necesitados de protección. Ella podía proporcionársela, era más fuerte que uno y otro, y seguramente que los dos juntos. El hecho de que Alex estuviera atravesando un trastorno psíquico solo había contribuido a aumentar su cariño hacia él.

Le aseguró:

—No te está sucediendo nada, Alex. Nada que no podamos remediar. Te pondrás mejor.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí, Eva.

—Cualquier madre lo haría.

—¡Dafne, no!

Eva contuvo la respiración. Que recordase, era la primera vez que Alex pronunciaba delante de ella el nombre de su madre biológica.

—¿Por qué dices eso?

—Dafne nunca me quiso.

Aunque no tenía ningún motivo para solidarizarse con la primera mujer de Nazario, Eva lo puso en duda.

—No creo que eso sea cierto. Seguro que te quería.

—¡No es verdad! ¡Me pegaba!

—¿Delante de tu padre?

—No. Delante de papá, nunca.

—Nazario no lo sabe, o me lo hubiera dicho. ¿Por qué no lo denunciaste a tu padre, Alex? ¡Seguro que habría tomado medidas!

—No se lo dije porque Dafne me amenazaba.

—¿Con qué?

Alex se había acurrucado contra la portezuela. Estaba temblando. El motor seguía apagado y con él la calefacción, pero Eva pensó que el frío que atenazaba al chico procedía de su interior. Su denuncia sonó muy tenue, pero por eso mismo más real.

—Me amenazaba con matarme.

Eva le abrazó y le susurró al oído:

—Escúchame, cariño. Hay una cosa que ni el doctor Alarte ni Celia han conseguido averiguar. Ellos intuyen que se trata de algo relacionado con Dafne y contigo. Algo que tendría que ver con tu educación... sexual. ¿Pasó algo... algo malo entre Dafne y tú?

Un golpe de niebla rasante los aisló en el interior del vehículo. Dejaron de ver el letrero de neón de la gasolinera. Eva siguió abrazando a Alex. Podía sentir su corazón palpitando como el de un pájaro enloquecido.

—Si te lo cuento... Prométeme que no se lo dirás a papá —murmuró el chico—. Que él no lo sabrá nunca. ¡Promételo!

Eva lo hizo.

—Dafne me obligaba a... mirar.

Ahora fue el corazón de Eva el que latió alocadamente.

—A veces —continuó Alex, ahogando lo que pareció un sollozo—, cuando papá se iba a trabajar o a buscar trabajo, venía a casa otro hombre. Dafne le abría la puerta y le invitaba a beber algo en la cocina. Vivíamos en Sevilla. Ese hombre hablaba con un acento fuerte y me traía regalos. Los dos iban al dormitorio y dejaban la puerta abierta. Dafne miraba al pasillo cuando estaba... haciéndolo, como para asegurarse de que yo la viese. Después, cuando el extraño se había ido, me amenazaba con ahogarme con la almohada si se lo contaba a papá. Pero enseguida cambiaba de actitud conmigo. Salíamos a la calle, reía, me hacía reír y me compraba lo que quisiera. Al final, siempre conseguía que la perdonara, y entonces era ella la que se echaba a llorar y me suplicaba que procurase entenderla, que era débil, mala, caprichosa, incapaz de portarse como una mujer buena y como una madre normal.

Eva sintió la imperiosa necesidad de fumar. Se abstuvo apelando a toda su fuerza de voluntad y preguntó a Alex:

—¿Qué sentías por Dafne? ¡Sé sincero!

—A veces la quería, a veces la odiaba.

—Jugaba contigo. ¡Qué mujer tan perversa!

—No digas eso —le rogó Alex—. No lo era. Solo que no sabía cómo evitar sus errores, cómo impedir ser mala. Yo la entiendo cada vez mejor porque lo mismo está empezando a sucederme a mí.

—¡Tú no eres malvado!

—No te imaginas las cosas que pienso por las noches, cuando no puedo dormir. Debe de ser por las drogas que me dais.

Eva notó que empezaba a temblar, y no solo de frío.

—No vayas diciendo eso por ahí, hijo... Tienes que madurar de una vez. No te administramos drogas. Son simples tranquilizantes...

—Pues no me tranquilizan nada.

—Dejemos este asunto, ya seguiremos hablando... Tenemos que ponernos en marcha o no llegaremos nunca a Saval.

La noche era decididamente hostil. A la salida de la gasolinera, Eva volvió a encender las luces antiniebla. Si por ella hubiera sido, habría apagado el motor para quedarse en la cabina con los ojos cerrados. Apenas había dormido en los últimos días y se le vencían los párpados. ¡Qué tentación la de echar una cabezadita solo unos minutitos en el cómodo asiento de cuero del todoterreno, hasta despejarse un poco! Pero corría el riesgo de hundirse en el sueño y no despertar en horas. Ya dormiría en Saval, el pueblo de Celia.

—¿Me ayudas con el mapa? —le pidió a Alex—. No vayamos a perdernos otra vez.

—¿Pongo el tomtom?

—Ya ves de lo que nos ha servido.

—¿Miro en Google?

—Haz algo mejor. Mete la mano debajo del asiento y encontrarás uno de esos mapas de toda la vida. Esos no fallan.

Alex lo encontró, lo desplegó y siguió con el dedo las líneas de las carreteras comarcales que se adentraban en la cordillera. La ruta a Saval abundaba en curvas muy cerradas, representadas en el mapa en forma de acordeón.

El pueblo siguiente era Cubín de los Montes. Por una estrecha carretera, el Range siguió avanzando montaña arriba entre fantasmagóricas masas de vegetación.

—¿Puedo preguntarte algo, Eva?

—Claro, Alex. ¿Qué es, dime?

Pero él no llegó a preguntarle nada. Había vuelto a plegar el mapa y sostenía en un muslo su ordenador personal, que acababa de encender. Eva recordó que en uno de sus archivos estaba su colección de fotos eróticas —¿o pornográficas?— y volvió a indignarse. Pero con esa reacción no iba a conseguir nada. Había que ayudarle, orientarle...

La pantalla se iluminó con un azulado resplandor y Alex tecleó con prodigiosa rapidez hasta encontrar lo que buscaba, un juego de supervivencia al que era aficionado. El protagonista de la videoaventura respondía al nombre de Ed y al diseño de un paramilitar. Ed lucía el torso desnudo, con tatuajes, pantalón de camuflaje y botas militares de caña alta con hebillas relucientes.

Sin dejar de mirar la endiablada carretera, Eva observó de reojo la pantalla. Aquel matón virtual estaba en pie, con las piernas arqueadas y los abultados bíceps en tensión, en actitud alerta ante una hilera de rascacielos. En la terraza de uno de ellos se ocultaba otro francotirador, contra quien Ed debía disputar su siniestra partida a vida o muerte.

—¿Qué querías preguntarme, Alex?

Él no pareció oírla. No apartaba la vista del ordenador. El juego de supervivencia urbana había comenzado. Agazapado tras una barrera de contenedores, Ed se estaba protegiendo de los disparos del otro francotirador.

—¿Qué era lo que querías preguntarme? ¿Se te ha olvidado?

El chico se puso a silbar. ¿Estaría a punto de sufrir otra crisis?, se temió Eva.

—Seguro que no era importante, Alex.

—Sí lo era.

—En ese caso, intenta recordarlo.

Ed acababa de abatir al francotirador. En cuclillas, posición en la que se le marcaban los músculos dorsales, más propios de un gorila, procedía a abrir una alcantarilla para eliminar a sus enemigos, ocultos en los subterráneos.

Alex dejó de silbar y chasqueó los dedos.

—¡Ya está! Quería preguntarte si papá va a volver pronto.

—Está en México, ¿no lo sabías?

—¿Hasta cuándo?

—Regresará en un par de semanas.

—¿Qué haremos mientras tanto?

—Nos quedaremos en casa de Celia.

Alex accionó los mandos y siguió guiando a Ed por la putrefacta red del alcantarillado neoyorquino.

—¿Papá y tú os habéis peleado? —preguntó, sin dejar de accionar el mando.

—¡Claro que no!

—¿Nunca os peleáis?

—Algunas veces, como todas las parejas. Pero no demasiadas, la verdad. Por suerte, nos llevamos bastante bien.

—Y cuando discutís, ¿a qué se debe? ¿Es por mi culpa?

—¡Claro que no!

—¿Nunca?

—Créeme, Alex.

—¡Que te crea! ¡No me trates como si fuera tonto!

—¿A qué viene ese comentario? ¡Me ha parecido muy desafortunado!

Alex se había enfurruñado sin que Eva supiera por qué. El chico no contestó y volvió a concentrarse en la pantalla. Ed le necesitaba. Se estaba enfrentando a una especie de mutante que había emergido del sucio río de la cloaca. No le duró mucho. Cuando lo hubo rematado, por el expeditivo método de rebanarle el cuello con un machete, Alex pausó el juego y dijo:

—Tengo un síndrome, ¿no es verdad, Eva? Una enfermedad. ¿Cuál es? ¿Me lo puedes decir?

Eva suspiró.

—No tienes ningún síndrome ni enfermedad alguna, Alex.

—¿Qué tengo, entonces?

—Tan solo una serie de síntomas, perfectamente inocuos, que hay que vigilar.

Alex asintió repetidas veces con la frente y volvió a recomenzar su juego. Ed acababa de salir de las alcantarillas y se dirigía en actitud amenazadora hacia otra manzana de edificios donde podían ocultarse nuevos francotiradores. Cuando Alex lo hubo parapetado convenientemente detrás de una tapia, volvió a dirigirse a Eva:

—¿Tendré que darte las gracias por mentirme? ¿Por bombardearme con eso que los mayores llamáis mentiras piadosas? Puede que en algunos casos funcionen, pero a mí no habéis conseguido engañarme. Desde que tu amiga la loquera se puso a investigarme el cerebro, todo ha ido de mal en peor. En el colegio se ha corrido la voz de que estoy como una cabra. Loco de atar. Pirado.

Cada vez más enojada, Eva tomó mal la siguiente curva. Una de las ruedas patinó en el arcén.

—¡Vas a conseguir que tengamos un accidente!

—¿Es culpa mía que conduzcas tan mal? ¿Por qué te enfadas ahora?

—No me gusta que le faltes el respeto a Celia ni que te desprecies a ti mismo.

Alex se había cansado del juego de Ed. Lo cerró y, tecleando a una velocidad verdaderamente fantástica, abrió una página de una revista médica, especializada en psiquiatría, que trataba sobre la paramnesia. Por el rabo del ojo, Eva leyó en la pantalla el título del artículo: «Fenómenos de la memoria».

—¿Qué es eso, Alex?

—Información científica acerca de mi enfermedad. Porque la paramnesia lo es —afirmó él, apoyando una mano en el brazo de Eva, como anticipándose a sus protestas—. He descargado unos cuantos archivos. Mira este, por ejemplo... Es de un médico inglés. ¿Te lo leo? «Debido a su escasa experiencia clínica y a lo imprevisible de sus manifestaciones, la paramnesia reduplicativa sigue siendo un enigma, sin que todavía hoy podamos saber...».

Eva le cortó de mal humor.

—¡Basta, Alex! Si tienes alguna duda, se la consultas a Celia.

—¿A mi loquera particular?

—¡Por favor! Es una buena amiga y te está apoyando.

Eva se dio una palmada en la frente.

—Hablando de Celia... Sabía que me olvidaba algo. ¡Tu medicación!

Alex sacó un botecito del bolsillo e hizo tintinear las píldoras.

—Las habías olvidado tú, pero no yo. Para que veas que mi memoria no funciona tan mal.

—Gracias... ¿Cuándo te toca la próxima?

—Antes de dormir.

—No sé a qué hora nos acostaremos, Alex. Puedes tomártela ya. Deberíamos haber cenado antes de salir. ¿Tienes hambre?

—Puedo aguantar.

Alex apagó el ordenador y permaneció en silencio. El Range avanzaba montaña arriba por un túnel de niebla. En la penumbra del automóvil, los grandes ojos claros del chico emitían una pálida luminosidad.

—¿Qué haremos en ese pueblucho?

—Un montón de cosas —adelantó Eva, tratando de inyectarle ilusión—. Montar a caballo...

Él mostró cierto interés.

—Me gustan los caballos, pero los ponis no.

—Celia me dijo que hay un picadero cerca. Hablaremos con sus monitores para que te den algunas clases.

—Molaría.

—Y organizaremos excursiones, andando o en coche. Descubriremos lugares preciosos, muy agrestes, con maravillosas vistas...

—¿Y si llueve?

—Encenderemos la chimenea y jugaremos al parchís. No te inquietes.

—Pues lo estoy.

—¿Por qué, Alex?

—Por nuestra familia. ¿También haremos algo con ella?

Eva tragó saliva.

—¿A qué te refieres? ¿Podrías explicarte mejor?

—Está muy claro. Me gustaría saber qué haréis papá y tú cuando se agrave mi enfermedad. Si os separaréis para no pelearos por quién me cuida.

Eva volvió a tragar saliva.

—No pienso divorciarme de tu padre. Le quiero mucho, como a ti. Tu problema no va a ir a más y tú no tienes culpa de nada. Eres absolutamente inocente.

—Pero él se ha ido —insistió Alex.

—No por tu causa ni por tu culpa —reincidió Eva, a punto de perder la paciencia.

—¿Por la tuya?

—Tampoco, espero.

—El caso es que se ha marchado estando yo enfermo, cuando más le necesitaba. Y muy lejos, a México, nada menos... Voy a comprobar a cuántos kilómetros está

papá de nosotros.

Alex volvió a encender la pantalla.

—México, México...

Eva explotó.

—¡Apaga el ordenador!

—¿Por qué?

—Su resplandor me molesta para conducir.

—No te molestaba antes, cuando he estado jugando con mi amigo Ed.

—¡Apaga ese chisme, he dicho!

—Lo siento. Solamente quería saber el dato. A cuánta distancia está papá de nosotros, nada más.

—¡Apágalo de una vez!

Alex obedeció. Eva se arrepintió de no haber recordado el consejo de su amiga Celia: no discutir con él, no generar crispación en su entorno, mantener en todo momento la calma.

En compensación, le dijo:

—Te doy mi palabra de que nunca te abandonaremos, Alex. Siempre nos tendrás a tu padre y a mí a tu lado y de tu lado. ¿Te queda alguna duda sobre este particular?

—Ninguna.

—¿Quieres preguntarme algo más?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces, tema zanjado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La niebla había vuelto a adensarse. Eva puso toda su atención en la carretera. Más allá de unos pocos metros, no se veía nada. No era una conductora especialmente buena. De hecho, solo conducía en la ciudad. Cuando salían de Gijón, era Nazario quien cogía el volante.

Alex cambió de actitud. Ejerciendo de copiloto, fue anticipando las poblaciones que quedaban hasta el pueblo de Celia y verificando en el mapa los cambios de ruta. Hasta que, agotado, se quedó dormido cuando el reloj del salpicadero señalaba las doce. Normalmente, se acostaba a las diez y media.

La carretera ascendía sin cesar. Estaban adentrándose en los desfiladeros. Eva supuso que seguían el curso de un arroyo. No podía verlo, pero abajo, muy abajo, se oía el sordo rumor del agua golpeando las rocas.

Celia le había advertido que los últimos tramos eran los más duros, y que tuviera cuidado con la carretera porque los quitamiedos no eran seguros y a veces había desprendimientos.

De hecho, los árboles habían desaparecido, sustituidos por gigantescas rocas. A medida que ganaban altura, la niebla se hacía más espesa. Brumosas banderolas fustigaban las ventanillas con sus algodinosas colas. Frente a esa fantasmal legión de aéreas serpientes, Eva empezó a experimentar su vieja reacción fóbica a la oscuridad. La atemorizaba. La identificaba con la crueldad, con el mal. Si existía un infierno, sería eso, ausencia de luz. Un espacio negro y frío, claustrofóbico e inabarcable a la vez, estrecho e infinito... Universo y cueva. Ataúd.

Alex se puso a roncar suavemente. El suyo era todavía un ronquido infantil. Eva volvió a pensar que en muchas cosas seguía siendo un niño, pero que en algunas otras despuntaba con claridad el muchacho que llevaba dentro. Pronto se le afilaría la mandíbula, crecerían sus hombros, su pene... Antes de que Nazario y ella se diesen cuenta, se habría convertido en un hombre hecho y derecho, mientras ellos envejecían irremisiblemente. Juventud y vejez... ¡Ley de vida!

Pasados unos minutos, Alex dejó de roncar.

Eva calculó que debían de estar a pocos kilómetros de Saval. El Range atravesó otro túnel de niebla de color caldero, descendió a una hondonada y penetró en un bosque de enormes árboles, de una especie que Eva no reconoció. Parecían abetos, pero los troncos, muy distanciados entre sí, eran mucho más gruesos y también más altos. Dio una serie de pronunciadas curvas y tuvo la impresión de que la ruta viraba al norte, en dirección al mar. Eso la tranquilizó un tanto. El mar la sedaba. Identificaba su azul con lo noble y hermoso de la vida. Pensó en el Cantábrico, y la simple evocación de sus aguas limpias, reconstituyentes, bastó para atemperarla. ¿De qué podía tener miedo?

En ese instante, un timbrado interrumpió sus pensamientos, asustándola. Pero era solo el teléfono, que sonaba en la posición de manos libres.

Sin comprobar en la pantalla quién llamaba, Eva presionó automáticamente el botón verde.

De inmediato, se arrepintió.

Era José.

—¡Hola, ranita! Soy don Sapo. Tú sabes muy bien quién. ¡Croá, croá!

El corazón de Eva se paró en seco durante unos segundos y bombeó sangre a chorros.

—¡Otra vez tú! ¿Por qué no me dejas en paz? ¿Qué quieres ahora?

—No seas tan brusca. Solo quería darte las buenas noches.

—¡Muy bien, ya lo has hecho! También yo te las deseo. Y ahora, como no tenemos nada más que decirnos, voy a colgar.

—No antes de escucharme. Es importante, Eva. Solo un minuto, por favor.

Hacía tiempo que no le oía a José pronunciar su nombre ni pedirle nada educadamente, y se ablandó.

—Está bien. Un minuto, ni un segundo más. Voy conduciendo.

—¿De viaje?

¿Otra vez ese don sobrenatural suyo para adivinar sus actos...?

—No es asunto tuyo.

—Pero Margarita, sí —derivó su ex—. Ella sí es asunto mío.

—¿Margarita? ¿Qué Margarita?

—No te hagas la tonta. Sé que nos sorprendiste juntos y que te has montado la película de que estamos liados. ¡Nada de eso! Marga es simplemente una amiga. Una buena amiga. Jamás ha hablado mal de ti, aunque la hayas despedido. Se ha limitado a ayudarme.

—No sabía que necesitaras ayuda. ¿De qué tipo?

—Me encuentro muy solo. Y dice la Biblia que no es bueno que el hombre lo esté.

—Estoy segura de que Marga, como tú la llamas, puede llegar a ser una excelente señorita de compañía —ironizó Eva.

—No te metas con ella. No descarto que podamos llegar a formar pareja. No sería nada malo para ninguno de los dos. Pero la razón de mi llamada es otra: readmítela en la galería. Marga no se merece el despido. No te ha traicionado ni faltado al respeto. Se ha limitado a trabajar para ti con fidelidad y eficacia.

—¿Eficacia?

—Ha conseguido una exposición de Picasso. ¿Lo hubieras logrado tú? Plantéatelo.

Eva no pensaba hacerlo. Lo único que se planteaba con respecto a Margarita era no volver a verla más allá de la sala de un juzgado.

—Me pides algo imposible —replicó—. Que, además, no es de tu incumbencia.

Su exmarido no se rindió.

—Hubo un tiempo en que me permitías opinar de tus cosas e influir en ti...

Su tono había adolecido de una cierta dosis de nostalgia y Eva no fue inmune a su efecto. Si pudiera volver atrás y disipar a tiempo las brumas que habían enturbiado su relación de la misma manera que la niebla parecía estar despejándose en la carretera...

—Entonces estábamos... Era diferente. Era nuestra vida, José, y la vida era nuestra. Pero lo echaste todo a perder. Y no pretendas hacerme creer que vuelves a ocuparte de mí, porque no es cierto. Intuyo que me ocultas algo... No me fío de ti y tampoco de la señorita Leal, que conmigo nunca ha hecho justicia a su apellido. Por eso, a causa de sus deslealtades, no la volveré a admitir, por mucho que me lo pidas. En cuanto a su supuesta eficacia, la contrastaré con la próxima persona que ocupe su puesto. Si tanto te preocupa su futuro, ¿por qué no le encuentras trabajo tú mismo?

—El mercado laboral está imposible —dijo José con un tono tan coloquial, tan doméstico, que por un instante fue como si Eva y él no se hubieran separado y siguieran juntos, compartiendo sus vidas y actividades—. No hay empleo, y menos aún en el sector cultural. Marga tiene muy difícil recolocarse.

—Le firmaré una carta de recomendación —ironizó Eva en el mismo instante en que Alex se despertaba.

El chico ni siquiera se dio cuenta de que estaba hablando por teléfono. Algo le había llamado la atención. Señaló el parabrisas.

—¿Qué es eso?

Eva también se lo preguntó. ¿Qué era aquello parado en mitad de la carretera? ¿Un animal?

—¿Una vaca, Alex?

—¡No lo sé, pero ten cuidado!

Eva pensó dos cosas: que no era una vaca y que iban a demasiada velocidad como para esquivar el obstáculo. La adrenalina se le disparó como un torrente de fuego líquido recorriéndole las venas. Su primer reflejo fue pisar el freno, pero temió desestabilizar el coche y estrellarlo contra los árboles. Se limitó a presionar ligeramente el pedal sujetando el volante y haciendo sonar la bocina. Aquello, fuese lo que fuese, no se movió. Justo antes de la colisión, los faros iluminaron su mole con fantasmagórica claridad. Era un ciervo, un macho majestuoso, más alto que el Range. Su erguido cuello sostenía una desafiante cabeza, y en sus redondos ojos líquidos, hipnotizados por la masa de metal que se le venía encima a ochenta kilómetros por hora, la expresión era de inocencia.

—¡Dios! —imprecó Eva.

—¡Le damos! —rugió Alex.

El impacto del parachoques levantó en vilo al ciervo y lo hizo volar sobre el capó. Rebotó con estruendo contra la chapa del techo y con una voltereta cayó atrás, sobre el asfalto. El coche dio un bandazo, pero Eva acertó a frenarlo sin salirse de la

calzada. Por el retrovisor vio como el ciervo, cojeando, desaparecía entre los descomunales árboles. Dentro de la tensión, experimentó un cierto alivio. Pero Alex, que no lo había visto saltar al bosque, concluyó trágicamente:

—¡Lo hemos matado!

—No, cariño. Está vivo. Cojeaba, pero no parecía herido de gravedad. ¡Más bien ha sido él quien casi nos mata!

Eva había dejado el coche en punto muerto. El carburador expulsaba demasiado humo y el motor sonaba como si una pieza se hubiera soltado. Siguió funcionando durante un rato más y se paró.

Alex escudriñaba la linde por la que había desaparecido el ciervo. No se veía nada.

—¡Ni siquiera intentaste evitarlo! —la acusó.

—Si hubiese frenado en seco habríamos dado una vuelta de campana —se justificó Eva.

Fue a abrir una ventanilla, pero el mando no le respondió. Las luces se habían apagado. Eva accionó el contacto. El ruido le recordó a una cuerda de latas atada a una limusina nupcial.

—Voy a comprobar si lo que dices es verdad y no le has reventado los huesos —anunció Alex, desabrochándose el cinturón de seguridad.

Cogió una linterna de la guantera y salió con rapidez del coche.

—¡Espera!

Pero Alex corría ya por la carretera. Un brillo rojizo le indicó el lugar del impacto. Se arrodilló junto a la mancha de sangre, la rozó con la yema de un dedo, se la llevó a los labios y la saboreó con la punta de la lengua. La sangre del ciervo estaba caliente y tenía un sabor dulzón. Alex se puso en pie y enfocó el bosque con su linterna tratando de vislumbrar algún movimiento en la negra floresta. Al margen de aquellos altísimos árboles que crecían con señorial rectitud, como negros cirios hacia el cielo nocturno, no vio nada.

—¡Vuelve al coche! —le ordenó Eva.

Alex obedeció con desgana y ocupó su asiento sin hablar, con una dolida expresión. Eva intentó consolarle:

—Sé que adoras a los animales...

—¡Nunca quisiste comprarme un perro!

Ella soltó una risa forzada.

—Hemos discutido eso muchas veces, Alex. No es el momento de volver a pelearnos. Cierra tu portezuela, voy a arrancar.

Pero el motor no se puso en marcha. Eva volvió a intentarlo, sin éxito, y probó luego dos o tres veces más. El encendido no se dejaba oír. En su lugar, se repetía aquel ahogado rumor, cada vez más apagado.

Alex no dejó de atormentarla.

—¿Sabes por qué no has querido comprarme una mascota? Porque los animales

te dan miedo.

La barbilla de Eva comenzó a picarle, como siempre que la dominaba la cólera, pero esta vez las consignas de Celia sirvieron para contenerla: «No te alteres, no discutas, mantén el control». Eva contó hasta diez para tranquilizarse y probó de nuevo a encender el motor. Presionó el acelerador a fondo y lo fue soltando mientras embragaba, pero el resultado no mejoró. Por el contrario, le pareció que la respuesta era más corta y ahogada, como si la batería estuviera a punto de agotarse. Hasta el momento de impactar con el ciervo, el motor había funcionado bien, y cualquier profano sabía que las baterías se recargaban por sí solas durante un viaje largo... El caso era que el Range no arrancaba. Eva probó de nuevo manteniendo el embrague presionado y soltándolo de golpe mientras aceleraba con brusquedad, pero la nueva maniobra se reveló inútil. Otra tentativa, consistente en accionar con suavidad la llave de contacto e ir trasladando esa misma templanza al acelerador, con la ilusa intención de comunicar una sensación de armonía, casi de cariño, a la mecánica del vehículo, como si este, dotado de reacciones afectivas, pudiera responderle con calidez, fracasó igualmente.

Alex resumió con humor:

—Houston, tenemos un problema.

—¡Ya lo creo! Nos hemos quedado sin batería.

—Nada de eso, Eva. La batería funciona perfectamente.

—Los faros han dejado de alumbrar.

—Prueba a encenderlos de nuevo —le aconsejó Alex.

Eva lo hizo y se encendieron. De puros nervios, ella se echó a reír.

—Está claro que sabes de coches mucho más que yo, Alex.

—Déjame entrar a la página de Rover y solucionaré la avería. Mejor que lo haga yo a que lo intente ese de ahí.

—¿Quién?

—¡Ese!

La mirada de Eva siguió el índice de Alex. Tuvo que reprimir un grito. La silueta de un hombre estaba parada en medio de la carretera frente a ellos. No se le veía la cara. Era corpulento y sostenía algo en la mano. «¿Un cuchillo?, ¿un hacha?», especuló la sobreexcitada mente de Eva.

Alimentando sus temores, el desconocido avanzó hacia ellos entre la luz de los faros. Eva sintió una oleada de pánico. Trató de encender el motor, pero fue en vano. Puso el seguro de las puertas y exclamó:

—¡No abras bajo ningún concepto, Alex!

—¿De qué tienes miedo? Seguro que viene a ayudarnos.

Eva introdujo la mano debajo del asiento en busca de algún objeto contundente con el que hacer frente a aquel potencial enemigo, pero no encontró las herramientas. El hombre estaba ya junto al Range. Pegó un golpe en el capó con la palma de la mano y su silueta se cernió sobre la ventanilla.

—¿Algún problema? ¿Necesitan ayuda?

Eva estuvo a punto de gritar que se fuera, pero Alex se le adelantó reaccionando con sorprendente naturalidad. Tanta, que salió del coche diciendo:

—Buenas noches, señor. Hemos atropellado a un ciervo y este trasto no se pone en marcha.

El hombre se cubría la cabeza con un gorro para la lluvia. Sus rasgos seguían sin distinguirse en la oscuridad. Sus ojos se reducían a negras ranuras.

—Hay demasiados ciervos en el bosque. Toca sacrificar —dijo con una voz espaciosa, dando relieve a cada palabra—. Salga del coche, señora, y déjeme hacer.

Medrosamente, Eva abrió la portezuela y le cedió el asiento. La niebla revoloteó a su alrededor y una intensa sensación de frío la sobrecogió. De frío y algo más. Su mente le puso nombre: «Miedo».

—¿Entiende usted de motores? —preguntó Alex al desconocido.

—Más que de otras cosas. —Y el hombre, que había entrado al Range con la gabardina empapada y sin quitarse el gorro, añadió, haciendo que la sangre de Eva se congelase en sus venas—: Más que de almas.

«Haz que este loco salga inmediatamente del coche», ordenó a Eva una voz interior. La escuchó con tanta claridad como si le hubiera hablado al oído, pero, paralizada como estaba, permaneció inmóvil mientras el intruso tanteaba el contacto. «¡Haz que se marche!», volvió a prevenirle su conciencia, pero tampoco esta vez Eva acertó a reaccionar. «Alex está dentro —le advirtió por última vez la voz—. Si este individuo consigue poner el coche en marcha, podría llevárselo».

El desconocido hizo girar la llave. A la primera, el motor funcionó y lo fue acelerando progresivamente hasta revolucionarlo.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Alex alborozado.

La marcha entró sin dificultad y el Range avanzó mientras Eva reaccionaba alzando los brazos en demanda de que pararan. Lo hicieron un centenar de metros más adelante. Ella corrió hacia las luces traseras. Su desconfianza, sin embargo, no estaba justificada. El hombre acababa de salir del Range y la esperaba junto a la portezuela. Eva le dio las gracias. Él le tendió la diestra. Tras una vacilación, ella la estrechó. Su palma era resbaladiza y le repugnó el contacto. Le hizo pensar en la piel de un sapo y, de rebote, en su exmarido.

—Ha sido usted muy amable. Muchas gracias.

—De nada. ¿Hacia dónde se dirigen?

—A Saval —repuso Alex—. ¿Está muy lejos?

—A unos pocos kilómetros.

—¿Conoce el pueblo? —preguntó Eva.

—Vivo allí.

—¿Quiere que le acerquemos?

—Prefiero regresar andando.

—¿Con la noche que hace?

—A las secuoyas les gusta la niebla y a mí también.

—¿Secuoyas? —preguntó Alex.

—Estos árboles.

—Preciosos —dijo Eva, enfocándolos con la linterna, pero sin dejar de temblar

—. ¿Cuánto miden?

—Entre cuarenta y setenta metros. Puede que los más altos alcancen el centenar. Son antiquísimos. Han visto mucho. Saben historias...

—¿De terror? —siguió curioseando Alex, que acababa de leer a Edgar Allan Poe.

—Algunas, como la de Hugo Curtius, de mucho terror. ¿Te gustaría que te contase la historia de Curtius, hijo?

—¡Ya lo creo!

—Pueden venir a mi casa cuando quieran, señora. Es la última del pueblo. La única que no tiene el tejado rojo, de teja árabe, sino negro, de pizarra. Si no la encuentran, pregunten por Ezequiel del Piélagó. Todo el mundo me conoce. O cree conocerme, más bien... Buenas noches, espero que no tengan más problemas con el coche... ni con nada más.

—Seguro que no —le sonrió tímidamente Eva, preguntándose a qué podría estar refiriéndose con aquel «nada más».

Seguía inquieta y no se dominó hasta que el espejo retrovisor no dejó de reflejar la tenebrosa figura de Ezequiel del Piélagó alejándose por el bosque envuelto en su gabardina.

Un poco más adelante, contribuyó a calmarla un cartel que anunciaba Saval a cinco kilómetros.

El Range los recorrió con comodidad. La carretera se había allanado y discurrían por la planicie de un valle. Al atravesar un puente románico sobre un río de montaña, Alex se encogió en su asiento. Eva recordó su fobia.

—¿Te encuentras bien?

El chico no contestó. Solo cuando hubieron dejado atrás el puente, recuperó su postura.

Al despejarse el bosque, distinguieron las primeras casas de Saval.

Después de un viaje con tantos sobresaltos, a Eva le pareció que el mejor remedio sería un buen descanso. Seguro que al día siguiente lo veían todo con otros ojos.

A lo mejor, intentó animarse, no había sido tan mala idea ir a los Picos.

El pueblo estaba desierto, con la única excepción de una taberna a través de cuyas empañadas lunas se distinguían borrosos parroquianos jugando a los naipes.

Encontraron con facilidad la casa de Celia, que estaba en mitad del pueblo. Eva aparcó el coche delante. Descargaron las maletas y se dirigieron a la entrada.

Eva abrió la puerta y palpó la pared hasta dar con un interruptor. La rústica estancia que hacía las veces de salón se iluminó con las bombillas de baja potencia de una lámpara de hierro forjado que representaba los puntos cardinales.

Hacía tiempo, desde el verano seguramente, que Celia no iba por allí. Los muebles estaban cubiertos con sábanas viejas y el fuerte olor a moho revelaba que las habitaciones no se aireaban con la debida frecuencia.

Los dormitorios se disponían en el piso superior. El más grande tenía cama de matrimonio; y los dos pequeños, camas individuales. Alex y ella decidieron ocupar uno de estos.

Investigaron la buhardilla, a la que se accedía por una escalera de mano. No había interruptores en la falsa ni otra luz que la pálida reverberación de una farola, filtrada por el ojo de buey abierto en el tejado. Alfombras, muebles, herramientas, cuadros y cachivaches de toda clase se amontonaban sin orden.

—¿Qué ha sido eso, Alex?

Acababan de oír un ruido. Apenas fue un suave aleteo, pero bastó para persuadir a Eva de que harían mejor en salir de allí.

—¿De qué tienes miedo? Solo será una rata.

—¡No me digas eso! ¡Les tengo pánico!

Un nuevo rumor hizo retroceder a Eva, cada vez más asustada. Al salir de la buhardilla, cerró con fuerza la puerta tras ella.

—¿Qué crees que era, Alex? ¿Una paloma?

—No sé, a lo mejor.

Se caía de sueño. Eva le ayudó a desnudarse y le acostó. Se durmió al segundo.

Eva bajó a la cocina. El frigorífico, con la base comida por los hongos, estaba encendido. En su interior había unos pocos productos perecederos caducados tiempo atrás y una provisión de botellines de cerveza, a la que Celia era muy aficionada.

Eva abrió uno y disfrutó de su helado sabor. Pero ¿por qué estaría encendida la nevera? Ya le preguntaría a Celia por esa y otras cosas a la mañana siguiente, cuando la llamase para comunicarle que habían llegado sin novedad y que lo habían encontrado todo en orden.

¿Y sin novedad? Bueno, no exactamente... Estaba el episodio del ciervo y la inesperada ayuda por parte de aquel lugareño, Ezequiel, surgido de los bosques como una aparición.

Y estaban, o podían estar, los misteriosos habitantes de la buhardilla...

—¡El famoso Ezequiel! —asintió Celia en cuanto Eva la hubo llamado a primera hora de la mañana siguiente, antes de que la psicóloga comenzara a pasar consulta—. Es un personaje la mar de raro, pero inofensivo, te lo puedo asegurar. ¿Te dijo que había sido cura?

—No.

—¿Lo hubieras adivinado?

—Nunca.

—Pues lo fue.

—¿Lo dices en serio, Cé?

—¡Ya lo creo! Completamente en serio. Ezequiel era el párroco de Saval. Yo misma asistí a sus misas y, si hubiera querido hacerme perdonar mis múltiples pecados, lo habría tenido tan fácil como confesándome con él. Pero un buen día, bueno para él, seguramente, aunque quizás no tanto para la Iglesia, Ezequiel dio una campanada más sonora que las de su ermita y se casó con una de sus feligresas. Con una viuda del pueblo, llamada Asunción. ¡Se organizó un buen escándalo! Debido a la presión popular, tuvieron que irse de Saval, a vivir fuera. A Avilés, creo. Ella falleció algunos años después en un accidente de tráfico, y él regresó al pueblo, a su casa natal, cerca de la iglesia donde tantas veces había bautizado a nuevos cristianos y despedido a viejos con responsos que arrancaban lágrimas... Pero dejemos tranquilo a Ezequiel. ¿Qué tal has encontrado mi casa?

Eva renunció a preocupar a Celia hablándole de los ruidos del desván. Le repuso que todo estaba en perfecto estado y alabó su casona: hermosa, acogedora. Celia le impartió una serie de consejos prácticos sobre el funcionamiento de la caldera y le recomendó que no dejara de visitar la granja de caballos de su amigo Francisco, en un paraje próximo llamado Prado de Boherías.

—Francisco te encantará. Puede organizar todo tipo de actividades y rutas. Y voy a decirte algo en la más estricta confianza: además de jinete y guía de aventura, está buenísimo.

—Te recuerdo que estás hablando con una mujer casada —dijo Eva, siguiéndole la broma. Después de la última nohcecita, necesitaba un poco de humor.

—No por ello dejaría de recomendarte sus servicios —rio Celia—. Francisco y su mujer, Sara, son un verdadero encanto, ya verás. Siguiendo las instrucciones de unos cuantos profesionales interdisciplinarios, como se dice ahora, hemos puesto en marcha un programa de equinoterapia para autistas.

—¿Hemos?

—Estoy colaborando, sí... No te imaginas los resultados... ¡Espectaculares, realmente! Sería muy positivo que Alex se animara a familiarizarse con los caballos y

les transfiriera su afecto. Iba a recibir mucho a cambio.

Eva no echó la recomendación en saco roto. Lo consultó con Alex y decidió acercarse al picadero.

Antes, a mediodía, una vez se hubo abastecido de lo más elemental en la tienda del pueblo, Eva se las ingenió para improvisar una aceptable comida.

A eso de las cuatro de la tarde, con un tiempo encapotado, aunque sin lluvia, Alex y ella salieron en el coche de camino hacia Prado de Boherías.

Justo en la última calle del pueblo, Eva pegó un frenazo. Sin decir una palabra, pero con claros signos de nerviosismo, abrió la portezuela del Range y se dirigió a otro vehículo que acababa de ver aparcado a la puerta de una posada rural.

Era un Volkswagen Golf de color negro. En la parte trasera llevaba un tigre de trapo que con el vehículo en marcha movía la cabeza de un lado a otro.

Eva conocía muy bien aquel coche. Perteneecía a la empleada de su galería de arte, Margarita Leal.

Muy alterada, Eva rodeó el Golf escudriñando su interior. En el asiento delantero había una carpeta con el anagrama de la Galería Enciso.

No cabía la menor duda. Margarita estaba en Saval. ¿Podría tratarse de una casualidad? Eva no lo creyó ni por un segundo. ¿Les había seguido su empleada desde Gijón? Todo apuntaba a que sí, pero ¿por qué?

Eva volvió al Range. Alex le preguntó si se encontraba bien. Ella murmuró algo ininteligible e hizo girar la llave de contacto. Pero ni siquiera el ruido del motor pudo ahogar los latidos de su corazón, que le bombeaba como un tambor.

Tampoco sepultó sus negras sospechas.

El picadero era grande, con una destartalada vivienda, cuadras y un cercado para los caballos.

Francisco no estaba. Fue su mujer, Sara, quien les atendió.

Sara debía de tener unos cuarenta y cinco años, la edad de Eva. Era masculina y atractiva a la vez, con una belleza curtida por la vida a la intemperie, unos brazos capaces de levantar en vilo un saco de pienso y una voz cruda.

—Alexis, ¿te llamas así? ¿Qué nombre es ese? ¿Ruso?

Eva asintió por él. Sara alzó la mandíbula de Alex y le obligó a mirarla.

—No pareces español. Debes de ser un poco tímido, ¿no? ¿O bastante?

—Hasta que coja confianza —volvió a suplantarle Eva.

—Esa es la clave —aseguró la amazona, agitando su pesada melena, a la que se habían prendido unas briznas de paja—. ¡Confianza! Lo mismo con los caballos que con los humanos. Somos poco diferentes, en realidad. Los caballos, algo mejores que nosotros, tal vez. ¿Habías montado antes, Alexis?

Él recordó haberlo hecho en un poni. No le había gustado. A Sara no le extrañó.

—No suelen ser dóciles. Muchos de ellos tienen peores pulgas que las mulas de la legión. Y al hablar de esta manera estoy tirando piedras contra mi propio tejado porque nosotros trabajamos con ponis y los alquilamos bastante bien. Pero no pienso dejar que los montes, Alexis, no vayas a preocuparte por eso. Y tampoco te permitiré montar a los caballos más grandes. Al menos, por el momento. En cambio, hay un par de yeguas que ni pintadas para ti. Se llaman Luna y Agua. Son aquellas, ¿las ves? Luna es la gris. Agua, la más blanquita. ¿Cuál prefieres?

Alex no vaciló.

—Luna.

—¿Por qué?

—Me gusta mirar la luna por las noches.

—Ya me parecía a mí que eras un chico raro... ¿Y el agua no te gusta tanto? —Algo oscuro pasó por el rostro del chico. Sara se sonó la nariz y siguió diciendo—: Aquí nos bañamos en el río. ¡Pero basta de charla! Iré a ensillar y daremos un paseo.

—¿Ahora? —preguntó Eva.

—¡Claro! ¿A qué habéis venido? ¿O tienes algo mejor que hacer, Alexis?

Él negó con un gesto.

—Espérame, entonces. Ensillaré a Bucéfalo. Es aquel semental. —Sara señaló un ejemplar bruñido, con las crines tostadas—. Últimamente está muy nervioso. Le haremos galopar para sacarle toda la rabia que lleva dentro. Dame un minuto, Alexis, enseguida vuelvo.

Mientras Eva y su hijo esperaban junto al cercado, observando las evoluciones de

los caballos, un jinete apareció en la linde del bosque. Los lomos de su montura, apenas un potro, relucían de sudor. El jinete desmontó de un salto, abrió la cerca, volvió a montar y estuvo un rato galopando en círculos. Aunque el potro daba muestras de cansancio, hasta que no se arrodilló, humillando las manos delanteras, el jinete no lo liberó de la silla.

—¿Nos conocemos? —les preguntó jovialmente, acercándose a ellos.

Dándole la razón a Celia, Eva pensó que Francisco era muy guapo. Tenía el pelo revuelto y una voz recia, con acento montañés. Se presentó. Eva le dio recuerdos de Celia. Francisco debía de apreciarla porque habló muy bien de la «doctora».

—¿Celia va a venir estos días?

—Puede que el fin de semana.

Francisco arrancó una brizna de hierba y la mordisqueó. Tenía una sonrisa franca, pero sus ojos no eran tan risueños. Su mirada se revelaba demasiado atenta e intensa para resultar amable. Al alejarse hacia las cuadras, se cruzó con Sara, que regresaba cargada con un par de sillas de montar.

La amazona entró al cercado por el expeditivo método de propinar una patada a la valla y procedió a enjaezar a Luna y a Bucéfalo. Llevándolos de las riendas, se acercó a Alex y le indicó que podía montar. El chico lo hizo con torpeza, pero se sostuvo sobre la silla.

Una vez hubo logrado conservar el equilibrio, Sara empezó a impartirle sus primeras lecciones. Eva no podía oírles, pues se habían alejado de la cerca hacia los prados, pero vio como su hijo asentía y, lo más importante, como sonreía.

Minutos después, Alex pasó delante de ella montando con bastante dignidad.

—¡Regresaremos en un par de horas! —advirtió Sara, tratando de refrenar a Bucéfalo, que caracoleaba como un caballo de rejoneo.

—¿Espero aquí?

—Si se aburre, pídale a mi marido una cerveza y un poco de conversación. Puede confiar en él. Yo lo hice y no me ha ido mal del todo.

—¡Adiós! —gritó Alex, girándose tanto en la silla que a punto estuvo de dar con sus huesos en el suelo.

—¡Disfruta mucho, Alex! ¡Sobre todo, ten precaución!

Luna y Bucéfalo se dirigieron al paso hacia la linde y desaparecieron entre los árboles.

Eva estuvo un rato observando a los caballos, hasta que comenzó a aburrirse. El sol apareció entre las tormentosas nubes, caldeando con un agradable cosquilleo su piel y haciendo que le apeteciese esa cerveza que le había propuesto Sara. No se lo pensó demasiado y se encaminó a las cuadras en busca de Francisco.

El jinete estaba cepillando los cuartos traseros de un caballo cuya planta daba pavor, tan alto y poderoso era. Se había quitado la camisa y lucía un torso musculoso. Eva permaneció discretamente en el umbral.

—Se llama Pietro —dijo Francisco al verla—. Será mejor que no se acerque.

—No pensaba hacerlo. Parece muy fiero.

—Lo es. Me costó meses domarlo y todavía se me desmanda. Tira unos bocados que se te llevarían un brazo.

Como si le estuviera oyendo, Pietro largó una coz que astilló el comedero. Francisco llamó a gritos a otro hombre que estaba trajinando con los piensos. Tenía una pinta extraña. Era muy flaco, con ojos hundidos y las mejillas surcadas por prematuras arrugas.

—Dale una tanda de fustazos, Damián —le ordenó Francisco—. Yo no tengo alma.

Se secó el sudor, se puso la camisa y se dirigió a Eva:

—¿Le apetece tomar algo?

Detrás de ellos, Damián había comenzado a administrar el castigo. Los varazos hicieron encabritarse a Pietro. Sus relinchos hicieron retumbar las delgadas paredes de la cuadra. Eva palideció al verlo corcovear.

—Venía a pedirle una cerveza —dijo.

—Acompáñeme a la casa. La encontrará desordenada, ya disculpará.

—Supongo que no es una vivienda convencional.

—No, no lo es. Y nosotros tampoco tenemos nada de convencionales.

Salieron de los establos y se dirigieron a la destartalada vivienda del picadero. La puerta estaba abierta. Lo que debía de ser el cuarto de estar acumulaba tal cantidad de trastos que más parecía un rastrillo. No era fácil encontrar un lugar donde sentarse. Y no porque faltasen sillas, que abundaban, sino porque los útiles de equitación lo ocupaban todo.

Junto a una televisión apoyada en el suelo, con la antena sujeta por un cable, se veía una desportillada nevera. Francisco alcanzó a Eva una cerveza, cuya chapa abrió de un cantazo contra una repisa.

—¿Quiere vaso?

—No hará falta.

—Mejor. No sé si hubiera encontrado uno. Sara no es demasiado buena para las

cosas del hogar.

—Seguro que tiene otras virtudes. Me ha parecido una mujer muy resuelta.

—Lo es. Para sus cosas, ya le digo. Aquí somos muy básicos. La montaña nos hace así. Parcos, para qué negarlo. De pocas palabras. Menos aún de alabar a los demás. Respecto a las virtudes ajenas, soy de la liga de los escépticos.

Eva sonrió. Ese club no le disgustaba. Su mirada y la de Francisco coincidieron. Estaban muy cerca. Un tanto turbada, ella apartó la suya para bajar la cabeza y beber un trago. La cerveza no estaba demasiado fría. Francisco se abrió un botellín. Otro golpe seco de su palma y la chapa de Estrella Dorada saltó por el aire.

—Dígame, ¿qué la ha traído por aquí?

—Me apetecía conocer el pueblo. Celia nos ha dejado su casa.

—¿A su hijo y a usted?

Eva asintió. Una fugaz imagen de su marido acababa de pasar por su pensamiento, pero no nombró a Nazario.

—¿El niño no debería estar en el colegio? —indagó Francisco.

—Se recupera de una pequeña dolencia —explicó ella, dudando si confiar o no en él. Del jinete emanaba un aura de honestidad y tuvo la certeza de que podía franquearse—. Alex tiene problemas de... comportamiento. Celia, que lo está tratando, me dijo que trabajan ustedes con casos de incomunicación.

—Bueno, sí, aunque nunca preguntamos... Verá, yo no entiendo una palabra de cuestiones médicas. Esos psicólogos se han empeñado en experimentar con lo que ellos llaman «métodos naturales». Nos traen niños, adultos, incluso ancianos con serios problemas de movilidad y un pie en la tumba. Relacionarse con los caballos les sienta bien y algunos mejoran. Pero no seguimos ningún sistema. Sencillamente, les enseñamos a montar y a cuidar a los animales. A limpiar una cuadra, a ahuyentar a los pájaros y ratas de los establos...

—Hablando de pájaros... Ayer por la noche, cuando llegamos a la casa de Celia, nos pareció que habían invadido la buhardilla. Palomas, supongo...

—¿Hay boca de chimenea en la falsa?

—No me fijé.

—Si la hay, yo apostaría por una lechuza. Se meten por el tiro y no pueden salir. Hasta es posible que tenga un par de ellas como inquilinas. Normalmente, anidan en pareja.

—Me da un poco de miedo volver a subir. ¿Usted no podría...?

—Me ocuparé —se comprometió él.

—¡Fantástico! ¿Y cuándo...?

—¿Podría ir a su casa? Hoy mismo, a partir de las nueve de la noche, en cuanto termine con los caballos.

—Es usted muy amable. ¿De qué modo se lo podré agradecer?

Él se limitó a mirarla con una sonrisa. Ella mantuvo su mirada unos segundos, volvió a darle las gracias, le entregó la botella de cerveza vacía y salió de la casa.

Regresó al cercado y se fue alejando para dar un paseo por la linde, pero sin penetrar en la foresta, que le inspiraba un cierto temor, ni perder de vista la granja.

Desde la distancia, su idílico emplazamiento se realzaba con las colinas, cubiertas de bosques. Los cobres y oros de las hojas caducas y el apagado verdor de los prados relajaron su ánimo. El paisaje estaba saturado de calma y de una reposada belleza.

A la vista de tanto esplendor, el recuerdo de la ciudad se difuminaba en la memoria de Eva como algo circunstancial, contingente, imperfecto, mucho menos inspirado y arrebatador que la naturaleza. Se sorprendió a sí misma al comprobar que lo que había venido depositando en el concepto de vida y residencia urbana, su cultura, su gente, las calles, las cafeterías, los parques, incluso su propia galería de arte se alejaban en su memoria como naufragados esquifes en un infinito océano. Ruiz Alarte, el psiquiatra, había sostenido que el pasado retrocedía en la mente humana, y debía de ser cierto porque hasta los rasgos de su marido, del bueno de Nazario, borraban sus contornos en la pizarra de su mente, degradándose como un perfil trazado al carboncillo.

Otra cosa eran sus sentimientos, que permanecían grabados en la piedra de la lealtad.

Al cabo de una hora y media, Alex reapareció a lomos de Luna. Montaba con seguridad, con la espalda erguida.

Sara, que le precedía, picó espuelas a Bucéfalo y se lanzó a un trotecillo que invitó a Luna a seguirla, y a Alex a ponerse en pie sobre los estribos, como si, en lugar de un principiante, fuese un consumado jinete. La sonrisa que al desmontar dedicó Alex a Eva estaba llena de orgullo. Ella siempre había tenido respeto a los caballos, y más ahora, al verlos de cerca, tan bravos, pero los bendijo desde el fondo de su corazón e inconscientemente les confió una parte de su esperanza en la curación de Alex.

Como él, Eva se sentía alegre y optimista. Más aún cuando oyó opinar a Sara:

—Pocas veces he visto a un muchachito con tanta facilidad para montar. Les gustas a los caballos, Alexis, eso está claro. Te sienten próximo y pronto estarán deseando que vengas a montarlos con frecuencia.

—¿De verdad? —dudó él.

—No te lo diría si no lo pensase. Llevo toda la vida en esto. Mi santa madre, que en paz descansa, decía que nací relinchando.

Alex lo celebró con una carcajada. Hacía tiempo que Eva no le oía reír.

«Ha sido una tarde perfecta», pensó cuando regresaban al pueblo.

Hasta la noche, Alex estuvo leyendo los ensayos de Montesquieu que le había regalado su padre. Cuando Eva se puso a preparar la cena, se animó a ejercer de pinche en la cocina.

—¿Te parece que hagamos una tortilla de patatas?

—¡Buena idea! —aplaudió Alex.

—¿Querrías batirme cuatro huevos? Ya sabes lo torpe que soy.

—¿Por qué cuatro? ¿No son suficientes dos?

—Tenemos visita.

—¿De quién?

—De Francisco, el del picadero.

—¿Va a venir a cenar?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

—Como acabamos de conocerle...

—Le pedí ayuda para echar a los pájaros del desván y se ofreció con la mejor voluntad. Llegará sobre las nueve. Como agradecimiento, he pensado invitarle a que comparta nuestra cena. Si tú estás de acuerdo.

—Sí. ¿Crees que se quedará?

—No lo sé. Es un poco raro.

—Sara y él me han caído genial. Como si los conociera de toda la vida.

—Son peculiares, de eso no hay duda.

—A papá le gustarían —opinó Alex—. Sobre todo él.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que ella tiene algo de malo?

—Cuando estábamos montando, nos paramos a saludar a un pastor y me pareció que ligaba con él.

—Habrán sido imaginaciones tuyas.

—Tú no estabas allí.

Francisco se presentó a las nueve y media, cuando ya pensaban que no acudiría y estaban a punto de sentarse a la mesa.

—Siento el retraso —se disculpó—. Tenemos un potrillo enfermo y me ha costado darle el antibiótico.

—¿Cómo lo toma? —preguntó Alex.

—Con un biberón.

—¿Como un niño de teta?

—Hay potrillos peores que un bebé.

—¿Sara y tú tenéis hijos?

Francisco negó un tanto ásperamente, como si no le apeteciese hablar de esa cuestión.

—¿Subo al altillo?

Eva lo llevó a la planta de arriba y lo dejó frente a la escalera de mano.

—¿Necesitará ayuda?

—Si hay alimañas, habrán ensuciado. Déjeme una fregona.

—A Alex y a mí nos gustaría que se quedara a cenar.

—No quisiera molestarles.

—No será molestia.

—Primero termino el trabajo y luego hablamos.

Eva regresó a la cocina. A partir del momento en que Francisco se encerró con lo que en la falsa hubiera, fue tal la algarabía que Eva llegó a temer que la buhardilla, cuyo irregular suelo no daba seguridad, se viniese abajo. Desde la cocina se oían golpes y unos graznidos que ponían los pelos de punta. Por fin, sobrevino un silencio. La puerta de la falsa chirrió y los pasos del jinete resonaron en los peldaños.

—¿Ya está? —preguntó Eva.

Se había anudado a la cintura un mandil, algo que en Gijón nunca habría hecho, y vigilaba unas rodajas de berenjena dorándose en la sartén.

Francisco tenía polvo en el pelo.

—Yo llevaba razón: lechuzas. Dos. Una, grande como un búho real.

—¿Por dónde habrán entrado?

—Por el tragaluz. Para sacarlas, he tenido que acabar de romper el vidrio. Tendrá que llamar para que lo reparen.

—Lo haré, no se preocupe. Muchas gracias, Francisco. Siéntese, por favor. Le he puesto un cubierto.

Él vaciló mirando el reloj.

—No sé.

—El aseo está junto a la cocina. Puede lavarse.

Francisco entró al lavabo, se enjuagó la cara, se peinó con los dedos y se sentó en la cadiera junto a Alex, quien le dedicó un gesto de simpatía.

—Me alegro mucho de que te quedes. Así podremos hablar de caballos.

Durante buena parte de la cena, lo hicieron. Poco a poco, Francisco comenzó a sentirse más a gusto. Devoraba, como si no hubiera comido en todo el día, cuanto Eva le iba sirviendo, tortilla, espárragos, jamón pasado por la sartén y hasta tres cumplidos vasos de vino. El tinto le aflojó la lengua y estuvo contando anécdotas. Había sido marinero y militar, entre otras ocupaciones.

—¿Soldado? —se interesó Alex.

—Miembro de una unidad especial de intervención —desveló Francisco, rebañando el plato—. ¿Te suena la isla de Perejil?

—De nada —admitió el chico.

—Tampoco a mí me sonaba hasta que estalló el conflicto con Marruecos —reconoció Eva.

—Fui uno de los que la reconquistaron —reveló Francisco—. Aunque no encontramos resistencia, la verdad.

Alex le preguntó por el armamento que utilizaban los comandos y el invitado estuvo ilustrándole con una prolija descripción de armas de fuego, cortas y largas, subfusiles y ametralladoras, sus municiones y calibres. Animado por el interés de Alex, Francisco describió los diferentes tipos de machetes y cuchillos para la lucha cuerpo a cuerpo y se refirió a las últimas aplicaciones cibernéticas en materia de información militar, transmisiones por satélite y espionaje de comunicaciones, desde simples llamadas de móvil hasta encriptación de mensajes.

Aunque la conversación no le interesaba demasiado, Eva escuchaba con agrado, complacida por el efecto que tenía en Alex.

Al terminar el postre, un modesto plato de chocolate y pastas, Francisco hizo ademán de marcharse, pero su anfitriona le rogó que se quedara un poco más.

Alexis bostezó, inducido al descanso por los relajantes que seguía tomando, y se fue a la cama.

Eva preparó una cafetera y, cuando Francisco tuvo delante de sí una humeante taza, le dijo, experimentando ella misma una cálida corriente de bienestar:

—Hacía tiempo que no veía a Alex tan feliz.

—Me ha parecido un gran chico.

—Tras la experiencia de hoy, tan positiva, ¿cree que debería seguir montando? ¿Hacerlo a diario?

—Ningún problema, señora.

—Puede llamarme Eva.

—Gracias, Eva. Sara y yo nos turnaremos para enseñarle algunos trucos.

—¿Cuándo quieren que les pague?

—Haremos cuentas al final, no tenga prisa. Soy de los que creen que el dinero no hace la felicidad.

—¿Y qué la hace? ¿Los caballos?

—La salud —aseveró él con su permanente sonrisa, aunque su mirada, vigilante, escrutadora, estuviera lejos de ser risueña—. Y el hecho de no preguntarse demasiado por la razón de las cosas.

—Puede que tenga razón. Aunque mi marido no se la daría, desde luego. No coincidiría con usted.

—¿A qué se dedica?

—Es escritor. Siempre está preguntándose el porqué de todo, como Alex.

—Un trabajo bastante raro, ¿no?

—Rebuscado, nada más.

—Seguramente porque buscan respuestas a preguntas mal formuladas.

—No lo sé. Puede...

—Eso es todo —dijo Francisco, con una indiferencia cercana al desdén—. Les pasa lo mismo a los psiquiatras y a los psicólogos, como Celia. ¿Qué pretenden encontrar en la cabeza humana?

—¿Quizás algo diferente a lo que hay en las de los caballos?

Francisco se echó a reír.

—¡Eso ha estado bien! Mejor nos iría no habiendo evolucionado. Pero fíjese adonde hemos llegado... Al final, hemos terminado hablando de filosofía. Supongo que con su marido charlas como esta andarán a la orden del día.

—No crea. Ya sabe lo que dice el refrán: en casa del herrero... ¡Qué tonta! No le he puesto cucharita para el café. ¿Quiere azúcar?

—Lo tomo solo. Está estupendo.

—¿Otra tacita?

—Va siendo hora de irse.

—¡Qué pena! Lo he pasado muy bien.

—También yo. Buenas noches, Eva.

—Buenas noches.

Ella le acompañó a la puerta. La lluvia volvía a caer. Francisco cruzó el jardín, pero de repente dio media vuelta, subió los tres gastados escalones del porche, se plantó delante de Eva y le dio un beso en los labios. Ella lo recibió tan atónita que no acertó a reaccionar. Él volvió a besarla, pero esta vez ella le separó. No podía hablar. Tenía la sensación de estar ahogándose.

Con la cara ardiendo, vio como Francisco subía a una camioneta, una ranchera con la parte de atrás cubierta con un toldo, y encendía los faros.

El jinete metió una marcha y la saludó con la mano. El pesado vehículo se alejó ruidosamente entre la lluvia, bamboleándose por las calles empedradas de Saval.

Eva entró en la casa. Oyó ruidos. Alex estaba en la cocina. Se había puesto un vaso de leche y la miraba de una manera extraña.

Sin hablarle, el chico subió al dormitorio. Pero, a partir de esa noche, durmió en el otro.

Eva se despertó temprano. Solo eran las seis.

Se asomó al cuarto de Alex. Su hijo dormía plácidamente.

Fue a la cocina y preparó café. Sobre la mesa quedaban restos de la cena. Los fue recogiendo mientras silbaba la cafetera. Salió al porche con un chal sobre el pijama y una taza en las manos. Había dejado de llover. Tampoco hacía demasiado frío, aunque sí una ligera bruma.

Mientras fumaba un cigarrillo, Eva planificó la jornada. Cuando Alex se despertara y hubiese desayunado, recorrerían en coche los alrededores.

A Alex le pareció buena idea. Estaba de excelente humor. Había dormido como un auténtico lirón, sin pesadillas, y desayunó con inusual apetito. Tomó una ducha y se vistió con prontitud.

Eva dedujo que la noche anterior no había visto la embarazosa escena entre Francisco y ella.

Todavía no eran las nueve de la mañana cuando recibieron una llamada de Nazario. Esa noche tomaría el avión a D.F., pero iba a aprovechar la jornada para seguir haciendo gestiones en Madrid. Eva estuvo cortada con él y se despidió con menos efusión de la habitual.

A las diez, Alex y Eva estaban en la carretera, a bordo del Range, subiendo hacia el corazón de los Picos de Europa.

A medida que ganaban altura, la niebla se iba desvaneciendo y una luz como recién nacida perfilaba con claridad las vertiginosas peñas. Las masas boscosas retrocedían a medida que se aproximaban a las nieves que aquel año, tras un otoño cálido, habían cuajado únicamente en las cumbres, dejando ver más abajo lajas de color acero erosionadas por el viento y el hielo, paredones y algún glaciar.

La carreterita no dejaba de ascender. En las laderas se veían torrentes, sus plateadas culebras deslizándose hacia las vaguadas, cayendo los manantiales en cascadas que dejaban retumbar el eco de sus cañonazos de agua contra las peñas como campanadas que advertían de lo que podía ocurrirle a un conductor si se despistaba por un precipicio.

La geografía era vertical, pero, al remontar los puertos, valles alpinos con lagos de aguas gélidas abrían sus orillas a praderas de altas hierbas, pastos limpios, fragantes, donde pequeñas manadas de caballos salvajes pacían en edénica libertad.

A la bajada, Eva y Alex se detuvieron a comer en un pueblecito encantador, con las canaletas de los tejados cuajadas de chupones de hielo, al calor de un mesón con una chimenea que más parecía una fragua. Pidieron fabada. Eva se sorprendió al comprobar que Alex alababa el plato y repetía.

Regresaron a Saval porque Eva necesitaba una siesta. Se quedó dormida hasta las

seis de la tarde, mientras Alex jugaba con su ordenador. Ya no salieron.

A la hora de acostarse, Nazario llamó desde el aeropuerto de Barajas. Estaba a punto de coger su avión para México. Había planificado cuidadosamente su agenda mexicana. En cuanto llegase a Guadalajara, la capital de Jalisco, y gracias a las gestiones de su buen amigo y colega Máximo Croatto, iba a tener varios encuentros con editores latinos.

Les echaba mucho de menos y les enviaba todo su cariño.

El tiempo se detuvo en Saval.

Los días siguientes hizo bueno. Por las mañanas, Alex y Eva se dedicaron a recorrer relajadamente la comarca. Estuvieron en Tavares de la Selva, comiendo en el puerto, y en un pueblecito increíble, Hormigo de Altunes, el más alto de la cordillera, colgado cerca del cielo.

Eva habló varias veces más con Nazario. Estaba alojado en un hotel de Guadalajara, la capital de Jalisco, y se pasaba el día en la Feria del Libro, participando en actos, debates, hablando con unos y con otros, haciendo valiosas gestiones de cara a su futuro profesional.

Una de esas tardes, que salió lluviosa, Alex y Eva dejaron de ir al picadero para recorrer con más detenimiento las calles de Saval.

El pueblo era más grande de lo que parecía. Tenía más de un centenar de casas de piedra, muchas de ellas con establos adosados para vacas de leche.

La plaza era demasiado pequeña para llamarse mayor. Había tres tiendas, y un café junto al ayuntamiento. La iglesia románica del siglo XII, a la salida del pueblo, bien conservada y abierta al culto, era el mayor tesoro del municipio.

Alex y Eva visitaron la ermita. Se elevaba sobre una colina desde la que se dominaba el pueblo. Su única torre se alzaba en espadaña, con las pesadas campanas de hierro fundido listas para repicar. El musgo cubría los basamentos de las columnas del claustro.

Entraron al templo. No había nadie. Sus pasos resonaron sobre las desgastadas losas de piedra. En el altar, la Virgen policromada que sostenía al Niño tenía un aire de diosa mediterránea, y el Cristo herido y clavado a la cruz una bizantina sonrisa. A Eva le hubiera gustado rezarle un padrenuestro, pero no recordó la primera estrofa y se limitó a humedecer las puntas de los dedos en una pila de agua bendita tallada en un bloque de granito y a santiguarse furtivamente mientras, a su manera, ofrendaba una oración con el corazón.

«Haz que Alex se cure, por favor, buen Dios. Cúralo y pídemme cualquier cosa a cambio».

Al salir de la iglesia, vieron a Ezequiel.

El antiguo sacerdote estaba sentado en el claustro a la manera de un campesino, con las palmas de las manos posadas sobre las rodillas. Su apremiante mirada hizo sospechar a Eva que les estaba esperando. A la luz del atardecer, esta vez sin el gorro de lluvia, su cabello se revelaba ralo y su piel ajada, con los ojos rasgados por una expresión de astucia.

Alexis y Eva se detuvieron bajo las arquivoltas decoradas con altorrelieves de apóstoles que, a su vez, les contemplaban con severidad desde sus efigies de arenisca.

Ezequiel se levantó aplicándose un par de vigorosas palmadas en las pantorrillas.

—¿Qué? ¿Cómo han ido sus primeros días en Saval?

—Teníamos lechuzas en la buhardilla —comentó Alex.

—Pero hemos dormido muy bien. Gracias a Francisco —se apresuró a añadir Eva.

—¿Y quién es Francisco?

—El dueño del picadero.

—Nos ayudó a expulsar las lechuzas —aclaró Alex.

—Quiero darle a usted las gracias de nuevo, Ezequiel —agregó Eva—. Su ayuda nos salvó la noche de nuestra llegada. No quiero pensar lo que nos hubiera podido ocurrir de no habernos socorrido usted en aquel bosque tan extraño...

—¿Extraño? ¿Por qué? ¿Nunca habían visto secuoyas?

—No.

—¿Y qué les parecieron?

—En la oscuridad no se apreciaban bien, pero deben ser realmente majestuosas.

—Lo son. Y muy ancianas. ¿Saben cuántos años tienen?

—¿Cincuenta? —apuntó Alex.

—Puedes añadir otro cero, hijo.

—¿Quinientos años? —se asombró Eva—. ¿Las secuoyas tienen cinco siglos?

—Esa es su edad —aseguró Ezequiel con orgullo—. Trajo las semillas de América un antepasado mío, Jacinto del Piélagos. Un monje franciscano, botánico y astrónomo, que acompañó a Ponce de León en su expedición a la Florida en busca de la fuente de la eterna juventud. De regreso a la metrópoli, tras mostrar en la corte, ante el emperador Carlos, a los prisioneros caribes y las nuevas especies de vegetales y animales exóticos, plantó las secuoyas aquí, en el valle de Saval, en una finca nuestra, pensando que el clima bonancible, la humedad del océano, la riqueza de la tierra arcillosa y la abundancia de aguas subterráneas para nutrir sus raíces facilitarían su adaptación, como así fue. Dado su interés científico, obtuvo del monarca una cédula prohibiendo su tala y cuidó del bosque hasta su muerte. Desde entonces, generación tras generación, las secuoyas han tutelado nuestro escudo de armas, donde figuran junto a la espada y la cruz, nuestros tradicionales iconos. Son árboles espirituales.

—¿Como los cipreses? —apuntó Alex.

Ezequiel asintió con aprobación, casi con embeleso.

—También los cipreses son sagrados, tienes razón. Eres un chico listo, ya me lo pareciste ayer. ¿Cómo te llamas?

—Alex.

—Me refería a tu nombre de bautismo.

—Alexis Goyena Velogurov.

—¿Por qué ese segundo apellido? ¿Tu madre es extranjera? Nadie lo diría —consideró Ezequiel, escrutando a Eva.

—No soy su madre natural —repuso esta con sequedad.

—No es necesario que me aclare nada, señora. Perdóneme por inmiscuirme en sus asuntos, que no son de mi incumbencia. Dime, Alexis, ¿por qué crees que los cipreses son árboles sagrados?

—Porque crecen en los cementerios.

—¡Muy bien, muchacho, eso está de sobresaliente! ¿Y entre quiénes crecen, dime?

Alex solo lo pensó un par de segundos.

—¿Entre los espíritus?

—¡Sí! —volvió a aplaudir Ezequiel, con un entusiasmo que a Eva le pareció teatral—. ¡Esa respuesta es mucho mejor que «entre los muertos»! —Ezequiel había dicho esto último señalando la cúpula de la iglesia. Sobre el ábside asomaban las copas de algunos cipreses. Perteneían al cementerio, que quedaba un poco más allá, en la ladera de la colina. Ezequiel se los quedó mirando melancólicamente y añadió —: Con una diferencia, Alexis. El ciprés, como la fe a la que simboliza, apunta al cielo, señalándolo como última respuesta a las incógnitas de la resurrección y de la vida eterna. Por el contrario, las secuoyas, parábolas de la razón, ofrecen sus ramas para depositar en ellas nuestros pensamientos y esperanzas a lo largo del camino de la vida. ¿Lo entiendes?

Alex dijo que sí. Eva hubiera dicho que no.

—¿Los árboles pueden pensar? —preguntó el muchacho asombrado.

—Los árboles, no; las secuoyas —matizó Ezequiel con una mirada carbónica. Y agregó—: Eso es lo que creía Jacinto del Piélagos, a quien Dios tenga en su gloria. Lo mismo pienso yo, pese a haber sido abandonado por Dios. Y también es lo que pensaba Hugo Curtius, el Poeta Loco, de quien el mismísimo Señor tuvo temor. ¡Y bien que hizo al tenérselo, porque Curtius le desafió, plantó cara al mismo Dios!

La curiosidad de Alex iba en aumento.

—¿Hugo Curtius, el Poeta Loco? ¿Quién es? ¿Y por qué está loco?

—Estaba, pues ha muerto. Aunque algunos aseguran que su espíritu resucitado se aparece entre las secuoyas las noches de tormenta... Un artista, eso es lo que era. Un autor maldito, muy poco conocido.

—Suele pasar —dijo Eva, pensando en Nazario—. ¿Cuál ha dicho que era su nombre?

—Hugo Curtius.

—Creo habérselo oído a mi marido, que también es escritor.

—¿Ah sí? ¿Está vivo?

—Supongo —sonrió forzosamente Eva—. Nazario Goyena.

—No me suena de nada, lo siento.

—No es popular.

—Puede que con el tiempo llegue a serlo —la consoló Ezequiel.

Alex tenía una petición que hacerle.

—Me gustaría saber algo más sobre el Poeta Loco. Seguro que a papá le interesará saber qué ha sido de él.

Ezequiel trasladó a Eva una mirada ávida.

—Acepten una invitación a mi casa para tomar un chocolate caliente y les contaré la historia de Curtius.

Su hijo la animó.

—¡Di que sí, Eva!

Ella no estaba predispuesta a aceptar, pero en aquel instante vio algo que le heló la sangre.

Había alguien más, semioculto entre las columnas del claustro.

Era José.

Estaba quieto, a solo unos pasos de ellos, junto a uno de los capiteles que representaban escenas de la Biblia. Llevaba una gorra con orejeras, un chaquetón de piel vuelta y botas de cazador. Sonreía. Al darse cuenta de que Eva le había visto, alzó una mano para saludarla, pero ella no le correspondió.

No hubiera podido hacerlo. No era dueña de sí. Tenía que alejarse, huir de allí. Se dejó llevar por ese impulso y con vacilantes pasos se fue alejando por la senda en dirección al pueblo.

—¡Espera! —la llamó Alex.

—¿Adónde va? ¿Se encuentra bien? —le gritó Ezequiel, echando a correr tras ella y alcanzándola en las primeras casas—. ¡Se ha puesto tan pálida como si hubiera visto al diablo!

—A lo mejor era él —murmuró ella.

—¡Tienes muy mala cara! —se asustó Alex.

—Le vendría bien sentarse y beber algo —insistió Ezequiel—. Mi casa está aquí cerca.

—¡Va a desmayarse! —advirtió Alex.

Tenía razón. Si Ezequiel no la hubiera sostenido, Eva se habría caído redonda.

La casa del excusa era como una especie de prolongación de su dueño.

Situada cerca del cementerio y de la iglesia, estéticamente armonizaba con ellos. Pero no estaba bien cuidada. A simple vista se echaba en falta la mano de un jardinero. El césped estaba en mal estado y los arriates de flores, hortensias y geranios a duras penas prosperaban entre marañas de plantas trepadoras.

—¿Es muy antigua? —quiso saber Alex.

—Tiene trescientos años —explicó Ezequiel, empujando la cancela. Y bromeó téticamente—: Unos cuantos más que yo y algunos menos que mis secuoyas.

Eva se giró aprensiva hacia el camino, pero no vio a José. ¿Se habría escondido? ¿O había sido una alucinación? No, no era un espejismo. José estaba cerca. No cabía ninguna duda. Y se iba a quedar acechándola, a la espera del momento oportuno para encontrársela a solas en las solitarias callejas de aquel pueblo perdido, donde ella no conocía a nadie, donde no iba a encontrar fácilmente protección, para dejarle caer todo su odio.

—¿Sigue sin encontrarse mejor? —volvió a interesarse Ezequiel.

—Estoy un poco mareada.

—Razón de más para reposar un ratito. Adelante, entremos.

Eva estuvo a punto de pedir a Alex que se quedara fuera vigilando el jardín, pero el chico no habría podido reconocer a su acosador por la sencilla razón de que nunca había visto a José Castaño. Eva no le había hablado de él. Alex sabía que había estado casada con anterioridad, por supuesto. Nazario se lo había contado, pero Eva había decidido que el chico no tenía por qué conocer en detalle los pasajes turbios de su pasado. Y José Castaño encarnaba el más tenebroso de todos.

—Mi hogar —anunció Ezequiel, encendiendo las luces.

Desmadejada, con las rodillas flojas y la mente embotada, Eva dejó errar una lánguida mirada por aquel lóbrego y señorial ámbito doméstico.

El salón, de techos muy altos reforzados con vigas, tenía forma rectangular. Apenas había muebles sobre el desnudo suelo de loza. La austeridad de la estancia hacía pensar en la nave de una iglesia. Un macizo escritorio haría las veces de altar, pudiendo representar un profano retablo la estantería que se alzaba detrás con una talla de San Juan Bautista en su calle central.

De las paredes colgaban retratos de antepasados de Ezequiel, pintados con académico realismo. De que pertenecían a su estirpe, no era lícito dudar. El parecido era tal que más de uno se habría preguntado si el actual inquilino no sería una fiel reencarnación de sus mayores. Todos aquellos encopetados Del Piélagos posaban como decimonónicos varones, de cuerpo entero, con espadas y galones, bastones y chisteras, monóculos y levitas, salvo una dama, inmortalizada con un peinado

ondulado a base de laca y un vestido estampado como los que estuvieron de moda en los años cincuenta del siglo xx.

Eva preguntó quién era.

—Mi madre, la baronesa de Cudillón —repuso Ezequiel, con cariño—. El caballero que está a su vera, José Antonio del Piélago, conde de Lancillos, era mi progenitor. Ambos nos han dejado un rico legado cultural. Económicamente, sin embargo, el patrimonio hace aguas.

—¿Usted ha heredado los títulos?

—Sí, pero no alardeo de ellos ni los pongo en valor. No sirven para nada, realmente, salvo para saludar una vez al año a su majestad el rey. Tome asiento, señora, por favor. No acaba de tener buen aspecto. Le traeré un vaso de agua.

Ezequiel desapareció tras unos cortinones púrpuras para reaparecer al poco sosteniendo una bandeja con una jarra de agua y una taza de chocolate, más un vasito con un licor ambarino.

Alex pasó a tutearle con familiaridad.

—¿Cuándo nos vas a contar la historia del Poeta Loco?

—En cuanto hayas probado el chocolate.

El chico lo hizo y alabó su sabor. Ezequiel mojó apenas sus labios en el aguardiente. Carraspeó, como buscando el tono adecuado, y empezó a narrar con voz de barítono:

—Los últimos años de la vida de Hugo Curtius, desde que apareció por Saval, transcurrieron en mi bosque de secuoyas. Curtius habitaba en una vieja cabaña forestal que se caía de pura ruina. Como una alimaña, he de decir. Físicamente, aunque bajito de talla, era lo bastante fuerte como para resistir la dura existencia a la intemperie y los fríos y largos inviernos de Saval. Gastaba barbas. Bajo su sombrero de cuero, el hirsuto cabello le caía en guedejas. ¡Tipo solitario donde los hubiese! Vivía apartado del mundo, lejos de todo. Muy de vez en cuando bajaba al pueblo para reponer herramientas en la ferretería de Olguín y víveres en el ultramarinos de Urraca. Apenas hablaba con nadie. Solo las palabras justas. Buenos días, necesito esto, cuánto es. Nunca se detuvo en la plaza, en el bar, ni entró a la iglesia. Yo ni siquiera había oído su voz. El médico, tras atenderle de una gripe que casi se lo llevó al otro barrio, me dijo que se expresaba como un literato, cosa que en efecto era. Un hombre espiritual, solo que caminando por la senda equivocada.

Ezequiel clavó en Eva una mirada perspicaz.

—Usted ya sabía que yo fui sacerdote, ¿verdad?

—Me lo dijo mi amiga Celia.

—¿Qué más le ha contado?

—Que estuvo casado y que su esposa murió. Supongo que no será ningún secreto.

—No, claro que no. En el pueblo todos lo saben. Enviudé hace seis años. He conocido el amor humano y el amor divino. —El excusa trasladó su mirada a Alex con una indefinible expresión—. Pero no he sido padre.

—De alguna manera, lo sería usted en su comunidad religiosa —matizó Eva—. Padre espiritual.

—De alguna manera —coincidió Ezequiel, pero con un tono revelador de la misma escéptica distancia con que seguramente ahora debía contemplar la fe a la que había consagrado una parte de su vida—. Tampoco Curtius tenía hijos. Si los tuvo, nunca llegué a conocerles. No asistieron a su funeral. Ni ellos ni nadie. El médico y yo lo enterramos en una tumba sin cruz, una mañana de enero en la que el cielo se vació de agua, de tanto como llovió.

—¿Cómo murió el Poeta Loco? —preguntó Alex.

—Se ahorcó —repuso dramáticamente Ezequiel—. Se las arregló para subir a una de mis secuoyas y se dejó caer. Eligió una entre los ejemplares más grandes, cerca del lugar donde se les paró el coche a ustedes. Trepó a una gruesa rama, anudó una soga y se lanzó al vacío. Baldomero, un cazador del pueblo, fue quien lo descubrió. Ya era tarde. El cuerpo de Curtius se balanceaba al viento como el de un espantapájaros.

Ezequiel se levantó a la biblioteca, de la que regresó con un volumen encuadernado en tapas negras.

—Este fue el último libro que Curtius escribió. No está firmado. Se titula, simplemente, *Poemas*. Son herméticos —consideró, hojeando el librito, que tenía un aire de misal—. Los versos de un iluminado. O, según los psiquiatras que lo trataron, de un alienado. Pero un loco muy lúcido, me atrevería a decir. Curtius pasó muchos años en manicomios de media España. Cuando finalmente los médicos lo dejaron tranquilo, recaló en Saval y ocupó el refugio abandonado de monte Luey, más allá del aserradero. Para ir a verle, había que tener un buen mapa y mejor disposición, porque no le gustaban las visitas. De vez en cuando, no obstante, recibía a amigos, gente como él. Vagabundos. Escoria. ¡Y no digamos ellas, las damas...! Yonquis desdentadas, viciosas y horrendas como las brujas de Goya, y tan aficionadas como ellas a tentar al diablo. Yo mismo los vi celebrando un aquelarre. En medio de una tormenta corrían desnudos, aullando entre los árboles como diablos huidos del infierno. Latía en sus rostros una feroz alegría. ¡Malditos! Mientras llevé alzacuellos no se acercaron a mí, pero en cuanto colgué los hábitos... Fue como si Lucifer les hubiese advertido de las tribulaciones de mi alma y ungido a Curtius para procurar mi perdición... Una misión que, sin duda, sería de su agrado, pues era él quien encendía fuegos nocturnos para declamar ante su diabólica corte, burlarse de Dios y emborracharse como un fauno. ¿Y cuál era el templo donde su secta daba rienda suelta a sus profanaciones? ¡Mi bosque, mi venerable y sagrado bosque de secuoyas! Ahí me teníais, al amanecer, apagando los rescoldos de unas hogueras que al menor soplo de aire habrían arrasado con el fuego de la condenación mis centenarios árboles. En las brasas de esos fuegos quedaban huesos, trozos de carne y piel, y no era raro que cerca de allí me tropezase con algún cómplice de las orgías de Curtius. En coma etílico, drogados hasta las cachas... Con un brazo o una pierna rotos, medio muertos de congelación, ¡qué sé yo...! Y, sin embargo, su salvaje libertad ejercía un

malsano atractivo sobre mí. ¿Podéis creer que aprendí a perdonarles y que acabarían convirtiéndose en hermanos míos? El diablo había metido el rabo y todo cambió. Mi bosque ya no era el paraíso, sino la sombría antesala del infierno. Curtius se mostraba amable. Sabía que me había alejado de la orilla del bien y le dio por hacerse el encontradizo conmigo. Un día me habló. Su voz era como el susurro de las hojas cayendo en otoño, y me invitó a franquear una puerta prohibida. ¿Sospechan qué puerta era esa?

—¿La del mal? —adivinó Alex.

—¡Caramba, muchachito! Sabes mucho para tu edad. Y... sí, tienes razón. ¡Satán me estaba tentando a través de uno de sus ángeles! En lugar de alejarme, me abracé desesperadamente a sus negras alas. ¿Por qué? Tal vez porque llevaba tanto tiempo luchando contra el mal que el simple hecho de dejar de hacerlo y aceptar su proximidad, su contaminación, me relajó. Descansé. Respiré. Atrás quedó mi amor a Dios, tan poco correspondido por su parte, y la ingenua noción que yo tenía de mis semejantes como emanaciones menores de ese ser pluscuamperfecto a quien ninguno de nosotros llegaría a conocer... Así fue como Curtius y yo emprendimos nuestra insana amistad. Me recitaba poemas. No necesitaba escribirlos. Los guardaba, solía decir él, en una memoria como la de las secuoyas. Exacta. Sempiterna. Sus cantos eran himnos, sus palabras acechaban las fuerzas, despertando en mí los peores instintos. Bebíamos. Oía voces, aprendí a hablar con los seres inferiores. Me revolqué en el lodo con las brujas goyescas y Curtius me felicitó por hozar en un caos donde volvía a ser persona... Brindábamos, nos embriagábamos... Pero ¿qué le pasa, señora? ¡Se ha puesto muy pálida!

Eva tenía motivo para palidecer.

Acababa de ver el rostro de José en la ventana.

Fue apenas un instante, pero bastó para persuadirla de que la imagen de su exmarido y la amenaza que comportaba eran reales.

Su mente no le estaba jugando una mala pasada. José Castaño se había enterado de que Alex y ella se habían refugiado en Saval y había ido tras ellos. ¿Cómo lo había sabido? Eso era algo que debía averiguar.

Necesitaba ayuda. No podía pedírsela a Ezequiel. Eva barajó la idea de llamar a Nazario, pero no terminaba de decidirse. Se vería obligada a darle demasiadas explicaciones, precipitando seguramente su regreso... y no estaba demasiado segura de que en ese momento fuera lo que más deseara. ¿Tenía Francisco la culpa? Eva se había repetido hasta la extenuación que estaba loca, pero no tanto como para meterse en una estúpida aventura con un tipo al que no conocía de nada... Por otro lado, si se sinceraba con Nazario, lo primero que él le iba a preguntar era por qué no le había dicho que José la estaba molestando. ¿Acaso no confiaba en él?

Decidió recurrir a Celia. En cuanto hubieron salido de la lúgubre mansión Del Piélagos y vuelto a casa de la psicóloga, distante unas cuantas calles de la de Ezequiel, se dispuso a telefonarla.

Un minuto antes de hacerlo, al entrar en su casona, Eva tuvo que apoyarse porque le faltaba el aire. Lo que más miedo le daba no era que José se le hubiera aparecido como un espectro, sino la circunstancia de que no se hubiera dirigido a ella. Su ex no le había hablado. Ni siquiera se le había acercado. ¿Por qué? ¿Solo quería amedrentarla? Algo en la expresión de su exmarido, en el brillo de sus ojos, le había hecho pensar que estaba pasado de tragos. Borracho, drogado o ambas cosas. Factor que le hacía más imprevisible. Más peligroso.

Eva tenía grabado el número de la consulta y de Celia. Lo marcó. La enfermera le dijo que la doctora Arias había tenido que salir de viaje.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Cuándo volverá?

—Tampoco lo sé. Si tan urgente es, puedo dejarle recado en el móvil.

—No se preocupe, la llamaré yo.

Lo hizo, pero Celia tenía puesto el contestador. Al cabo de unos minutos, la psicóloga le devolvió la llamada.

—¿Celia, eres tú?

—¿Eva?

—Sí. Escúchame... No te lo vas a creer... ¡José está aquí, en Saval!

—¿De qué me estás hablando?

Eva se dio cuenta de que Alex se había quedado en el salón. La estaba

escuchando, pero no tuvo fuerzas para pedirle que la dejara sola.

—¡José está en Saval, Celia! ¿Cómo te lo explicas? ¡Tengo miedo de que pueda atacarme! ¿Qué puedo hacer?

La comunicación se cortó. Celia volvió a llamarla al minuto. Le explicó que estaba en Lisboa, por un congreso profesional. La señal se volvió a cortar. En el rato en que duró la espera, Eva sufrió un ataque de ansiedad. Bajó y subió por toda la casa cerrando las contraventanas y encendiendo las luces de las habitaciones. Se metió en la buhardilla para comprobar que no había nadie y se las arregló para atrancar la puerta por fuera, en previsión de que alguien pudiera colarse por el tragaluz. Se arrodilló frente al hogar, apoyó las manos en la bandeja de hierro, manchándose las de hollín, e introdujo medio cuerpo por el hueco de la chimenea, como sospechando que pudiese convertirse en otra vía de entrada. Apiló leña, fabricó una mecha con periódicos viejos y encendió un fuego.

—Cálmate, por favor —le rogó Alex; también él parecía nervioso—. Y explícame quién era ese hombre, el que vimos en la iglesia. ¿Tu exmarido?

Eva asintió, demudada.

—¿Cómo lo sabes?

—Papá me ha hablado en alguna ocasión de él. De cómo te maltrataba. Pero él no sabe que lo sigue haciendo. Esta noche, en cuanto nos llame, se lo pienso decir.

—¡Te librarás...! No quiero ni que se lo nombres... ¡Te lo prohíbo, Alex! Bastante tiene Nazario con sus cosas... Yo debería haber zanjado este asunto hace tiempo, pero se me ha complicado y se me está yendo de las manos. No quiero que tu padre sufra por mi culpa... Ah, esta debe ser Celia.

La voz de la psicóloga resonó en su móvil.

—¿Eva? Ya podemos hablar, a ver si ahora no se corta... Me he quedado de piedra. ¿Cómo ha podido enterarse José de que estáis allí?

—Debió oírmelo mencionar.

—Eso es imposible. ¿Cuándo?

—Pudo ser conduciendo hacia aquí. Cogí una llamada suya en el coche y estaba hablando con él cuando un ciervo se atravesó en la carretera y le dimos un golpe fortuito. Sin querer, debí de dejarme la línea abierta. Supongo que José me oiría pronunciar el nombre de Saval mientras hablaba con Alex y sacaría conclusiones. Tengo miedo, Cé... Tú no lo sabías, porque no me he atrevido a decírtelo, ni a ti a nadie, pero José me viene acosando desde hace meses.

—¡Desde luego que no lo sabía! Has hecho muy mal en ocultármelo, Eva. ¡Tendrías que haberle denunciado hace tiempo!

—He estado muchas veces a punto de hacerlo, pero...

—¿Pero qué?

—Suponía que se cansaría, que me dejaría en paz, pero ahora...

—¿Ahora?

—Tengo miedo —susurró Eva.

—Voy a volver —decidió Celia con resolución—. Cogeré un avión. No tengo más remedio que ir por Madrid. Llegaré a Saval mañana o pasado, en cuanto pueda.

—¿Y qué hago mientras?

El tono de Eva sonaba tan agónico que Celia sugirió:

—Tomar precauciones.

—¿Cuáles? ¿Tienes una escopeta a mano? He cerrado ventanas y puertas, como si estuviésemos bajo un asedio. ¿Qué más debo hacer, Cé? ¡Contéstame! ¡Tú eres la psicóloga, tú tienes respuesta para todo! ¿Me quedo encerrada hasta que aparezcas? ¡No creas que soy como mis avestruces —explotó—, esta vez no pienso esconder la cabeza! ¡Voy a ir a por ese hijo de perra!

—¡Ni se te ocurra, Eva!

—¡Te digo que voy a ir a por él!

—Cálmate, por favor. Escucha, ya sé lo que vamos a hacer. Llamaré a la Guardia Civil. Hay un cuartel en Tavares de la Selva, en la costa, a treinta kilómetros de Saval. Les pediré que se den una vuelta por el pueblo. ¿Te parece bien?

Eva le repuso que hiciera lo que considerase oportuno. La comunicación se volvió a cortar. Fuera de sí, Eva siguió accionando histéricamente los mandos de su móvil, intentando recuperarla, cuando le entró una llamada. Supuso que era Celia y contestó mecánicamente.

Pero, en vez de la voz de la psicóloga, oyó el tono ronco y la agitada respiración de José.

—¡Hola, ranita! Soy don Sapo, ¡croá, croá!

Eva trago una bocanada de aire. Los pulmones le ardían.

—Serás cabrón...

—¡Eh, eh! ¡Sin faltar!

—¿Qué estás haciendo en Saval?

—Un poco de turismo. Es un pueblo precioso, la verdad. Ya lo conocía, no creas, pero hacía mucho tiempo que no volvía por aquí. Me ha dicho un pajarito que te alojas en una de las casas más bonitas de la localidad. Por lo poco que he atisbado, debo reconocer que es cierto. Di por supuesto que no ibas a invitarme y por eso he alquilado una habitación cerca de donde estáis el chico y tú. ¿Cómo se encuentra el pequeño bastardo? Ha dado un buen estirón. Pronto será tan alto como lo fue la zorra de su madre, la rusa. ¡Qué belleza!, ¡cómo estaba esa mujer! No deja de asombrarme que Nazario Goyena, después de haber estado con semejante cañón, se haya resignado con un saldo como tú. ¡Hay que ver cómo te has abandonado, Eva! Hoy, en la iglesia, parecías una vieja. Cuando estabas conmigo todavía tenías un pase, pero lo que es hoy... Claro que sigues guardando bastante dinero en los bancos, y ese es un dato del que no podemos prescindir a la hora de...

—¡Esto no puede seguir, José! —le interrumpió ella, a punto de echarse a llorar.

—¿A qué te refieres, ranita?

—¡A tu acoso! A la persecución de que me estás haciendo objeto.

—Nadie te está persiguiendo, ranita. La Constitución permite a los ciudadanos el libre tránsito por el Estado español. Para que veas que he venido en son de buena voluntad, me gustaría seguir hablando contigo delante de un café. Invito yo. ¿Quieres que quedemos en el bar del pueblo, dentro, digamos, de diez minutos? Ponte guapa, ranita, ya sabes cuánto me gustas por las mañanas. ¿Te acuerdas de aquel amanecer en Castellón, cuando te empeñaste en que nos bañásemos desnudos?

Eva colgó antes de que él disfrutara con su pérdida de control.

De sus ojos manaban silenciosas lágrimas. Se las secó con el dorso de la mano y llamó por teléfono a Nazario.

Su marido no contestó.

—¿Hace mucho que conoces a Celia? —le preguntó Sara.

Eva y ella estaban acodadas en el cercado, observando a los caballos. Eran las doce del mediodía de una espléndida mañana. Sara había sacado de la nevera dos cervezas y las estaban saboreando al sol, aprovechando sus rayos. Alex había salido a montar con Francisco.

—¿A mi querida amiga Celia? Podría decirse que nos conocemos de toda la vida.

—¿Y cómo es que no te había invitado antes?

—Lo ha hecho varias veces, desde que compró la casa, pero por uno u otro motivo no he podido venir.

—¿Te alegras de habernos visitado?

—El paisaje es hermoso.

—Nuestros hombres también. ¿Qué opinas?

—¿Del paisaje? —preguntó Eva con prevención, atemorizada por la idea de que alguien le hubiera ido a Sara con el cuento de lo sucedido entre Francisco y ella.

Aunque, en realidad, ¿qué había pasado?

Sara la miró con simpatía.

—¿A qué te dedicas? No me lo has dicho. ¿Eres psicóloga, como Celia?

—¡No!

—¿Médico?

—Tampoco. No puedo soportar la sangre.

—Nadie lo diría. Pareces una mujer fuerte.

—Las apariencias engañan. Soy muy miedosa. Casi no he podido dormir escuchando los ruidos de la casa de Celia. Es como si estuviera embrujada.

—¿No se os habrán vuelto a meter las lechuzas? Francisco me lo ha contado todo.

«¿Todo? —pensó Eva sonrojándose—. No, no creo que te lo haya contado todo».

—Será la madera, la piedra... Yo vivo en el campo, pero nunca había escuchado ruidos como estos... Respecto a lo que me preguntabas, dirijo una galería de arte.

—Qué interesante —comentó Sara, sin el menor interés.

—Todo el mundo dice lo mismo, pero no lo es en absoluto. Al menos, para mí. Supongo que no estoy en el lugar ni en el trabajo adecuado, pero, aunque no disfrute de tu suerte, pues haces lo que le gusta, no tengo derecho a quejarme.

—¿Suerte? Los inviernos en Saval son muy duros. Viene muy poca gente. No tenemos estaciones de esquí y las carreteras se vuelven intransitables. Vivimos con estrecheces. Pagar el sueldo de nuestro ayudante, Damián, nos sale del fondo del bolsillo. A gusto lo despediríamos, pero nos aguantamos. En el fondo, me da pena. Nos lo enviaron de un programa de reinserción de drogadictos. Con la ayuda de unos evangelistas instalados en una especie de huerto-misión en Tavares de la Selva, ha

superado su adicción.

Por un proceso asociativo, esa referencia hizo que Eva pensara en Margarita, su técnico de exposiciones. A aquellas alturas, Margarita ya habría recibido la comunicación de su abogado con una propuesta para finiquitar su contrato. ¿Debería haberle concedido otra oportunidad, según habían hecho Francisco y Sara con Damián, tal y como le había suplicado José que hiciera con Margarita? La conciencia de Eva buscó un argumento exculpatorio: «Seguro que Damián no se ha acostado con Sara. Margarita, en cambio...». De inmediato, se arrepintió de albergar pensamientos mezquinos y cambió de tema.

—Hablando de religión... He conocido al antiguo cura del pueblo, Ezequiel. ¿Qué opinión te merece?

—La misma que acabarás teniendo tú a poco que lo frecuentes —sentenció Sara—. Que está loco.

Eva tragó saliva.

—¿Loco? ¿Literalmente?

—Como una cabra.

—¿En tratamiento psiquiátrico, quieres decir?

—Eso dicen —aseguró Sara—. De vez en cuando, Ezequiel desaparece de Saval una larga temporada. La última vez sufrió una crisis y vino a buscarle una ambulancia. Me lo dijo Matilde, la mujer que le asiste en la casa. Tuvieron que sedarlo para sacarlo en camilla. Desde que enviudó, vive solo. Tiene una hermana, que es quien se ocupa de él cuando sufre un nuevo ataque, pero creo que está harta.

—¿Sufre ataques?

—De esquizofrenia. Yo misma he asistido a algún episodio. A Ezequiel le da por quitarse la ropa y correr como un salvaje por los bosques.

Eva enarcó las cejas, asombrada por la revelación. ¿Sería cierto? ¿No se trataría de una de esas calumnias tan frecuentes entre vecinos?

Sara siguió explicándole con aparente franqueza:

—Ezequiel está obsesionado con esos árboles suyos, las secuoyas. Les habla, los acaricia, no permite que nadie los toque, ni siquiera para tratarlos contra las plagas. No autoriza a nadie a cruzar su sagrado bosque, como si custodiara el Santo Grial. Si uno de mis caballos atraviesa su linde y se desvía de los senderos autorizados por el parque natural, ya tengo sobre la mesa una denuncia suya.

—Pero Ezequiel permitió vivir en el bosque a un artista, un poeta... Hugo Curtius.

—¿Curtius? Nunca había oído ese nombre. Supongo que será otra de las personalidades del propio Ezequiel. Tiene varias, como toda mente esquizoide.

—¡No puede ser! Me dijo que él mismo había enterrado a Curtius en el cementerio de Saval.

Sara se acodó en el cercado y sacó un paquete de Marlboro.

—Falso. Conozco todas las tumbas, una a una. Pero compruébalo tú misma. El

cementerio está muy cerca. ¿Qué más te dijo Ezequiel?

—Que se hizo acompañar por el médico del pueblo para enterrar a Curtius durante una lluviosa mañana de enero. Él le llamaba el Poeta Loco.

—¡Muy propio! Esa patraña es más falsa todavía. Al único sitio al que el médico acompaña a Ezequiel es al hospital cuando tienen que ingresarlo.

Sara le ofreció un cigarrillo. Eva lo aceptó, lo encendió y le preguntó:

—¿Conociste a Ezequiel siendo cura?

La amazona asintió.

—Es bastante mayor que yo. Lo traté de joven, antes de que se ordenara sacerdote. Después, de vez en vez. No soy de misas. Alguna boda o comunión, todo lo más, algún entierro... Desde que lo excomulgaron, lo he visto poco.

—¿Excomulgado? ¿Por la Iglesia?

Sara dio una calada. Era un sí.

—¿Qué hizo?

—Profanar las Sagradas Formas. Celebrar misas negras.

—¡No me lo puedo creer! ¿Misas negras? —exclamó Eva horrorizada.

—En lugar del cuerpo y la sangre de Cristo, ofrendaba a sus acólitos vísceras de animales.

—Pero... Curtius existe. Era un escritor. Me lo dijo mi marido, que lo conoció.

—Seguro que sí, pero apostarí a que el auténtico Curtius jamás ha estado en Saval. Así funciona el cerebro de los locos, y el de un lunático como Ezequiel. Se apropian de lo ajeno y lo hacen suyo. Sus cabezas se vacían por algún motivo y después hay que llenarlas con lo que sea. Con lo primero que se les ocurra, como a la vista está por lo que acabas de contarme.

—¿Por qué Celia no me lo advirtió?

—Porque no vive aquí. Probablemente ni siquiera sepa que Ezequiel ha perdido la razón. Nadie se lo habrá contado.

A Eva no le apetecía seguir hablando con Sara y se fue a dar un paseo por el bosque. Esta vez se atrevió a entrar un poco más. Descubrió un sendero y lo siguió un rato, entre una fronda de castaños y avellanos. Las arañas tejían sus redes al contraluz. De vez en cuando se oía un rumor entre la foresta, como el de algún pequeño animal que huyese al percibirla.

Alex regresó de montar en compañía de Francisco. El jinete se acercó a Eva y le preguntó cómo estaba. Ella le contestó que muy bien. Francisco la miraba con insistencia. Aprovechando que Sara se había puesto a charlar con Alex, le cogió una mano y le acarició los dedos con suavidad. Eva se sofocó de tal modo que se tuvo que girar hacia el cercado.

Sara la invitó a una cerveza. Eva se excusó aduciendo que estaba cansada.

Alex y ella volvieron al pueblo.

Anocheecía.

Delante de la casa de Celia estaba parado un coche patrulla de la Guardia Civil.

En cuanto Eva se apeó del Range, los dos agentes, que se encontraban en el interior del vehículo fumando con las ventanillas abiertas, arrojaron las colillas al suelo y la abordaron.

—¿Eva Enciso?

Ella asintió envarada porque en ese momento pasaba un grupo de mujeres del pueblo y se pararon a curiosear.

—¿Algún problema? —indagó una de ellas—. Como se ha presentado la pareja...

El agente de más edad se dirigió a Eva con la gorra en la mano.

—¿Podemos hablar, señora?

—Pasen.

Ya dentro de la casa les señaló unas sillas, pero ellos prefirieron permanecer en pie.

Alex se quedó junto a Eva, pegado a ella, como dispuesto a hacer frente a lo que viniera. El guardia más veterano, que acababa de presentarse como el sargento Oliva, empezó a decir:

—Nos hemos desplazado a causa de...

—Sé por lo que han venido —le interrumpió Eva muy nerviosa—. Cuando hablé con mi amiga Celia estaba bajo una fuerte tensión, pero desde entonces me he tranquilizado.

—La denunciante es Celia Arias —ratificó el sargento, consultando una libretita. Tenía la cabeza redonda, escaso pelo y un bigote gris en forma de escobilla—. La señora Arias nos llamó para decirnos que el marido de usted, de nombre... —El sargento volvió a consultar su libreta—. De nombre José Castaño, la está acosando. Que la ha seguido desde Gijón sin que usted sepa el propósito y sin que descarten que vaya a agredirla. ¿Es correcto?

Eva vaciló. Los guardias lo percibieron.

—He hablado con él.

—¿Con su exmarido, el señor José Castaño?

—Sí.

—¿Se han visto?

—No. Hablamos por teléfono.

—¿La amenazó?

—Estrictamente, no.

—¿La llamó él o le llamó usted?

—Me llamó él.

—¿Con qué intención?

—Me pidió que readmitiera a una empleada mía a la que acabo de despedir, y con la que parece mantener cierta relación.

—¿Por ese motivo la ha seguido?

—No lo sé, no me dio ninguna explicación.

—¿Dónde vive su exmarido?

—En Gijón.

—¿Él piensa quedarse mucho tiempo en Saval?

—Tampoco me lo dijo.

—¿Y usted?

—Me quedaré unos días. Hasta que mi hijo...

Iba a explicarles que Alex estaba en fase de recuperación de una dolencia cuando lo pensó mejor y, para no perjudicarlo, se quedó callada.

—Bueno, usted verá —adujo el sargento, con ganas de ir concluyendo—. Si no desea interponer una denuncia formal, si no se han producido insultos ni lesiones, poco más podemos hacer nosotros.

Eva sintió que le flaqueaban las piernas. Desde que había visto a José no se sentía bien. Era como si estuviera incubando una enfermedad.

Tuvo que sentarse. Alex se le acercó, solícito.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No me pasa nada.

—¡No es verdad! Está muy alterada —añadió el chico, dirigiéndose a los guardias—. Ese hombre, su primer marido, la está desquiciando. Ella no quiere denunciarle para no preocupar a mi padre, pero yo sé que le tiene mucho miedo.

—Deberíamos hablar con el tal Castaño —propuso el guardia más joven. Era delgado como un chopo, con aire inofensivo y una cara lampiña abrasada por el aire de la montaña.

—Háganlo —les animó el chico ante el asombro de la propia Eva—. Lo encontrarán en el bar, probablemente. Desde allí la llamó. Si no está, el dueño del café les dirá cómo encontrarlo. ¿Pueden detenerlo?

—¿Con qué cargos? —preguntó el sargento, dejando asomar una helada sonrisa bajo el bigote.

—Conspiración para un asesinato —repuso Alex con una seriedad que, dada su edad, resultó un tanto cómica.

El sargento siguió sonriendo, ahora con aire de incredulidad.

—Esa es una acusación muy grave, hijo. ¿Tienes alguna prueba?

—La evidencia —aseguró Alex, con tal convicción que un escalofrío recorrió a Eva.

—¿Cuál?

Alex dio un paso y se quedó mirando fijamente al sargento. Era tan alto como él.

—¿A qué ha venido ese hombre? Analicen su comportamiento. Sus móviles. Es un perturbado, un borracho, y pronto, si ni ustedes ni nadie lo impiden, se convertirá

en un asesino.

—¿Y a quién quiere matar?

Alex retrocedió y cogió la mano de Eva.

—A ella. Pero yo no lo permitiré.

El sargento frunció los labios. Él y su compañero se dieron la vuelta.

—Llámenos con cualquier cosa, señora —dijo el guardia más joven desde la puerta.

—Espero no tener que hacerlo —murmuró ella.

A la tarde siguiente, cuando Celia llegó a Saval, encontró la casa vacía. No le extrañó. Sabía que Eva y Alex iban al picadero casi todos los días y supuso que el chico estaría tomando su clase de equitación.

Restos de las últimas comidas de ambos, cacharros, platos y vasos se amontonaban en el fregadero. Para las más elementales cuestiones domésticas, su amiga Eva seguía siendo una calamidad. Celia echó un vistazo al resto de la vivienda. La casa estaba hecha un desastre. En lugar de solo dos personas, parecía que la hubiese ocupado una familia numerosa.

Había cosas de Alex y Eva por todas partes: un par de botas altas de piel bajo el butacón de orejas, el peto de un chándal colgado de un picaporte, una carpeta con documentos de la Galería Enciso en una esquina del hogar, demasiado cerca de las agonizantes brasas, como invitando a pensar que a su propietaria no le hubiera importado lo más mínimo que ardiera mientras estaba fuera; un balón de fútbol en el corredor que daba a la parte de atrás y ropa sucia, un montón increíble para los pocos días que llevaban allí, como si Eva no se hubiese atrevido a programar una simple colada.

Celia suspiró. Recogió lo que pudo, puso una lavadora y marcó el teléfono del picadero para hablar con Francisco.

Este le confirmó que, efectivamente, sus amigos estaban allí.

Alex, montando a caballo. Había salido hacía rato con Sara a lomos de su yegua. En cuanto a la madre, Eva, después de tomar café con él se había ido a dar un paseo por el bosque.

Celia marcó el móvil de su amiga, pero se hallaba fuera de cobertura.

La psicóloga calculó que Alex y ella no regresarían de Prado de Boherías hasta una o dos horas más tarde y se preparó un café y una copa de ponche. Avivó el fuego, arrimó al hogar la vieja mecedora de mimbre que había pertenecido a su abuela y se quedó contemplando las llamas con una sensación de paz. Con eso era con lo que identificaba su casa de Saval, con una tranquilidad de la que no disfrutaba en Gijón.

Sus pensamientos vagaron por la helada atmósfera del rústico salón. El fuego se esforzaba por calentarlo crepitando y elevando llamas que la invitaron a admirar sus brillantes colores, rojos incandescentes como fundidos corales y unos amarillos tan ígneos que parecían arder en el espejo de una hechicera de cuento infantil.

El fuego ejercía sobre Celia un poder hipnótico. Muy pronto se quedó dormida.

Tuvo un sueño singular. Un caballo negro galopaba por un bosque cuyos árboles eran de color plateado. Lo cabalgaba a pelo una mujer vestida con una túnica. No se distinguía su rostro, pero por alguna razón Celia supo que se trataba de Eva.

En la iconología freudiana, un caballo negro desbocándose al galope significaba

un intenso deseo sexual insatisfecho o reprimido. Adormilada, Celia estaba dejando que ese pensamiento acunara algún secreto deseo en el lecho de su libido cuando el celular, que había dejado a mano, sonó estrepitosamente. Aturdida, lo dejó timbrar hasta que cayó en que podía ser Eva y cogió la llamada. Pero no era ella, sino Francisco, desde el picadero.

Su tono sonaba crispado. Francisco le dijo que ni Eva ni su hijo habían regresado, cuando deberían haberlo hecho hacía rato.

Celia despertó de golpe.

—Alex había salido a montar con Sara, ¿no?

—Sara ha vuelto sola.

—¿Y Eva está contigo?

—Tampoco ha regresado.

Francisco le explicó que, de camino a monte Luey, que era hacia donde se dirigían con los caballos, Sara iba a parar un momento en casa de Ramiro, el pastor que les suministraba la leche, para pagarle lo atrasado. Pero había olvidado el dinero y regresó al picadero a buscarlo. Mientras tanto, dejó a Alexis junto al puente románico, con la consigna de esperarle allí, y con Luna, su yegua, atada a un árbol, para que no le diera problemas. Cuando Sara, apenas un cuarto de hora después, había vuelto al puente, Luna seguía allí, pero Alex había desaparecido.

—Y tampoco sabemos nada de su madre —repitió Francisco.

—¡No pueden andar muy lejos!

—Los hemos estado buscando, pero no aparecen.

Celia no se lo pensó dos veces y llamó al cuartelillo de la Guardia Civil. Les recordó que ya había hablado con ellos para advertirles de la presencia en Saval del exmarido de su amiga, por el riesgo que eso pudiera suponer, y les notificó que Eva Enciso y su hijo Alexis no habían regresado al picadero, donde les esperaban hacía tres horas, ni respondían a las llamadas.

Los guardias se presentaron en el picadero casi al mismo tiempo que Celia. Eran los mismos que habían estado en su casa, el sargento Oliva y el otro guardia más joven.

Francisco y Sara les condujeron hasta el puente románico, justo hasta el lugar donde Sara había dejado a Alex.

Había huellas de sus botas de montar a lo largo de la ribera, pero cauce arriba desaparecían, como si Alex hubiese cruzado el río. Encontraron una bufanda caída entre las hierbas. Celia la identificó: era del chico.

Durante la hora siguiente, hasta que se fue la luz, recorrieron el bosque de secuoyas sin localizar el menor rastro de ellos. Celia no tenía el número del móvil de Alex, pero cada cinco minutos llamaba al de Eva.

—¿Dónde estás? —preguntaba la psicóloga, angustiada, marcando por enésima vez—. ¡Contéstame!

Cuando la oscuridad fue completa, Francisco convenció a Celia para que se fuese

a la granja y esperara allí en compañía de Sara. Los guardias y él seguirían registrando el monte con linternas.

Celia se tomó dos o tres cervezas, pero no pudo comer nada. Las malas premoniciones la agobiaban. Estaba pendiente del móvil. No sonó.

Pasada la medianoche, Francisco y los guardias regresaron al picadero.

—Continuaremos la búsqueda mañana a primera hora con perros adiestrados —decidió el sargento Oliva—. El bosque es demasiado grande para batirlo de noche en sus espesuras. Tenemos la bufanda y puede que los perros den con la pista. Dígame, señora —preguntó, dirigiéndose a Celia—, ¿ese chico padece alguna clase de problema mental?

Celia les explicó que estaba tratando a Alex de una pequeña disfunción. Le había asignado una medicación suave y recomendado un periodo de reposo.

El sargento lo interpretó a su modo.

—¿No está en sus cabales, quiere decir?

—Solo padece un desarreglo memorístico, nada grave, más los típicos conflictos de la adolescencia...

Oliva siguió traduciendo a su idioma.

—¿Le falla la memoria? ¿En qué sentido? ¿No sabe quién es?

—¡Claro que lo sabe!

—¿Es dueño de sus actos?

—Por supuesto.

—¿De todo lo que hace? ¿Sabe adónde va, con quién está?

—No he debido expresarme bien... —volvió a negar Celia, maldiciéndose por haber dado explicaciones.

En ese instante, la interrumpieron unos fuertes golpes en la puerta.

Sara fue a abrir. Al hacerlo, dio un paso atrás.

Era Alex.

Tenía el pelo mojado y sucio, y su expresión era tan alucinada y vacía como si le hubiesen sacado los ojos.

—¡Alex! —exclamó Celia, precipitándose hacia él.

No parecía verla. Tampoco la voz era la suya cuando dijo:

—Mi madre lleva un vestido nuevo. Está muy guapa. Ella y mi padrastro acaban de volver del estreno de una película. Van a cenar en el jardín, a la luz de las velas. Mi padrastro se pone a gritar. ¡Alex, Alex! ¡Alguien ha entrado en la casa! ¡Quédate en tu cuarto! Mi padrastro corre a la cocina y coge uno de los cuchillos.

El sargento fue a intervenir, pero Celia lo contuvo con un imperativo gesto. Alex hizo ademán de querer entrar a la casa y Celia se apartó para dejarle paso. El chico se movía como si estuviera ciego. Abrió las manos, que había mantenido con los puños fuertemente cerrados, y dejó caer unas cuantas hojas, casi trituradas. No parpadeaba. Su cuerpo estaba rígido, con los brazos pegados a los costados como los de un maniquí. Volvió a cerrar las manos y cerró también los párpados para seguir diciendo:

—Mi padrastro intenta hacerle frente, pero el intruso lo tira y le quita el cuchillo. Dafne se enfrenta a él. ¡Cuidado, mamá! El encapuchado le clava el cuchillo. Mi padrastro se le arroja encima. El encapuchado le hiere mientras mi madre se desangra. La sangre de mamá salpica la alfombra, ensucia los dibujos de ramas y hojas... Estoy viendo todo desde la escalera. Me he tumbado para que no me descubra. El asesino se mete en el despacho de mi padrastro y vuelve con el dinero. Mete los billetes en una mochila y entonces me ve.

El sargento se acercó a Alex hasta situarse a un palmo, pero el chico no dio señal de reparar en su presencia. Celia contuvo al guardia y separó a Alex hacia la pared. Su piel estaba fría. Lo atrajo hacia sí y lo abrazó. El muchacho se puso a temblar. La psicóloga le acarició y lo besó en la frente.

—¿Puedes oírme, cariño?

Él hizo un gesto. ¿Asentimiento? No era fácil saberlo.

—Escúchame, Alex. Hay algo muy importante que quiero que me digas, porque lo debo saber. Estés donde estés ahora, respóndeme: ¿quién es el encapuchado?

Alex abrió la boca para contestar, pero algo se lo impidió y no pudo hacerlo. Su garganta produjo un ruido gutural y se dejó caer al suelo de rodillas tan bruscamente que sus rótulas sonaron como si se las hubiese roto.

Celia le obligó a incorporarse, cogió unas cuantas hojas de las que había traído, se las puso en las manos y le apremió:

—¿Dónde estás, Alex? ¡Mira a tu alrededor!

—En el bosque —repuso ahogadamente él.

El guardia más joven sacó su móvil y accionó la cámara de vídeo para grabar.

—¿Qué ves, Alex? —siguió preguntándole angustiadamente Celia—. ¡Dímelo! ¿Qué ves? ¿Hay alguien con un cuchillo?

—¡Cuidado, mamá!

—¿Estás viendo a Eva? ¿Ves a tu madre, Alex? ¿Dónde está?

La cara de Alex se convulsionó como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. Hizo un movimiento y cayó hacia delante. Su cabeza golpeó contra el suelo. Celia lo agarró de los hombros, pero no habría conseguido evitar que siguiera haciéndose daño de no haberle ayudado los guardias. A duras penas lograron sujetarle. La fuerza de Alex parecía haberse multiplicado. Sujeto por seis brazos, forcejeaba gritando:

—¡Mamá, cuidado! ¡A tu espalda! ¡El encapuchado, el encapuchado...! ¡Oh, Dios! ¡Sangre, sangre...!

Estaba sangrando por la boca. Una baba espumosa le salió entre los labios y se desvaneció.

Ezequiel se levantó tarde de la siesta. Al calor del fuego, estuvo leyendo la Biblia.

Rechazaba los Evangelios, que relacionaba con su pasada vida eclesiástica, pero releía de manera constante el Antiguo Testamento. Aquellas viejas historias de profetas y reyes habían sobrevivido a los naufragios de su fe, y disfrutaba con ellas tanto como revisitando *La Ilíada* o *La divina comedia*.

Al concluir su hora de lectura, comprobó que había caído la tarde. Se hizo un café negro, mojó en su taza, para ablandarlo, un trozo de pan blanco del día anterior, cogió su gorro de lluvia, su gabardina y su bastón, cerró la casa —la antaño próspera mansión de los Del Piélago, reducida hoy a un mausoleo de recuerdos— y salió a dar su preceptivo paseo.

Habitualmente solía respetar idéntico recorrido, de unas dos horas y media o tres de duración.

Partía del pueblo en dirección al puente románico y subía hasta la colina de La Pituca, donde se abría la boca de una antigua mina de cinc. Bajaba luego por la vaguada de Fresones y tomaba el sendero que conducía al bosque de secuoyas.

Unos meses atrás, coincidiendo con la última campaña de verano, el gobierno del Principado había declarado el bosque de secuoyas espacio natural, y aprobado medidas de protección del hábitat. En un principio, Ezequiel se había opuesto, pero su abogado le convenció para que cediera a cambio de una indemnización. Los técnicos de la consejería de medio ambiente habían instalado paneles explicativos, trazado sendas y tendido puentes de madera sobre los arroyos. Al margen de esas rutas, vedadas para caballos y bicicletas, quedó prohibido hollar la floresta.

A pesar de tales facilidades y de la publicidad en las guías oficiales, los visitantes no abundaban. Saval seguía quedando a trasmano de los destinos turísticos y, una vez en el pueblo, no resultaba fácil orientar el bosque de secuoyas, situado a unos cuantos kilómetros de su casco urbano, montaña arriba.

De hecho, pasaban semanas sin que nadie se acercara por allí. Tampoco los forestales solían hacer acto de presencia, salvo muy de vez en cuando, para dar una batida a los jabalíes o sacrificar corzos enfermos.

De su amado bosque, a Ezequiel lo que más le gustaba era su simetría, la majestuosa infantería de sus troncos. Cuando aún era hombre de fe, interpretaba en aquel orden natural la manifestación de una voluntad superior, telúrica, la fuerza creadora y la matemática de Dios, su divina inmanencia sobre la naturaleza. Sus secuoyas eran columnas de un templo natural en el que la poesía y la libertad elevaban sus himnos en sustitución de las viejas y gastadas oraciones.

Después de la lluvia, las nubes se habían retirado y en cuanto empezó a oscurecer lució la luna. Su misteriosa luminosidad se reveló en el corazón del bosque como en

el ábside de una catedral gótica. Plateadas lanzas acuchillaban el mullido suelo, tan rico en hojarasca que sobre su alfombra los pasos se hundían como en tierra fértil.

A veces, como le había enseñado su amigo Curtius, Ezequiel se acostaba en el colchón de hojas para escuchar el susurro del viento entre los árboles. Un lenguaje de armonía sobrenatural que solo él entendía.

Partió con buen ánimo de las calles de Saval. Había caído abundante agua. Los prados rezumaban humedad.

La mente de Ezequiel jugaba con metáforas del paraíso. Los senderos estaban cubiertos de espinas, pero también de esperanzas. Sus rutas eran un trasunto del peregrinar por los círculos de la vida, la caída en el pecado, la absolución, la penitencia y, de nuevo, la tentación, la pena, el sacrificio... Tramos duros de ayuno espiritual, pesados para el alma, pero más ligeros para los pecadores como él.

Tenía bien calculada la distancia. Sabía, en cuanto el cansancio comenzaba a hacerle mella, que detrás de los avellanos y robles se elevaban las copas de las secuoyas, columnas, capiteles y bóvedas de su templo nocturno. Al verlas, su espíritu volvería a sonreír como si todavía fuese joven y creyese en el amor y en la salvación más allá de la muerte.

En medio del bosque, a la luz de la luna, le extrañó ver una mancha roja. ¿Era el rojo una gama del reino vegetal? Sí lo eran, desde luego, los platas, grises y negros... ¿pero el rojo?

¿Qué sería? ¿Una prenda abandonada? A medida que se acercaba, Ezequiel se fue dando cuenta de que podía tratarse de una figura humana. Al apartar el tejido con la punta del bastón, comprobó dos cosas: que debajo del chaquetón de lana roja había una mujer y que esa mujer estaba muerta.

El cabello le tapaba la cara. Estaba mojado y sucio de barro.

Hasta que no le dio la vuelta, empujándola con el bastón por un costado, Ezequiel no la reconoció. Era Eva, la madre de aquel chico tan despierto, Alexis.

Tenía el cuerpo cosido a puñaladas. La sangre estaba fresca y por algunas heridas aún manaba.

¿Quién habría hecho eso? ¿Y por qué?

Ezequiel miró alrededor, asustado. Por su cabeza pasó la idea de descubrir al autor de aquella barbarie, de investigar por los alrededores, a ver si sorprendía a alguien, pero un ramalazo de miedo lo paralizó.

«A nada en concreto —diría después a los guardias—. Pero había algo flotando en la noche. Algo que yo nunca había sentido antes. Un espíritu. Una presencia. Una amenaza».

Ezequiel regresó corriendo a Saval y llamó a la puerta de la casa del médico, su amigo Cisneros, para darle la espantosa noticia.

El traslado del cadáver y la autopsia demoraron dos días. Habían transcurrido tres desde la muerte de Eva cuando en el cementerio de Gijón se celebró su funeral.

Nazario no recibió la dramática comunicación del fallecimiento de su esposa en la ciudad mexicana de Guadalajara, donde teóricamente seguía realizando actividades relacionadas con la Feria del Libro, sino en Madrid. Acababa de regresar a España.

Quien se encargó de decírselo fue Celia. Dada su amistad con la familia, se ofreció a llamarle en cuanto la identificación del cadáver certificó que la mujer asesinada era Eva Enciso.

Nazario no podía imaginar ni remotamente el motivo de la llamada de Celia, y por eso, al descolgar el teléfono, empezó a explicarle con satisfacción que había decidido cambiar su vuelo para regresar de tierras americanas junto al editor que iba publicar su novela inédita.

La travesía había sido accidentada. En pleno vuelo sobre el Atlántico falló uno de los motores y se vieron obligados a realizar un aterrizaje de emergencia en las islas Azores.

En una de ellas, Santa María, habían tenido que esperar cuarenta y ocho horas a que la compañía enviara una aeronave auxiliar con un equipo de mecánicos, a fin de solucionar la avería. El motor del Boeing fue reparado y finalmente habían conseguido despegar, pero aterrizaron en Barajas tan insomnes y con tal carga de tensión nerviosa que él había decidido quedarse una noche más, antes de coger el tren a Gijón.

—Lo cual, dicho sea de paso —terminó de exponer jubilosamente Nazario—, me vino de perlas para rematar la operación con mi nuevo editor. Cenamos en un sitio maravilloso del Madrid de los Austrias. Para celebrar, primero, que estábamos vivos; y, en segundo lugar, que pronto saldrá a la luz *La tercera dama*.

Nazario preguntó a Celia por Alex y por Eva, con la que hacía más de dos días que no hablaba.

—No quise llamarla desde Santa María para no alarmarla. En Madrid no recargué el móvil, aunque, francamente, tampoco tuve un minuto.

La psicóloga no tuvo más remedio que contarle la verdad.

—Es lo peor que me ha pasado en la vida. —La voz de Celia se había roto y había lágrimas en sus ojos—. Alguien le ha hecho a Eva todo el daño que pudo, Nazario. Tener yo que decírtelo... No puedo seguir hablando por teléfono. Ahora mismo te estoy destrozando, lo sé...

El escritor permaneció callado durante un minuto, hasta que trémulamente preguntó:

—¿Y Alex? ¿Lo han...?

—No... Él está bien, aunque tuvo otro brote. Puede que fuese testigo del crimen, no lo sabemos. Está ingresado en una unidad psiquiátrica, bajo observación. Me estoy haciendo cargo de él.

En el funeral hubo poca gente. Afuera, en las calles del cementerio, caía una lluvia fina. Los amigos de Eva aguantaron con estoicismo hasta el enladrillado del nicho.

Nazario permaneció entre los panteones. No había cogido paraguas y la lluvia le caía encima. Celia se le acercó y le tomó del brazo.

—Ven.

Él se dejó llevar. Se dirigieron a una cafetería. Nazario se derrumbó. Celia le insistió en que tomara un calmante. En cuanto estuvo un poco mejor, le acompañó al hospital para recoger a Alex.

El hijo de Nazario seguía sin tener buen aspecto, aunque mentalmente parecía recuperado y dueño de sí.

El psiquiatra de guardia le firmó el alta. Alex recogió sus cosas en la habitación de la planta de psiquiatría, su ordenador, la poca ropa que Celia le había llevado, y salió con ellos.

La psicóloga los estaba despidiendo en la puerta del hospital cuando en el móvil de Nazario entró una llamada.

Era de su abogado, Luis Matallana. Salía de los juzgados después de ser requerido por el magistrado —una mujer, la juez Nuria Blecua— a quien había correspondido la instrucción del caso.

La juez Blecua había informado a Matallana de que José Castaño, el único detenido hasta el momento por el presunto asesinato de la esposa de Nazario Goyena, se había declarado inocente.

Castaño aseguraba disponer de una coartada. En el día de autos, en torno a las cinco de la tarde —hora en que los forenses habían fijado la muerte de la señora Goyena—, José Castaño habría estado dando un paseo por las afueras de Saval. De acuerdo con su versión, se había cruzado con un grupo de vecinas. Castaño sostenía que ese encuentro casual se había producido sobre las cinco y media, por lo que no habría dispuesto de tiempo material para cometer el crimen y regresar del bosque. Su argumento, sin embargo, no era irrefutable, pues las vecinas, aunque habían divergido con respecto a la hora exacta en que se cruzaron con él, creían que había sido más tarde.

—Y otra cosa, Nazario —añadió el abogado Matallana—. La juez va a llamar de nuevo a declarar a tu hijo Alexis. No le basta con el cuestionario al que la Policía le sometió en el hospital cuando lo autorizó el médico. La juez quiere saber con exactitud cuáles son sus problemas psíquicos, si es que los padece, y si más adelante Alexis tendrá o no capacidad para testificar en un juicio. He pensado pedir un informe a vuestra amiga, la psicóloga que le ha venido atendiendo.

Nazario lo consultó con Celia. Ella se mostró de acuerdo.

Alexis Goyena Velogurov fue citado en el juzgado pocos días después, junto con otros dos testigos del caso: Ezequiel del Piélagos y el médico de Saval, Emilio Cisneros.

La nueva declaración de Alex, como ya había sucedido en su primer formulario, volvió a ser un puro caos.

La juez Blecua, una veterana con experiencia en varias sedes judiciales diseminadas por la península, le preguntó hasta en tres ocasiones si había visto el cuerpo de su madrastra, Eva Enciso, apuñalado en mitad del bosque. Si había sorprendido a alguien agrediéndola o huyendo del teatro de los hechos, y qué recordaba desde el momento en que se había quedado solo junto al puente del río hasta el instante en que, después de caminar sin rumbo por el bosque y atravesar los prados, se había presentado en el picadero, donde varios testigos, entre ellos la psicóloga Arias y dos guardias civiles, le habían oído proferir incoherencias, comportándose de manera irracional.

Requerida por la juez, Celia le expuso que Alex padecía el síndrome de «paramnesia reduplicativa», según el cual reproducía en un determinado momento del presente, a raíz de un detonante que hería medularmente su sensibilidad, hechos o acontecimientos acaecidos en el pasado, pero relacionados mediante algún vínculo con la actualidad.

La psicóloga adjuntó un informe con el diagnóstico del doctor Ruiz Alarte, refrendando el suyo. La juez había oído hablar de ese célebre psiquiatra, autor de ensayos sobre psicología criminal, por lo que su interés hacia el peculiar trastorno memorístico de Alexis Goyena Velogurov aumentó en la medida en que se sintió inclinada a conceder cierto crédito a sus paradójicas manifestaciones.

Procesalmente hablando, no era aquella, desde luego, una circunstancia corriente.

En relación con el crimen, Alexis no recordaba casi nada.

A las preguntas de la magistrada, solo fue capaz de detallar que Sara, su profesora de equitación, le había dejado junto al puente de piedra que separaba la linde del bosque. Que había atado a su yegua, llamada Luna, a un árbol, y que Sara le había dicho que la esperase en aquel punto mientras regresaba a la granja para coger dinero y pagar a un pastor a quien adeudaban una cantidad. Alex recordaba haberse puesto muy nervioso, sin que ni entonces ni en el momento presente supiera explicarse la razón, y se había alejado del puente caminando por la orilla del río. Al cabo del rato, oyó en el bosque gritos que parecían brotar de la garganta de una mujer. No entendió lo que decía ni reconoció la voz, pero fuera quien fuera la que gritaba parecía hallarse en peligro y demandaba auxilio. Alex cruzó el río vadeándolo y se aprestó a socorrerla. Y ese, el rumor de sus botas corriendo sobre la hojarasca y sorteando los

troncos de las secuoyas, era el último recuerdo que su mente había registrado antes de despertar en la habitación de un hospital.

No recordaba nada más. Su memoria, dijo a la juez, «estaba en negro».

La juez estuvo barajando la conveniencia de proceder a una reconstrucción del crimen.

Cuando hubo tomado la decisión, consultó con Celia algunas dudas. Le preocupaban las reacciones de Alexis en una situación tan extrema como esa.

Celia pidió consejo a Ruiz Alarte. El psiquiatra insistió en que el testigo debía actuar bajo hipnosis. Él mismo se ofreció para hipnotizarle, con la única condición de que estuviera presente un forense, a fin de acreditar la validez de la prueba.

La juez aceptó su ofrecimiento y las condiciones. Fijó la fecha y citó a los dos psiquiatras, al fiscal, guardias civiles, testigos y familiares: Alexis y Nazario Goyena, Ezequiel del Piélagos, Francisco Garuz y Sara Portalero, Emilio Cisneros, Celia Arias... Y, por supuesto, al sospechoso del crimen, José Castaño.

El primer marido de Eva fue trasladado en un furgón desde la cárcel donde permanecía recluido en régimen de prisión preventiva. A los restantes protagonistas se les condujo hasta Saval en vehículos de la Guardia Civil. Desde el pueblo tomaron una pista forestal hacia el bosque de secuoyas.

Eran las cinco del 23 de diciembre, víspera de Nochebuena. Hacía una tarde húmeda y fría, muy similar a la del día del crimen.

Desde el primer momento, Ruiz Alarte asumió todo el protagonismo.

El psiquiatra tomó a Alex del codo y lo apartó una veintena de metros del lugar donde Eva había aparecido muerta.

La Policía había montado una reproducción exacta de la escena del crimen. La misma chaqueta roja que había pertenecido a la víctima cubría el bulto de un maniquí de tamaño natural, del que solo asomaba un trozo de peluca manchado de barro.

Mientras paseaban entre las secuoyas, como un padre lo hubiera hecho con su hijo, Alarte fue exponiendo a Alex lo que quería que hiciera, por él, por Eva, por su padre, por todos los que habían conocido, respetado y querido a la víctima. Relajarse. Abstraerse. Vaciar su mente de cualquier pensamiento, preocupación o ilusión. Sentir solo la caricia del aire, el murmullo de las hojas... Flotar, flotar...

Cuando Alex estuvo relajado y al mismo tiempo rígido, inmóvil ante él, la diestra cuajada de anillos del médico extrajo del bolsillo un cordón colgante de cuero con una piedra negra. El psiquiatra explicó a Alex que se trataba de un amuleto de obsidiana, piedra sagrada entre los pueblos de la Antigüedad, con poderes para liberar el espíritu e invitarle a vagar por el éter en busca de las respuestas a la infinitud y a la eternidad.

El psiquiatra pidió a Alex que respirara hondo y fijara su mirada en el amuleto, sostuvo el cordón con la punta de los dedos y lo hizo oscilar ante él con un acompasado movimiento pendular. En voz baja, sugerente y grave, Alarte fue insinuando a Alex imágenes sobre la forma del alma e ideas acerca de su naturaleza rebelde contra el peso y la cárcel del cuerpo, ese ámbito grosero, material, del que, en instantes de plenitud como ese, desea huir para flotar, sentirse viento, árbol, hoja... Para descansar, dormir, soñar en libertad. Para ser nube y soñar, soñar...

La juez y el resto de los presentes vieron como Alex reclinaba la cabeza contra su pecho y como el psiquiatra, volviendo a alzársela delicadamente y empujándole con suavidad, lo conducía de vuelta al círculo, hasta hacerle detenerse frente a la chaqueta de lana roja de Eva, extendida en el lugar donde Ezequiel del Piélagos había encontrado su cadáver.

Los grandes ojos de Alex estaban muy abiertos, pero carecían de luz, como si mortecinamente los irradiara desde el interior de sus cuencas un extinguido reflejo.

Delante del maniquí, cubierto por una peluca y por la chaqueta de Eva, Alex tuvo una reacción convulsiva. Sus hombros empezaron a agitarse y ese temblor se le extendió al resto del cuerpo.

—¿Puedes oírme, Alexis? —le preguntó el psiquiatra.

El testigo hizo un gesto de asentimiento. Su cara era del color de un cirio. Celia le preguntó a su vez:

—¿Y a mí, Alex, me oyes?

Él volvió a afirmar. Alarte lo puso a prueba.

—¿Es de día o de noche, Alexis?

La tarde caía sobre el bosque, pero aún había luz.

—Es de noche —repuso Alex.

—¿Dónde estás, Alexis?

—En casa de mi madre.

—¿De Eva?

—Eva no es mi madre. Estoy en casa de mi madre, Dafne.

—¿Estás solo?

—Mamá y mi padrastro acaban de llegar. Vuelven del estreno de una película. Pedro ha bebido. Mamá está muy guapa con su vestido nuevo. Mi padrastro sigue bebiendo en casa. Cuando bebe se le pone más acento y me recuerda a aquel otro hombre que visitaba a mi madre en el piso de Sevilla cuando mi padre se iba a trabajar.

Celia observó de reojo el rostro de Nazario. Debido al comentario de su hijo, había enrojecido. Reflejaba una mezcla de pena y decepción; pero reflejaba, sobre todo, la tensión del momento.

Alex elevó el tono hasta hacerlo hiriente, pero no por ello movió un músculo:

—Mi padrastro grita: «¡Ha entrado alguien!». Va a la cocina y coge un cuchillo. «¡Quédate arriba!», me ordena. Un hombre entra en el salón y se abalanza sobre él. Va encapuchado. Pedro le ataca, pero recibe un golpe y cae. Él le quita el cuchillo y se lo clava en un brazo. Mamá se le enfrenta. El hombre la derriba y la acuchilla. A mamá se le escapan unos gemidos, hasta que dejan de oírse. Veo su sangre manchando la alfombra, veo las hojas de la alfombra manchadas de sangre, veo su pecho manchado de sangre...

Alex guardó silencio. Había empezado a llorar y parecía exhausto. En medio del solemne silencio del bosque, se oyó un soplo de aire helado deslizándose por sus fríos dedos entre las secuoyas. Le siguió una racha más fuerte y unas cuantas hojas se arremolinaron en torno a la chaqueta de Eva. Al verlas, si es que las veía, Alex se mordió los labios hasta hacerlos sangrar, cerró los ojos y los mantuvo así un rato. Después, muy lentamente, volvió a abrirlos y a posarlos en la chaqueta de Eva. Le brillaban como si tuviera fiebre.

—¿Te encuentras bien, Alexis? —le preguntó Alarte.

Alex negó con la cabeza.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De él.

—¿De quién?

—Del hombre que ha matado a mi madre.

—¿Te refieres a Dafne?

—No. Tengo miedo del hombre que ha matado a Eva.

Un estremecimiento recorrió a los presentes.

—¿Ese hombre está aquí? —preguntó Alarte.

Alex asintió con la cabeza.

—¡Enfréntate a él! —le ordenó el psiquiatra. Alex no reaccionó. Pasados unos segundos, la voz de Alarte volvió a resonar como un mandato—: ¡Salva a tu madre! ¡Desenmascara al encapuchado para que podamos castigarle! ¡Hazlo, Alexis!

José Castaño permanecía un poco más allá, en el centro de un claro, esposado y escoltado por un guardia civil.

Alex se dirigió hacia él y extendió una mano, como si fuera a tocarle, pero no llegó a hacerlo. De la garganta le brotó un ruido como el de un trozo de madera seca al partirse, una cadavérica lividez arrebató el color de su semblante y se derrumbó sobre la hojarasca agitado por violentas convulsiones.

Una semana después, el 30 de diciembre, José Castaño fue formalmente acusado del homicidio de Eva Enciso.

El hecho de que hubiera estado reclamando dinero a su exmujer, amenazándola en privado y en público, y de que la hubiera seguido hasta Saval sin motivo ni justificación, no dejaba lugar a dudas sobre sus agresivas intenciones ni de la premeditación de estas.

Las huellas de pisadas descubiertas en la escena del crimen, de un cuarenta y cuatro de talla, se correspondían con las de un hombre alto y fuerte, como Castaño.

Y aunque no se había encontrado el calzado con el que acechó a su víctima en el bosque ni tampoco el cuchillo —de una hoja de material cerámico, de quince centímetros— con que se cometió el crimen, su coartada se había desmoronado como un castillo de naipes. Las vecinas de Saval se habían puesto finalmente de acuerdo en haberse cruzado con él minutos después de las seis y media, y no una hora antes como aseguraba el propio Castaño, añadiendo las testigos que el sospechoso respiraba con agitación, como si hubiese caminado aprisa o corrido. Castaño había dispuesto, por tanto, de tiempo suficiente para cometer el crimen en un lugar apartado del bosque y para regresar al pueblo.

Aun así, el sospechoso insistía en proclamarse inocente. Había contratado a un famoso abogado penalista y estaba dispuesto a luchar procesalmente.

Sin embargo, sus opciones de librarse de la acusación de homicidio en primer grado que pendía sobre él iban disminuyendo claramente a medida que avanzaba la investigación sumarial.

Los días siguientes, Celia se ocupó de Alex con una dedicación tan intensa que tuvo abandonada su consulta.

Completamente destrozado, Nazario no podía atender a su hijo, que le necesitaba más que nunca. Solos en Villa Mariana —la casona parecía desierta, sin risas, sin actividad—, eran como dos náufragos a la deriva.

Los últimos acontecimientos habían sumergido a Alex en una dramática regresión. El chico se había refugiado en un universo infantil. Se pasaba las horas encerrado en su habitación, jugando a la *play*. Le había dado por comer pan. Por las noches dormía abrazado a sus peluches. No estaba en condiciones de estudiar ni de volver al colegio.

Del episodio de la reconstrucción del crimen, Alex no recordaba nada. Celia rogó a Nazario que no le hablara de ello. Ambos decidieron que ya se lo contarían más adelante, cuando Alex se hubiera recuperado lo suficiente como para asimilar los nuevos y trágicos capítulos de su joven vida.

Finalmente, la psicóloga no tuvo más remedio que reincorporarse a su consulta en Cimadevilla.

Benigna, su enfermera, le riñó cariñosamente por haber tenido abandonados a sus pacientes. Como compensación, Celia trabajó doce horas seguidas sin descansar.

No pasó a su vivienda, contigua a la consulta, hasta la hora de cenar, pero, muy afectada aún por la muerte de su amiga Eva, a la que recordaba a cada momento, no pudo comer nada. Había perdido el apetito. En vez de sentarse a la mesa, abrió una cerveza, cogió la pila de periódicos atrasados, que en esas duras jornadas no había tenido tiempo de leer, y se metió en la cama.

En las páginas de uno de los diarios asturianos de fechas atrás, venía una noticia relativa a la avería de un aparato de Mexicana de Aviación que se había visto obligado a realizar un aterrizaje de emergencia en las islas Azores.

Se daba la circunstancia de que —según el rotativo—, en ese vuelo regresaban varios escritores españoles que habían asistido a la Feria del Libro de Guadalajara. Entre ellos, y aparecía expresamente citado, Nazario Goyena, residente en Gijón.

La noticia, apenas una columna sin ilustración, concluía informando que el pasaje se había visto obligado a permanecer veinticuatro horas en la isla atlántica de Santa María, para aterrizar en Madrid sin nuevos contratiempos, aunque con un día de retraso.

Nada más leer esa información, Celia tuvo la sensación de que había algo raro. Un detalle que no cuadraba.

¿Cuál?

La psicóloga leyó de nuevo la noticia con más atención. Nazario le había comentado que, a consecuencia de la avería en un motor, tuvieron que hacer dos noches en la isla portuguesa de Santa María y esperar a que la compañía enviase un vuelo auxiliar con mecánicos.

Dos noches, no una, eso había dicho Nazario. En cambio, la información hablaba de un día. ¿Estaría en un error?

Celia se quedó dormida, pero a la mañana siguiente la duda le seguía carcomiendo y volvió a cotejar la noticia en la red con otras informaciones periodísticas sobre el mismo hecho.

En los buscadores encontró tres referencias en otros tantos periódicos mexicanos, de Guadalajara y el D.F. Todas coincidían en afirmar que el Boeing de Mexicana de Aviación había permanecido en la isla de Santa María un día, no dos, como le había dicho Nazario.

Entre los afectados se mencionaban a unos cuantos escritores —y a Nazario Goyena, entre ellos—, pero a ningún editor. Celia intentó recordar el nombre del que

iba a publicar su nueva novela y con quien, supuestamente, Nazario había viajado desde México. No pudo hacerlo por una sencilla razón: Nazario no se lo había dicho.

Como un desbordado torrente, una turbulenta hipótesis se abrió paso en el cerebro de Celia con la misma fuerza que si hubiera caído un dique. Era una posibilidad monstruosa, pero ahí permaneció, en el fondo de su mente, alimentándose con las contradicciones de Nazario.

¿Le había mentido su amigo? ¿Qué interés podía tener el escritor en alterar la fecha de su llegada a España?

Uno solo, acabó deduciendo muy a pesar suyo la psicóloga.

Disponer de una coartada.

Celia se lo comunicó a la juez.

En cuanto lo hubo hecho, Nuria Blecua decidió tirar de ese hilo y aplicarse a comprobar dónde se encontraba exactamente Nazario Goyena en el momento en que su segunda mujer había sido asesinada.

«¿Y cuándo mataron a la primera?», reflexionó la señora Blecua.

A raíz de lo que podía llegar a convertirse en una nueva sospecha, la juez — cincuenta y cinco años, trajes oscuros de chaqueta y pantalón, rostro agradable, mirada franca, cabello corto y teñido con reflejos de negro azulado, bifocales con varillas de colores y una cruz de Caravaca colgándole de una cadenita de plata— se impuso dos tareas paralelas: repasar con detalle los movimientos de Nazario Goyena en los últimos días y, retrospectivamente, desempolvar el sumario del caso Velogurov-Cortés.

Dafne Velogurov, la primera esposa del escritor, había sido apuñalada hasta la muerte tres años atrás. La tragedia había sobrevenido en el marco de un atraco al lujoso chalé que Dafne compartía entonces con su segundo marido, el productor de televisión Pedro Cortés. A consecuencia de la agresión, Cortés había perdido igualmente la vida, siendo apuñalado con la misma arma blanca que Dafne, un cuchillo de cocina.

El agresor, empleado del matrimonio en condición de guardés de la finca, había dejado el cuchillo ensangrentado en la alfombra del salón, junto a los cuerpos sin vida de las dos personas a las que había servido y acabado de apuñalar. Al conocer a la perfección el domicilio, el guardés no había tardado nada en descubrir el escondite donde el matrimonio guardaba dinero y un cofre con joyas.

Durante la investigación, la Policía solo pudo contar con un testigo, un vecino que vio huir al criminal por las calles de la urbanización de Aravaca. Ese mismo testigo, un arquitecto de cierto renombre, había dado la alarma.

El hijo de Dafne Velogurov y de Nazario Goyena, Alexis, estaba dentro del chalé en el momento del ataque. Oyó voces. Su padrastro, Pedro Cortés, le conminó a esconderse en su habitación. Y eso fue lo que el chico hizo, cerrar la puerta de su dormitorio y meterse debajo de la cama. Los agentes lo encontraron en estado de *shock*.

Alex no se iba a recuperar fácilmente. Sufrió estrés postraumático y tuvo que someterse a tratamiento psiquiátrico y a un plan de ayuda psicológica que se prolongaría durante varios meses.

En la dramática noche de los «crímenes de Aravaca», Nazario Goyena, y así constaba en el sumario instruido tres años atrás, había asegurado hallarse en compañía de una colega suya de letras, otra escritora, Daría Luzón.

Aquella mañana y durante parte de la tarde, habían impartido juntos, en el Ateneo de Madrid, un taller de literatura creativa. A su término, ya por la noche, habían cenado en casa de Daría, un piso situado en el barrio madrileño de Chamberí, donde permanecieron juntos hasta pasada la medianoche, hora en que Nazario se había retirado a su domicilio.

Un sobrino de Daría, Marcelo Luzón, que vivía en la misma casa, ratificó aquella versión. Él había cenado en compañía de ambos. Su testimonio validó la coartada de Nazario, si es que necesitaba alguna. En realidad, nada le había hecho ni le hacía sospechoso. La Policía nunca pensó que tuviera motivos para agredir a su exesposa o a su nuevo marido. La relación entre Nazario y Dafne, una vez superada la crisis de su ruptura matrimonial, había sido razonablemente buena. Se acomodaron de manera civilizada a sus nuevas vidas de divorciados y habían pactado la custodia de Alexis.

No obstante, la juez se puso en contacto con el inspector Gonzalo Bernal, responsable de aquella investigación, a fin de revisar a fondo las pruebas y testimonios de un caso que había supuesto un auténtico filón mediático.

Al inspector Bernal, que seguía destinado en la misma comisaría madrileña, no le hizo demasiada gracia la petición de la juez asturiana. Estaba realmente ocupado con diversas investigaciones que requerían toda su atención y no iba a tomarse demasiada prisa en acometer la revisión de un viejo caso ya solventado.

De hecho, le costó tres días descubrir que Daría Luzón se hallaba recluida en una residencia de ancianos situada en pleno campo, en el término municipal de Galapagar, a bastantes kilómetros de Madrid. Había ingresado con sesenta y seis años, justo después de su jubilación como profesora de instituto, debido a padecer síntomas avanzados de Alzheimer.

A partir de su ingreso en el centro asistencial, la enfermedad la había devastado en un tiempo récord. Prácticamente, Daría no conocía a nadie ni recordaba apenas nada de su vida anterior. Tampoco reconoció al inspector Bernal, ante quien había declarado tres años atrás. Bernal comprendió que volver a interrogarla resultaría inútil y llamó por teléfono a la juez Blecua.

—Le aconsejo que no se tome la molestia de desplazarse desde Gijón, señorita. El nombre de Nazario Goyena no le dice absolutamente nada a la señora Luzón. No recuerda haber dado clases con él en ningún taller literario ni haber estado cenando con Goyena la noche en que su primera esposa fue asesinada.

Respecto al sobrino de la escritora, Marcelo, el inspector Bernal necesitó algunos días más para localizarlo. Había sido él quien había ingresado a su tía Daría en la residencia de Galapagar, pero los datos personales de contacto que había facilitado a la dirección del centro no coincidían con su domicilio actual ni con su número de móvil.

Mientras lo buscaban, la juez Blecua mantuvo una conversación telefónica con Santiago Miralles, el único testigo de los crímenes de Aravaca, el arquitecto que había sido vecino de Pedro Cortés y de Dafne Velogurov.

Miralles atendió con amabilidad a la juez, pero no añadió nada nuevo, limitándose a reiterar su primera declaración. Tres años atrás, en la noche de los asesinatos, se encontraba solo en su casa. A eso de las diez menos cuarto había oído al otro lado de la tapia ruido de cristales rotos, fuertes voces y gritos de socorro. Todo ello en un brevísimo lapso de tiempo. Salió de su casa corriendo y llamó al portero automático de los Cortés, pero nadie le contestó. Volvió a llamar varias veces, hasta que vio saltar la valla a un individuo alto, vestido de negro y con una media o capucha en la cabeza. Ese sujeto cayó al suelo y rodó hasta la calzada por efecto de la caída, pero se levantó con agilidad y desapareció a toda velocidad por las calles de la urbanización. El arquitecto había telefonado a la Policía. Cuando llegaron los agentes, eran las diez y cuarto de la noche.

Finalmente, el inspector Bernal consiguió localizar a Marcelo Luzón. Seguía viviendo en Madrid, pero ya no en el mismo bloque de Chamberí que su tía, sino en una habitación alquilada en un apartamento de Vallecas, compartiendo cocina y baño con cinco emigrantes. También había cambiado de ocupación. Marcelo trabajaba ahora como repartidor de una empresa de paquetería. En el último año y medio había sido detenido en dos ocasiones por posesión y venta de hachís.

El inspector envió a algunos agentes a por él, pero cuando bajaban las escaleras de su piso Marcelo se escabulló y escapó por piernas. La Guardia Civil lo localizó veinticuatro horas después en casa de sus padres en Moreras del Tajo, una población próxima a Toledo. Trasladado a comisaría, confesó ante el inspector Bernal haber dicho solo parcialmente la verdad cuando se le interrogó en relación a Goyena.

—No hay testimonios parciales —le corrigió el inspector—. Tan solo verdaderos o falsos. De modo que, por la cuenta que te trae, la de pasar unos años más o menos en la jaula, cuéntanos toda la verdad, Marcelo.

Luzón volvió a sostener que la noche del doble homicidio de Aravaca, Nazario Goyena había cenado con su tía Daría y con él. Pero Nazario no se había presentado en casa de su tía a las diez, como habían quedado, sino a las once de la noche. De hecho, su tía Daría había retirado la mesa cuando el escritor, al que ya no esperaban, llamó al timbre. Nazario explicó su retraso aduciendo haber sufrido un accidente. Cuando buscaba aparcamiento por las inmediaciones de Chamberí, un coche salió de una bocacalle y le dio un golpe. La discusión con el otro conductor y el papeleo de los seguros le habían hecho retrasarse casi una hora. Lo sentía mucho y se disculpaba. Daría aceptó de buen grado esa explicación y volvió a servir la mesa.

El inspector Bernal quiso comprobar la veracidad de la excusa de Goyena, pero era falsa. La compañía aseguradora de su automóvil no había recibido en aquella fecha notificación de siniestro alguno.

Para la juez Bleuca, la conclusión de estas nuevas aportaciones de Marcelo Luzón a la reapertura del sumario era obvia: Nazario Goyena había dispuesto de tiempo para dirigirse a la urbanización de Aravaca, cometer los crímenes y regresar al centro de Madrid.

A dicha evidencia se agregaba la fragilidad de la coartada de Goyena en la actual investigación del crimen de Eva Enciso. La secuencia temporal de su viaje de retorno México-Madrid simplemente no casaba.

Celia Arias, la psicóloga, había facilitado al juzgado los enlaces con las noticias del accidente sufrido por el Boeing de Mexicana de Aviación en las islas Azores. Por algún motivo no conocido, el escritor había fingido permanecer un día más en la isla de Santa María, ocultando a la propia Celia, cuando ella le comunicó la muerte de su esposa, el hecho de haber llegado a Madrid con veinticuatro horas de antelación.

La juez había comprobado sus billetes aéreos y la identidad del pasaje con el que Goyena había compartido vuelo. Contradiendo la versión del escritor, entre los pasajeros no figuraba ningún editor. Asimismo, la señora Blecua había solicitado información al hotel de Santa María que había acogido a los viajeros del Boeing averiado. Efectivamente, los doscientos y pico pasajeros de Mexicana de Aviación solo se registraron en los alojamientos de la isla portuguesa para una pernoctación.

Con estos datos en la mano, la juez llamó a declarar a Nazario Goyena.

Delante de su abogado, la juez conminó a Nazario a explicar dónde se había alojado en Madrid en la noche coincidente con la muerte de su esposa, Eva Enciso. Pero Nazario, aconsejado por su letrado, y considerando que estaba siendo objeto de un injustificado acoso judicial, se negó a responder. La señora Blecua le concedió un plazo de veinticuatro horas para completar su declaración y demostrarle que no había viajado hasta los bosques de Saval para acabar con la vida de su segunda mujer.

Muy agobiado, Nazario llamó por teléfono a Celia desde Villa Mariana para comunicarle que Alex se había puesto enfermo. Tenía fiebre y se negaba a levantarse de la cama y a comer. Rogó a la psicóloga que fuera a verle.

—¡Por favor, Celia! No sé qué le ocurre. No me habla ni reacciona cuando me dirijo a él. No puedo dejarle solo y tengo miedo de que esa juez me encarcele de un momento a otro por algo que no he hecho... A ti, solo a ti puedo explicarte lo que hice, lo que realmente pasó. Me costará, pero puedo hacerlo. A la juez...

Celia se comprometió a ir a Villa Mariana esa misma tarde, en cuanto terminara su consulta.

A eso de las ocho, Celia se dirigió a la casa de los Goyena. «A partir de ahora, ya nadie la llamará de los Enciso», se le ocurrió pensar.

El día había sido lluvioso y frío. Al caer la noche, se había echado la niebla.

Grandes bocanadas de bruma ascendían desde el mar, envolviendo los acantilados del Brujón en una algodonosa y fantasmal textura.

Yendo en su coche, la psicóloga había dejado de ver la línea de la costa, y pronto dejó de divisar las luces de la ciudad. Las nuevas farolas del puente del Brujón parecían estrellas de una galaxia remota, y el resplandor de las ventanas de Villa Mariana le llegó a través de un verdoso velo.

La verja estaba cerrada. Celia aparcó el coche en una orilla del camino. Normalmente, a aquellas horas no pasaba nadie por allí, pero, por si acaso, bloqueó las puertas.

Empujó la cancela, atravesó el jardín con el hórreo que hacía las veces de estudio del escritor y llamó a la puerta de la casa.

Le abrió el propio Nazario.

Celia le rodeó el cuello con los brazos y le besó en los labios. El escritor le devolvió el beso apasionadamente. Durante unos largos segundos, sus bocas se fundieron con hambre, casi con desesperación.

La psicóloga le acarició las mejillas y volvió a besarle.

—Perdóname, Naza.

—¿Por qué?

—Por haber dudado de ti.

—¿De mi amor?

—No, de tu amor no. ¿Todavía me quieres?

—¡No te imaginas las ganas que tenía de verte, de besarte...!

—¡Basta, Naza! Alex podría vernos.

—Antes o después, tendrá que enterarse.

—Que sea después.

—¿Después de qué?

—Tiene que recuperarse, Naza. Ha sufrido lo que ningún chico a su edad.

—Él es fuerte, Celia.

—Lo sé, pero no tanto como para asimilar tantas desgracias.

—No calculas hasta qué punto es fuerte —insistió Nazario.

—¿No me dijiste que estaba enfermo?

—Ahora lo verás. Pasa.

Nazario cogió de la mano a Celia, la invitó a entrar al vestíbulo y cerró la puerta tras de sí.

No habían transcurrido ni dos semanas del entierro de Eva. Paréntesis en el que, por prudencia, Nazario y Celia habían decidido no verse en público. Nazario solo había salido para dirigirse al notario que tramitaba la herencia de su mujer.

Como único heredero de los bienes de Eva Enciso, Goyena había recibido, además de Villa Mariana, con su hermoso y amplio jardín y las praderías que caían al mar, unas cuantas propiedades en Gijón y en localidades cercanas, más una muy considerable cantidad de dinero que Eva tenía invertida en bonos, acciones y fondos bancarios.

Parte de esas rentas e inversiones procedían del padre de Eva y suegro de Nazario, el pintor Pedro Enciso, quien, a su vez, las había heredado del abuelo de Eva, David Enciso, un empresario naviero que hizo fortuna en los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo con el transporte de carbón a otros puertos de la península, y negocios en Venezuela y en Cuba.

Nazario había perdido mucho peso. Sus enflaquecidas mejillas se hundían en su rostro y en su cuello, cubierto por una barba rala, la nuez de Adán se le marcaba acentuadamente, como bajo los párpados unas violáceas ojeras. En su mirada Celia vislumbró algo nuevo, que no era esperanza, sino más bien la desconfianza de quien se siente arrinconado, acosado. «Dolor», había intuido Celia. «¿Y culpa?», se

preguntó con la paradójica impresión de que su amante, a quien tan bien había creído conocer durante sus meses de pasión clandestina, había cambiado de forma de ser.

El silencio en Villa Mariana era absoluto. La casa estaba a oscuras, salvo un cono de luz procedente del cuarto del fondo.

—¿Y Alexis? —preguntó Celia, asomándose a su dormitorio—. ¿No está en su habitación?

—Se ha trasladado al cuarto de servicio.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es como si no quisiera estar con sus cosas. Te acompaño.

—Prefiero verle a solas.

Alex estaba tumbado en una cama, en pijama. Tenía unas manchas reticulares en la piel, alguna clase de erupción probablemente debida, pensó Celia, a alteraciones de tipo nervioso.

La psicóloga se sentó en el filo del cobertor e intentó mostrarse jovial:

—¡Con menudo panorama me encuentro! ¿Hace cuánto que no coméis debidamente vosotros dos? ¿Desde la última vez que vine a veros?

Alex le sonrió penosamente. Sus ojos azul hielo expresaban desorientación.

—Ya sabes como cocina mi padre. Su mejor receta es el número de Telepizza.

El chiste arrancó una sonrisa a Eva.

—¿A qué crees que he venido? Enseguida os voy a hacer una tortilla como para chuparos los dedos.

—¿Con cebolla?

—Eres el único adolescente que conozco al que le gusta la cebolla.

—¿Por eso soy diferente? ¿Un tarado? ¿Un monstruo?

Celia agitó un índice en el aire.

—Ya hemos hablado de eso, Alex. Y muchas veces, desde que estuviste en mi consulta. No eres en absoluto diferente a los demás. En absoluto.

—Dos negaciones equivalen a una afirmación.

—Nunca te he mentado.

—¡Claro que sí! Lo has estado haciendo todo el tiempo.

—¿Por qué dices eso?

Alex se incorporó flojamente sobre los codos, pero, como si no tuviera fuerzas, se volvió a dejar caer en el colchón.

—Acabo de verte besar a mi padre. Yo estaba en la ventana, jugando con el gato.

Celia enrojeció de vergüenza.

—¡Te has puesto colorada! —notó Alex—. ¿Ves como es cierto? El gato os vio primero. Se llama Mefistófeles, pero como es un nombre muy largo yo le llamo ¡Mefisto!

La psicóloga oyó un maullido y apenas tuvo el reflejo de ponerse en pie cuando un gato enorme saltó de debajo de la cama y de un salto se acurrucó en la almohada junto al hombro del chico. Era gordo y negro como la pez, con unos espantosos ojos.

—¡Qué susto, Alex, por Dios!

Él se echó a reír.

—Yo también le tenía terror. Creía que era el diablo. Papá me sugirió que lo bautizara con uno de sus nombres y, al comprobar que aprendía a obedecerme, le fui perdiendo el miedo. Hemos terminado por hacernos amigos. ¡Quieto, Mefisto!

El gato se había arqueado y, emitiendo un amenazador bufido, mostraba sus colmillos a Celia. Alex le planchó el lomo con una palmada, se levantó y abrió la ventana. Al sentir el aire fresco, Mefisto dio un salto y desapareció en el exterior.

Alex señaló el porche.

—Desde aquí os vi a papá y a ti... ¿Qué hubiera pensado mi madre, Celia? ¿Cómo habría juzgado a su mejor amiga?

La psicóloga parecía a punto de venirse abajo.

—Yo, Alex... ¿Cómo pedirte perdón? ¡Lo siento tanto! Ha sido algo más fuerte que yo. En cuanto conocí a tu padre me sentí atraída por él. Os engañé, es cierto. Sobre todo, a tu madre. Nunca voy a perdonarme por ello. Jamás lo conseguiré, Alex. Es por eso que estoy muy triste. No sé lo que voy a hacer.

—¿Y mi padre?

—Me parece que él tampoco lo sabe.

Alex la miró con un poco más de afecto.

—En el fondo, él y tú os estáis comportando como un par de chiquillos.

Celia le miró con asombro.

—Eso que acabas de decir es muy maduro, Alex. Me gustaría pensar que ha sido así. De alguna manera, resultaría consolador...

—Cuando sea mayor de edad, podré adoptaros a los dos.

Celia rio entrecortadamente y se enjugó un par de lágrimas.

—Ya ves... Yo venía a ayudarte como psicóloga y resulta que me estás psicoanalizando. Ah, aquí viene tu padre.

Nazario se quedó en la puerta, contemplándolos reflexivamente. Celia le recriminó en tono afectuoso:

—¿Cuándo pensabas dar de cenar a tu hijo?

El escritor farfulló como excusa que tenía la cabeza en otra parte. Ella le soltó una buena regañina y se metió en la cocina dispuesta prepararles la cena.

Unos pocos meses atrás, en el cumpleaños de Nazario, en esa misma cocina, mientras ayudaba a Eva con la elaboración de la cena, su amiga le había confesado sus preocupaciones acerca de Alex. Era como si Eva siguiera allí, como si, de un momento a otro, fuese a entrar a la cocina y ponerse a hablar con ella.

Celia suspiró para sacudirse ese poco o nada científico presentimiento y abrió la nevera. Encontró huevos y una cebolla y se dispuso a trocearla para batirla en tortilla.

Al ir a coger de la encimera uno de los cuchillos, se quedó parada.

Faltaba uno, el más grande de una serie de cuatro. Lo más raro era que había sido sustituido por otro diferente. Bastante parecido, pero no exactamente igual. Su

mango, en lugar de negro, era marrón. Y tampoco la hoja, aunque igualmente de material cerámico, era como la de los otros, pues no mostraba la pátina del uso.

Celia cogió ese cuchillo y lo sostuvo en la palma de su mano. Tan concentrada estaba observándolo que no se dio cuenta de que una sombra llenaba a su espalda el hueco de la puerta. Oyó un suave rumor, apenas una espiración detrás de su nuca, y se giró con el corazón latiéndole.

Nazario estaba apoyado en el quicio, sonriendo.

—¿Te he asustado, cariño?

—¡No, tonto, claro que no! ¡Bueno, sí! —reconoció ella con una risita nerviosa.

El escritor dejó oír a su vez su contagiosa risa y bajó los brazos. Al hacerlo, sus hombros se encogieron, como si hubiese menguado. Le habían caído unos cuantos años de golpe. El anciano en que algún día se convertiría llamaba a su cuerpo.

Su voz sonó cansada.

—Villa Mariana se ha quedado muy sola sin Eva. Y te diría que nosotros, Alex y yo, nos hemos quedado aún más solos. Nos gustaría que ella estuviera, que siguiera estando... Aunque, de alguna manera, es como si siguiera aquí, como si no se hubiese ido. Anoche habría jurado que Eva estaba en la cama, a mi lado... Veo por tu expresión que también la has sentido. Yo no creía en fantasmas, pero...

—No es más que un efecto, una proyección mental —vaciló Celia—. Siendo todo tan reciente...

El tono de Nazario sonó como si temiera la presencia de algo sobrenatural.

—Villa Mariana está impregnada de ella. Alex y yo estamos impregnados de ella. Nuestros recuerdos familiares, nuestros viajes y sueños... Sus cosas, su ropa, sus recuerdos... Todo lo que hay en esta casa está impregnado de ella. ¡No puedo aceptar que haya muerto! Desde que me llamaste para decirme que la habían apuñalado no he podido dormir una hora seguida. ¡Tengo los malditos nervios de punta, Celia! Incluso el rumor de unos simples pasos me altera. Ayer se coló ese gato en el hórreo y casi me mata de la impresión... ¿Qué te pasa, por qué pones esa cara?

—Tampoco yo lo estoy pasando bien, Naza. Y no solo por Eva y por lo que le hemos hecho. También por nosotros, y por lo que hemos dejado de hacer.

—No te comprendo. ¿A qué te refieres?

—A que no hemos sido sinceros.

—Tenemos toda la vida por delante para compartir confidencias. Porque nos queremos, ¿no es verdad?

Celia se le quedó mirando fijamente.

—¿Cuál es la verdad?

—¿No deberías preguntar mejor «cuánto»? —repuso Nazario, un tanto aturdidamente—. Porque la respuesta es la de una medida.

—¿Cuál?

—La de cuánto nos queremos, Celia. La de cuánto nos deseamos.

Ella dijo con lentitud:

—O la de cuántos días estuviste en la isla de Santa María, en las Azores. Esa también sería una buena respuesta, Nazario.

En la cocina se hizo un silencio. Nazario tragó saliva. Su mirada se aceró.

—¿Cómo has dicho?

—Tan solo estuviste un día en Azores. No dos, según me dijiste a mí y tal como le has repetido a la juez. Solo estuviste un día en la isla de Santa María, Nazario. Esa es la verdad.

Algo duro y salvaje afloró en el escritor.

—Tú, Celia... ¿Tú y la juez? ¿Has sido tú la que le ha hecho pensar que yo soy el criminal? ¿Qué le has estado contando?

Celia no contestó. Su mirada expresaba decepción y tristeza.

—¡Nunca hubiera podido imaginar que me traicionases! —estalló Nazario—. ¿Cómo has podido irle a la juez con semejante cuento? ¿No sabes que puede costarme la cárcel?

La réplica de su amante se le clavó a Nazario en el corazón.

—A lo mejor es donde debieras estar.

Un golpe de sangre tiñó de púrpura la cara del escritor.

—Espera, aguarda un instante... ¿De verdad crees que fui yo quien mató a Eva? ¿Es eso? ¿Te has vuelto loca?

Celia siguió sin responder. Nazario avanzó con aire amenazador y ella retrocedió hacia el fregadero. No había soltado el cuchillo, que mantenía fuertemente agarrado.

—Tu coartada no se sostiene, Nazario.

—¿Coartada? ¡No necesito ninguna porque yo no lo hice! Pero te mentí, es cierto —añadió con un aire un tanto más compungido—. Había otra mujer. Una escritora. Yo la conocía de antes. Nos reencontramos en México y pasó lo que pasó.

—¿Otra mujer?

—Sí.

—¿Después de haber estado conmigo en Madrid tuviste una aventura? ¿Nada más llegar a México?

—Sí.

Celia no pudo disimular su decepción.

—¿Por qué cambiaste el vuelo?

—Quería seguir estando con ella. Acompañarla a Madrid y pasar un par de días más a su lado. Y eso fue lo que hice.

—¡Mientes!

—No, Celia, no te miento. Lamentablemente, es la verdad.

—Dime quién es esa escritora.

—Está casada. No te diré su nombre, sería un escándalo... Pero sí, me quedé a dormir con ella en Madrid.

—¿En qué hotel?

—En el piso de una amiga suya.

—¿Dónde?

—Por el centro, creo. Estuvimos tomando muchas copas y no lo recuerdo bien...

—¿Cómo se llama ella, Nazario?

—No insistas, no puedo decírtelo.

—¿Preferirías explicárselo a la juez?

Nazario hizo un gesto de dolor.

—¿Vas a ponerme entre la espada y la pared?

—Yo, no. Los hechos. ¿No te das cuenta de que todo te acusa?

—¿Todo? ¿Qué más me acusa, mujer?

—¡Este cuchillo! —exclamó Celia, enseñándole la punta—. A Eva la apuñalaron con una hoja igual. ¿Dónde está el cuchillo original, Nazario? ¡Yo lo usé en tu fiesta de cumpleaños, pero alguien lo ha cambiado! ¿Por qué? ¿Puedes explicármelo?

Nazario dio otro paso adelante. Ella soltó un grito de advertencia.

—¡No te acerques!

—¡Calma, Celia! ¡Ten cuidado, no te vayas a cortar! ¿Esa hoja no es demasiado grande para lo que la pensabas emplear? Yo solo la uso para las piezas de carne, cuando no las han troceado debidamente. Estás pálida, querida...

El escritor dio un nuevo paso hacia ella. Una mueca cruel deformaba sus rasgos. La voz de Celia brotó de lo más hondo de su pecho:

—¡Te lo advierto, Nazario! ¡No te acerques!

—Hace un momento me llamabas tonto, querida, pero no lo soy —dijo él roncamente—. Esa juez me está investigando, y ahora ya sé de dónde vienen sus informaciones. ¡Qué mal hice en confiar en ti! Nunca me ha ido demasiado bien cuando he confiado en una mujer. Dafne me engañaba con el primero que pasaba, y en cuanto a Eva...

Celia agarró con más determinación el cuchillo.

—¿Tienes alguna recriminación que hacerle? ¡Te recuerdo que está muerta! ¿Qué te hizo, la pobre?

—No tan pobre, querida. Eva era rica, mucho más de lo que aparentaba con su mezquino estilo de vida... Pero se resistía a compartir... Estaba dominada por la avaricia. Guardaba celosamente su dinero, que solo era suyo. Era incapaz de contratar una nueva criada o de ayudarme económicamente para que no cerrara mi taller literario. Y cada vez más aburrida, de la misma manera que Dafne cada vez era más promiscua. Me fui alejando. Te conocí a ti. Y conocí a otras mujeres.

Celia guardó silencio.

—Ese es mi pecado —concluyó Nazario—. Puedes decírselo a tu amiga la juez. Soy un modelo de infidelidad. Supongo que la justicia me lo perdonará, aunque no sé si Eva lo habría hecho. Tampoco sé si hubiésemos seguido juntos. Sé que me porté mal con ella y que ahora ya es tarde... El arrepentimiento me consume... En fin, Celia, dejemos pasar el tiempo, que todo lo cura, y hablemos de cosas más agradables... Además de la tortilla, ¿qué habrá para cenar?

Celia bajó el cuchillo. Su corazón seguía latiendo a toda velocidad, pero se esforzó por disimular el nerviosismo y la tensión.

—La cena estará lista en media hora. Si tienes algo que hacer, preferiría cocinar sola. Ve a ver cómo sigue Alex. No me ha gustado su aspecto.

Nazario le sonrió con tristeza.

—Estaré un ratito en el hórreo. Tengo en la mesa los papeles de Eva y voy a acabar de revisarlos. No quiero su herencia. Nada. Ni un euro. Renunciaré a todos sus bienes en favor de Alex. Me gustaría protocolizar mi voluntad ante notario y nombrarte albacea. Para el caso de que me sucediese algo.

Celia aseguró que le agradecía esa muestra de confianza y que lo pensaría, y dejó que él la besara.

En cuanto Nazario hubo salido de la cocina, Celia puso aceite a calentar en una sartén, cerró la puerta y marcó el teléfono de la Policía.

La atendió un agente de guardia. La psicóloga se identificó, nombró a la juez Blecua y dijo que creía haber descubierto algo crucial en relación con una investigación en marcha sobre el crimen de una mujer llamada Eva Enciso.

—¿De qué se trata, señora?

—Del cuchillo con el que se cometió el asesinato.

—¿Lo ha encontrado?

—No exactamente, pero...

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió con brusquedad y Nazario se abalanzó hacia ella. Celia dio un grito, tiró el teléfono, cogió del fuego la sartén humeante y le arrojó el aceite a la cara. Nazario dio un aullido, trastabilló, se llevó las manos a la cara, tropezó con la nevera y cayó al suelo retorcido de dolor. Fue a levantarse, pero Celia le golpeó de nuevo y él volvió a derrumbarse sangrando por la frente.

—¡Te mataré! —rugió.

Fuera de sí, Celia salió de la cocina, cerró la puerta y arrastró una cómoda del pasillo para atrancarla. Oyó como Nazario se ponía en pie al otro lado y gritaba que le dejara salir, y se precipitó por el pasillo llamando a Alex a grandes voces. Pero el chico no contestaba. No estaba en su cuarto y tampoco en la habitación de servicio.

—¿Dónde estás? —volvió a gritar Celia.

—Aquí.

La voz de Alex había sonado detrás de ella, muy cerca, a su espalda. La psicóloga se giró y le vio.

Alex estaba en el rellano de la escalera, apenas iluminado a contraluz por el mortecino resplandor de una de las lámparas del piso superior. Se había puesto una camiseta y un vaquero y mostraba una postura erguida, arrogante, que le hacía parecer más alto y mayor.

En la mano derecha llevaba una navaja. Al verla, Celia, que había comenzado a subir los escalones, se detuvo a tres o cuatro peldaños de él.

—El peligro ha pasado, Alex. Puedes dejar esa navaja. La Policía llegará enseguida y se llevará a tu padre.

—¿Por qué?

—Porque él fue quien mató a Eva y tendrá que pagar por ello, a menos que demuestre que...

Alex la interrumpió. Su voz sonó extrañamente adulta y muy parecida a la de Nazario.

—No sabía que fueras tan valiente, Celia.

—Tampoco yo. Pero no he tenido más remedio que defenderme... Nazario iba a atacarme. Cuando he movido esa cómoda... Jamás había tenido tanta fuerza. Tu padre nos ha estado engañando. Hablaré contigo mucho más detenidamente, Alex, pero por ahora nos limitaremos a esperar a que llegue la Policía. No puede tardar. Entrégame esa navaja.

Desde la cocina, se oyó gritar a Nazario:

—¡Ten cuidado, Celia! ¡Alex no es lo que parece! ¡Ten cuidado con él!

Celia se quedó mirando a Alex, desconcertada. Su cara seguía en sombra. Su cuerpo era como el de Nazario, alto y fibroso.

—¡Alex no es hijo mío! —se oyó exclamar a Nazario desde la cocina—. ¡Dafne y yo lo adoptamos en un orfanato ruso! ¡No he sabido nunca quiénes eran sus padres, dónde nació, cuántos años tiene realmente!

Nazario golpeaba con fuerza la puerta.

—¡Ábreme, Celia! ¡Estás en un error! ¡Yo no maté a Eva!

Celia había encontrado el interruptor de la escalera y lo encendió. Los rasgos de Alex se iluminaron. Su mirada azul era tan fría como un pedazo de hielo.

—¡Abre, por favor, Celia! —vociferó Nazario—. ¡Estás en peligro! ¡Ábreme la maldita puerta!

—¿Es verdad lo que dice Nazario? —preguntó Celia al muchacho con voz trémula—. ¿Te adoptaron, Alex? ¿Dafne y Nazario no son tus verdaderos padres?

El chico no contestó. Había empezado a bajar las escaleras con la navaja en la mano. Sin darle la espalda, Celia comenzó a retroceder por el corredor.

—¿Nazario no es tu padre? ¿Dónde naciste? ¿Cuál es tu edad?

La hoja de la navaja trazó un brillante surco y buscó la garganta de Celia. Ella se hizo a un lado. Alex, que la había agarrado por el otro brazo, la hizo rodar al suelo. Pero él cayó mal y Celia lo aprovechó para escapar. Al pasar por la cocina, oyó nuevos gritos de Nazario, sus tremendos golpes contra la puerta.

No perdió un segundo. Presa del pánico, salió corriendo de la casa, atravesó el jardín y alcanzó el camino. Fue a entrar a su coche, pero la portezuela estaba cerrada y no encontró el bolso donde llevaba las llaves. Se le habrían caído dentro, supuso, pero no iba a dar media vuelta. Acababa de ver a Alex saliendo al jardín. Se había recuperado y, aunque cojeando, corría hacia ella. Celia se lanzó por el camino en dirección a la carretera. No pasaba ningún coche ni nadie a quien pedir ayuda, y siguió corriendo con Alex detrás, recortándole la distancia.

Celia llegó sin aliento al puente del Brujón, pero esta vez ni el miedo al vacío ni el síndrome de Ferenczi iban a frenar a Alex. Siguió corriendo tras ella por la acera peatonal del puente, cada vez más cerca. Hacia la mitad del arco central, la alcanzó y la derribó al suelo. Celia consiguió levantarse, pero recibió un puñetazo en la cara. Alex no llevaba la navaja, o la hubiera matado allí mismo. A golpes, la arrinconó contra una viga, le aferró el cuello con ambas manos y empezó a apretar. La

psicóloga le soltó un rodillazo y él se retorció de dolor. Ella salió huyendo, pero unos segundos después recibió un nuevo placaje. Se levantó como pudo y trastabilló hasta la barandilla. Alex se abalanzó contra ella, pero, en el último instante, Celia se apartó y lo empujó en la dirección de su impulso. La cintura de Alex golpeó la protección del puente, su torso se inclinó hacia delante y con una voltereta se precipitó al vacío.

Celia lo vio abajo, en medio de la turbia corriente del Brujón. La cabeza de Alex sobresalía en medio de un remolino. Movía los brazos intentando mantenerse a flote, pero la oscura y fuerte corriente enseguida lo arrastró.

Alex había aparecido en la playa de Cunchillas, en la desembocadura del Brujón. Tras caer del pretil, el río lo arrastró durante un centenar de metros. Un bucle de la corriente de agua dulce ceñido a la costa por la pleamar lo había abandonado medio ahogado en el arenal.

La Guardia Civil del Mar lo rescató y lo trasladó al juzgado.

Después de interrogarlo, la juez Blecua lo había enviado provisionalmente al centro de reforma, a un módulo aislado, donde Alexis Goyena Velogurov quedó a disposición de la fiscalía de menores.

Era sábado, y el ambiente festivo.

La juez Blecua se había citado con la psicóloga en Cimadevilla, la zona más bonita de Gijón, a una hora un poco atípica, las once de la mañana. Tarde para desayunar, pronto para el aperitivo. Pese a lo cual, la magistrada, que vestía un conjunto informal, se hizo servir un vino blanco y una banderilla de vinagrillos.

Por su parte, Celia se había limitado a pedir un descafeinado con leche. Nada de comer. Los últimos acontecimientos le habían quitado el apetito. Dormía muy mal, despertándose constantemente en mitad de la noche.

En cuanto el camarero las hubo dejado solas, la psicóloga no pudo reprimir la pregunta que le quemaba en la garganta:

—¿Alex ha confesado?

La juez asintió y le hizo un breve resumen de la declaración de Alexis Goyena Velogurov, que había sido grabada y filmada en vídeo.

Alex había descrito sus crímenes con una escalofriante precisión. Admitió haber cometido los homicidios de Aravaca tres años atrás, aprovechando que los guardeses de la finca estaban de fiesta y que su padrastro había bebido más de la cuenta. En el salón del lujoso chalé, acuchilló hasta la muerte a Dafne y a Pedro Cortés, cogió el dinero y las joyas del estudio para fingir que el móvil era el robo y huyó. Saltó la valla, se deshizo de las ropas que previamente le había sustraído al jardinero, quemó la capucha con la que había cubierto su rostro, volvió a entrar a la casa por la parte posterior de la valla, se deslizó a su habitación mientras su padrastro agonizaba (Dafne, cubierta de sangre, ya había expirado) y se ocultó en su dormitorio, bajo la cama, donde la Policía lo encontró en aparente estado de *shock*.

Dentro de Celia se iba abriendo un abismo de horror.

—¿Por qué lo hizo?

—Por odio.

—¿Ese fue el móvil?

—Creo que sí.

—¿Odio hacia quién?

—A su madre adoptiva, Dafne.

—¿Por qué la odiaba tanto?

—Porque engañaba a su padre. En su declaración, Alexis llamó reiteradas veces «puta» a Dafne.

Celia recordó que en una de las llamadas telefónicas que Eva le había hecho desde Saval, su amiga le había confiado que, según Alex, Dafne, cuando vivían en Sevilla, recibía a otros hombres en ausencia de Nazario e invitaba al niño a mirarla haciendo el amor con ellos.

—¿Qué ocurrirá con Alex? ¿Va a ser juzgado?

—Como todo ciudadano que ha delinquido.

—¿Lo juzgará usted?

—Es competencia del juzgado de menores.

—¿Comparecerá Alex a juicio?

—Ante el juez de menores.

—¿Cuándo?

—Pronto, imagino —supuso la señora Blecua—. En cuanto estén listos los informes técnicos de su equipo de seguimiento, entre cuyos miembros figura un psiquiatra especializado en casos de violencia juvenil.

—¿Cuál cree que será su pena? ¿A cuánto le condenarán?

—Por los primeros asesinatos, a nada.

—¿En serio?

Como Celia siguió manifestando su extrañeza, la señora Blecua le actualizó la legislación española.

—Por ser Alexis, en el momento de cometer los crímenes, menor de catorce años, no sufrirá pena de prisión. Por debajo de esa edad, no concurre responsabilidad penal.

—¿Ningún asesino menor de catorce años es encarcelado en España? —La juez iba a proporcionarle una explicación más amplia cuando Celia le planteó—: ¿Está completamente segura de que Alex no había cumplido catorce años cuando asesinó a Dafne y a su segundo marido, el productor de televisión?

La duda era pertinente. La señora Blecua bebió un sorbito de su vino blanco y meditó la respuesta durante unos largos segundos.

De sus interrogatorios al padre de Alex, la juez había obtenido un interesante dato. Dafne Velogurov y Nazario Goyena no podían tener hijos, por lo que decidieron adoptar uno a través de una agencia que operaba con Rusia. Un año después de la solicitud, les adjudicaron un niño. Ambos viajaron a Rusia para conocerlo en un orfanato situado cerca de San Petersburgo, en una pequeña ciudad llamada Njonsko. En la documentación, que no incluía registro de nacimiento alguno, salvo un mero parte de ingreso en el centro, constaba que Alexis había sido acogido con apenas unos meses de vida. Oficialmente, llevaba en el hospicio cuatro años, pero el matrimonio adoptante siempre sospechó que su verdadera edad podía superar los cinco años. Alex era hijo de una mujer de Njonsko que lo había abandonado al poco de nacer. Por lo que les contó el director del orfanato, se trataba de una prostituta de origen húngaro llamada Marja. En cuanto al padre, nada se sabía; podía ser cualquiera, un cliente de Marja, una relación ocasional... Nazario y Dafne tomaron la decisión de seguir adelante con la adopción, desembolsaron una cantidad económica y, unos meses después, regresaron a Njonsko para recoger al niño.

En España, Alex se adaptó rápidamente a su nueva vida. Fue como si hubiese trazado una raya. Nazario aseguró a la juez que Alex no preguntó jamás por el orfanato ni volvió a expresarse en su lengua natal, el ruso, que olvidó o relegó por

completo. Ni siquiera lo hablaba con Dafne. Aprendió castellano en pocos meses, destacando en su colegio, La Salle de Sevilla, como un alumno superdotado. De vez en cuando, sus padres adoptivos, siguiendo los consejos de los educadores, le sondeaban por su vida anterior, sus recuerdos, su primera infancia, pero el niño se encerraba en un absoluto mutismo. Nazario y Dafne renunciaron a alimentar sus raíces.

—Como en tantos otros casos de niños adoptivos, puede que nunca sepamos su verdadera edad —concluyó la juez.

—¿No hay manera de comprobarla? —insistió la psicóloga—. ¿Localizando a la madre natural, tal vez?

—Lo hemos intentado —le garantizó la señora Blecua—. Escribí a la agencia de adopción y al orfanato de Njonsko. La madre de Alex murió en Moscú hace varios años.

—¿De qué?

—Inanición, drogas, quién sabe... La encontraron en la calle, sobre la nieve.

—¿No tenía familia?

—No.

—¿Y el director del orfanato?

—También murió. Y su sucesor asegura dar por buenos los datos de Alexis.

Celia se humedeció los labios en la taza. Del pozo en que se estaba inundando su ánimo emanaba un nauseabundo temor. No dejaba de sentir cierta compasión por Alex, pero el pánico a lo que pudiera hacerle en el futuro reducía su piedad a un simple formulismo. Le tenía mucho más miedo que lástima. ¿Volvería a intentar matarla de nuevo? ¿Quién iba a corregir su instinto asesino?

—Pero del homicidio de Eva, Alex sí será penalmente responsable —planteó a la juez, casi a modo de ruego.

Alex había confesado igualmente el crimen de Eva Enciso. Había apuñalado a quien consideraba su madrastra sobre el manto de hojas caídas del bosque de secuoyas de Saval. Utilizó el cuchillo que, antes de salir hacia los Picos de Europa en el coche de Eva, había cogido de la cocina de Villa Mariana e introducido en su mochila, junto con su ordenador y otras cosas. Tras matar a Eva enterró el cuchillo entre las raíces de una secuoya. Al regresar a Gijón había comprado un cuchillo parecido y lo había repuesto en la cocina de Villa Mariana. Su padre no se había dado cuenta.

—Por el homicidio de Eva Enciso se le imputarán los mismos cargos y acusaciones que a un adulto —explicó la señora Blecua—, pero el juez aplicará a Alexis la ley del menor, según la cual no podrá sancionarle con pena de prisión.

—En ese caso, ¿a qué será condenado?

—A una serie de medidas de internamiento en un centro de reforma, donde permanecerá hasta los dieciocho años.

—¿Y después, a partir de los dieciocho, cuando sea un adulto? ¿Entrará en

prisión?

—No.

—¿Tampoco? ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Quedará en libertad?

—En libertad vigilada.

Celia tuvo una fugaz visión de Alex, más desarrollado y alto, con los rasgos faciales más dibujados y la voz más hecha, en discotecas y en bares, saliendo con chicas e introduciéndose en las vidas de otras familias, disfrutando de una existencia alegre y normal pese a llevar tres muertes a sus espaldas.

—Pero eso no es...

—¿Justo?

—¡No, no lo es!

—Sí, sí lo es —la contradijo con decisión la juez—. El espíritu de la ley nos confía la misión de intentar convertir a un asesino juvenil en un adulto responsable.

—Pero eso no es...

—¿Factible?

—Difícilmente.

—¿Moral?

—Éticamente, no...

—¿Qué haríamos de lo contrario, Celia? ¿Retroceder a los viejos tiempos de las ejecuciones sumarias, al Tercer Mundo? ¿Negar a la naturaleza humana la capacidad de redención?

La psicóloga se estremeció, pero esta vez de impotencia.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué mató a Eva?

—Por el mismo motivo que mató a Dafne. Por odio.

—¿Por odio a todas las mujeres o solo a las que consideraba unas putas?

—Espero que el nuevo informe psiquiátrico dé respuesta a esa y a otras preguntas.

—¿Las mató para defender el honor de su padre?

Tras asentir pensativamente, la juez desveló:

—Alex no empleó el término «honor», sino el de «venganza».

—¿Venganza contra Eva? ¿Por qué?

—Eva engañaba a su marido.

—¿A Nazario? ¿Qué está diciendo, Nuria? ¡Le era absolutamente fiel!

—Se equivoca. Eva tuvo una fugaz aventura en Saval con el dueño del picadero.

—¡No es posible!

—El propio Alex la vio besándose con él, y el mismo Francisco Garuz lo admitió ante mis preguntas.

—¿Y por eso la mató Alex?

—O por algo parecido.

—No lo entiendo.

—¿Qué quiere entender, Celia? ¿De verdad cree que existe una explicación

racional? ¿Una serie matemática de elementos lógicos sobre los que lógicamente reflexionar en el plano del psicoanálisis? Los escáneres de Alex dieron un resultado normal. No tiene lesiones cerebrales. ¿Dónde está el origen del trauma? Busquemos en su interior. Usted es psicóloga. El chico sabía, y ahora lo sabe usted, como psicóloga, que su madre era una prostituta y que lo abandonó cruelmente. Nunca conoció a su padre, al que seguramente idealizó. Alexis no fue adoptado enseguida, sino después de que otras familias lo rechazaran. Encontraría en Nazario un tierno sustituto de la paternidad, pero Dafne, su nueva madre, era una mujer veleidosa, promiscua. Otra zorra, pensaría el niño, como lo había sido su madre biológica. Cuando la convivencia entre Dafne y Nazario se fue deteriorando, los conflictos de su situación familiar se sumaron a sus padecimientos infantiles en el orfanato y fue generando un laberinto de rencores. Buscaría escondrijos, refugios. Su torturada mente le ayudó a confundir el espacio, a huir en el tiempo. Usted misma le diagnosticó un trastorno de la memoria. ¿Sabemos a ciencia cierta cuándo la amnesia lo trasladaba a un lugar del pasado? ¿Cuándo creía estar Alexis en la cubierta de un barco, en un balancín, en su consulta o en el chalé de Dafne? Usted llegó a creer firmemente, como el psiquiatra que le hipnotizó, que Alexis solo necesitaba un detonante para regresar a un pasado traumático, que las hojas muertas del bosque de secuoyas, recordándole el dibujo de las hojas empapadas en sangre de la alfombra del chalé de Aravaca, actuaron como desencadenante de una paramnesia, trasladándole en el tiempo a la primera escena de sus crímenes. Pero ¿por qué a la primera, en primer lugar, y no a la segunda, a la más reciente? Hojas muertas, mujeres muertas... ¿El detonante impulsaba a Alexis a reproducir aleatoriamente episodios del pasado o se desdoblaba en ellos, siendo a la vez el testigo y el encapuchado, el criminal y la víctima? ¿Por qué volvió a matar, porque lo soñaba o porque lo deseaba? ¿Asesinó a Eva porque ya había matado a Dafne y recordaba el gusto de la venganza y de la sangre, como el lobo que ataca a otro cordero, como el tiburón que vuelve a abrir sus mandíbulas sobre otro cuerpo humano?

La juez hizo una pausa para beber un sorbo de su copa. El vino hizo brillar sus ojos y una nueva idea dio otro giro a su exposición.

—¿Y si todo fuera falso, Celia, un puro teatro? ¿Si Alexis fingió todo el rato, si jamás tuvo estrés postraumático, si planificó cuidadosamente sus crímenes y decidió acusar a José Castaño no bajo los efectos de la hipnosis, sino en plena lucidez, para salvar a Nazario del cerco de sospechas que se estaban cerniendo sobre él?

Celia intentó asimilarlo. No le costó demasiado, pues ya lo había pensado.

—¿Está sugiriendo, Nuria, que Nazario mató a su primera mujer y que el niño lo sabía?, ¿que Nazario mató también a su segunda mujer y que Alex lo volvió a proteger?

La juez no contestó. En esta ocasión, la coartada de Nazario, en principio, se sostenía. A la hora en que Eva era apuñalada en Saval, él estaba en Madrid con otra mujer. Se llamaba Úrsula de la Cruz, y era una escritora de cierta fama. La señora de

la Cruz, casada con un alto cargo de la administración, reconoció ante la juez estar manteniendo un romance secreto e intermitente con Nazario Goyena, con quien se había reencontrado en México. Regresaron juntos en el mismo avión, pasaron la noche del accidente en Azores y decidieron quedarse otro día en Madrid, en casa de una amiga, en un piso de la calle Jorge Juan. Estando con ella, Nazario había recibido la llamada de Celia informándole de que habían matado a Eva. Úrsula de la Cruz era el único testigo de Goyena. El escritor no pudo proporcionar a la juez más referencias de su estancia en Madrid. Úrsula y él no habían ido a ningún restaurante ni lugar público, ni visitado a nadie.

Al oír el nombre de Nazario, la mente de Celia se había alejado de allí, de Alex y de la juez, para pensar en él. No sabía si seguía enamorada. En realidad, ignoraba si lo había estado alguna vez. La suya con Nazario había sido desde el principio una relación culpable, un amor oscuro levantado sobre la atracción erótica y la traición a una de sus mejores amigas, sino la mejor. Pero Eva estaba muerta y ni siquiera podía pedirle perdón. Lo habría hecho de rodillas, arrancándose la piel con tal de devolverle la vida. Y, sin embargo, Celia nunca iba a poder olvidar que Eva había sido feliz junto a Nazario. Todo era tan confuso... incluidos sus sentimientos.

La juez miró su reloj, como si la acuciara otro compromiso. Siguió hablando con más rapidez, para ir concluyendo.

—Yo carezco de formación psiquiátrica, Celia, pero estoy convencida de que nos hallamos ante un caso extremo. ¿Ha visto la prensa? Con grandes titulares se preguntan si Alexis Goyena es un enfermo o un asesino nato. ¿Cuál es la respuesta?

—¿Usted también duda?

—Sí, Celia, y negaré habérselo dicho. Dudo porque mucho me temo que sus contradicciones no han hecho sino empezar a ponerse de manifiesto. ¿Sabe que, una vez vertida su confesión, no la ha refrendado? La última vez que hablé con Alexis en el centro de reforma, y se lo digo en confianza, rogándole que no haga uso de esto, Alexis se declaró inocente y pidió un abogado, que pretende pagar con su herencia. Me aseguró, me repitió, me juró que no recordaba nada del crimen del bosque. Absolutamente nada. Que él no lo había cometido y que tampoco había querido agredirle a usted. Que si lo hizo fue porque usted había atacado a su padre, arrojándole aceite hirviendo al rostro.

Celia estalló.

—¡Es un monstruo! ¡Miente, ha mentado siempre! Fingió la noche de la lluvia, fingió en mi consulta, fingió después de matar a Eva, fingió en la hipnosis...

La juez se quitó sus llamativas gafas y limpió los cristales.

—¿También mentía Alexis cuando fingía ser una mujer y se fotografiaba con las ropas de su madre?

La psicóloga tuvo que admitir:

—No lo sé. Ya no sé nada...

—¿Y por qué me mintió usted, Celia? —preguntó la juez con una sibilina

suavidad—. ¿Por qué me ocultó que era amante de Nazario? ¿Por qué tuvo que ser él quien me lo dijera?

—Sé que estuvo mal —repuso Celia en tono avergonzado—. Nunca debería habérselo ocultado. Pero creía estar enamorada de Nazario, por eso no le dije que me había encontrado con él en Madrid justo antes de que volase a México.

La juez la miró con escepticismo.

—¿Enamorada? ¿Eso es un atenuante?

—Nazario era un hombre de verdad.

—¿Era? ¿En pasado?

—Siempre lo recordaré tan necesitado de...

—¿Protección? —apuntó la juez.

—Eso decía Eva.

—Y fue mi impresión cuando lo interrogué. Goyena me pareció un hombre narcisista y débil.

—Al contrario, Nuria. Es decidido, valiente.

—¿Es? ¿Le ha vuelto a ver?

—Cuando salió del hospital. No quise ir a su casa, y nos citamos en el malecón. Le habían dado varios puntos. Espero que no le queden marcas, es tan coqueto... Le pedí perdón por haberle golpeado.

—¿No es él quien debería disculparse?

—Lo hizo.

—¿Qué más le dijo? ¿Que sigue enamorado de usted?

Celia sonrió con timidez.

—O algo parecido.

Desde la vecina playa de San Lorenzo, un rayo de sol atravesó las cristaleras de la cafetería. La juez guiñó los ojos.

—Y le creyó.

—Últimamente no tengo suerte con mis romances, pero soy joven para dejar de creer en el amor.

La juez asintió, terminó su vino, se limpió los labios con una servilleta y se puso en pie con una sonrisa circunstancial.

—Tengo que dejarla, Celia. El psiquiatra forense y el juez de menores se pondrán en contacto con usted. No sé cuándo volveré a verla, pero le deseo mucha suerte. Ojalá encuentre la felicidad o...

—¿Algo parecido? —concluyó la psicóloga con una dolorosa sonrisa, levantándose a su vez.

Se despidieron en la puerta de la cafetería.

Hacía una mañana radiante. La playa se extendió ante los ojos de Celia. Empezó a caminar bajo el sol, con los zapatos en la mano y los pies descalzos sobre la arena.

Nazario la esperaba al final del malecón. Celia le distinguió a distancia, alto y delgado sobre una de las piedras del dique, con el pelo revuelto por el viento, vestido

de azul.

Apretó el paso y se dirigió hacia él por la orilla del mar, llorando silenciosamente.



JUAN BOLEA (Cádiz, 1959), es periodista y escritor. Comenzó como reportero en *Heraldo de Aragón*, y en 1988 pasó a *Diario 16 Aragón*, donde ejerció como columnista desde su sección «Tras la cortina».

Actualmente, se hace cargo de la sección «Sala de máquinas» que se publica, de lunes a viernes en *El Periódico de Aragón* y colabora con otros medios.

Juan Bolea es autor de una prolífica y destacada obra literaria. Su obra narrativa arranca a comienzos de los ochenta con *El palacio de los jardines oblicuos* (Premio Alcalá de Henares de Novela Corta), para continuar con títulos como *Mulata* (1992), *El manager* (2001), *El gobernador* (2003), *Los hermanos de la costa* (2005), *La mariposa de obsidiana* (2006) o *Crímenes para una exposición* (2007).

Considerado por la crítica, y por sus numerosos lectores, como uno de los grandes renovadores del género negro y de la novela de intriga en el ámbito del idioma castellano, su obra más exitosa es la serie de novela negra protagonizada por la investigadora Martina de Santo.